



# Los asesinatos de Portosal

Marina Such

**D.J.57**

# **“Los asesinatos de Portosal”**

Marina Such

Las paredes de madera de la posada vibraban con el ruido que intentaba escapar de su interior. Las noches en las que se reunían allí las tripulaciones de los barcos que habían atracado durante el día eran las más ajetreadas y las que dejaban más dinero. También podían ser de las más peligrosas. Demasiado tiempo encerrados en un cascarón sin poder huir unos de otros, sin ver más caras que las suyas propias, sin ventilar frustraciones so pena de que el capitán los azotara, vigilando el horizonte al acecho de piratas... Aquellas naves mercantes eran ollas a presión que explotaban cuando sus marineros pasaban su primera noche en tierra.

En la posada de Ryn encontraban todo lo que habían echado de menos durante el viaje, ya fuera sensación (falsa) de seguridad, bebida fría, comida caliente, la música del guitarrista, el tamborilero y el flautista que el dueño contrataba para aquellas ocasiones y contacto humano con otras personas que no eran sus compañeros de tripulación, y que podía incluir a las chicas que miraban la escena desde el piso de arriba.

Las posadas allí nunca se dedicaban sólo a dar de comer y alquilar una cama. Y, además, había pocas maneras de que una mujer que no estuviera casada pudiera ganarse la vida en Portosal. Las seis que estaban apoyadas en la barandilla, observando con poco interés todo el revuelo, eran perfectamente conscientes de ello. Hasta ellas subían la música, el humo de los cigarros y el calor de tantas personas arracimadas, y todas sabían que, en algún momento, de aquella masa irían desprendiéndose hombres que subirían a buscarlas. Ninguna era ya tan joven e ingenua como para esperar que aquello no sucediera o que no tuvieran que estar preparadas para manejar a algún cliente demasiado impetuoso o, directamente, violento. Debajo de todos sus colchones estaban escondidos finos estiletes.

Oona lo sabía. Ella había ayudado a elegirlos y colocarlos en lugares de fácil acceso y donde no pudieran perderse, ni hubiera posibilidad de que los encontraran los marineros de casualidad. No era su cometido, pero quería hacerlo, del mismo modo que todas las noches se acodaba en la barandilla con las chicas para observar cómo evolucionaba la masa de clientes que se emborrachaba abajo. A veces notaba miradas hacia el piso superior que se detenían durante más de un segundo en ella para luego estudiar a las otras cinco, que vestían de manera muy parecida con un blusón suelto y una falda hasta

media pierna. Todas tenían melenas largas y espesas, con variedad entre el rubio oscuro y el negro azabache, y eran delgadas pero de compleción más fuerte, inequívocamente humanas. Oona destacaba porque los genes de su padre elfo habían ganado la partida a los de su madre humana en su mayor parte.

Era un poco más alta que las chicas, pero no demasiado, y su piel, ligeramente más pálida. Llevaba el pelo pajizo mucho más corto que ellas, con lo que se notaba más el óvalo élfico de su cara, y la mezcla de sangres le había dado igualmente un cuerpo algo más contundente de lo habitual en los elfos. Sus manos, no obstante, delataban con rapidez que era una semielfa porque sus dedos eran largos y de apariencia delicada. Siempre traicionaban su herencia; podía hacerse pasar por una recién llegada a Portosal de algún reino humano exótico si se vestía de la manera apropiada, pero las manos no mentían. Mucho menos al mirar una de ellas entrelazada con la de Grisda, acodada en la barandilla y descansando parte de su peso en Oona mientras ojeaba la animación del principio de la noche. Los dedos de Grisda se parecían más a recias cuerdas que envolvían casi por completo los de Oona, que la miró. Cuando le cogía así la mano es que no le estaba gustando lo que veía en las mesas del piso inferior, así que ella también se dedicó a observarlas.

Era su trabajo, al fin y al cabo. Ryn había decidido que aquella semielfa que llevaba varias noches robándole los restos de las cenas podía dedicarse a detectar a otros ladrones como ella. Se movía rápido, hacía poco ruido y hablaba todavía menos, y sabía quiénes no eran clientes que iban a beber y divertirse, sino a levantar unas cuantas bolsas de dinero. Oona recibía a cambio cama y comida, aunque la primera la compartía con Grisda porque no había más espacio y la segunda eran esos mismos restos que antes intentaba robar. Daba lo mismo. Ryn tenía el detalle de volver a calentar esas sobras y hasta de guardarle un poco de vino, y los abrazos de Grisda eran acogedores. También tenía acertadas intuiciones de cuándo la noche iba a torcerse, que es lo que estaba a punto de ocurrir.

En la mesa más cercana a la puerta había seis marineros apelotonados alrededor de tantas frascas de vino, que tapaban la madera ajada, y sus voces se elevaban a la vez que su lenguaje corporal se volvía más agresivo. Desde la barra, Ryn se había percatado de aquel potencial foco de problemas y había enviado a su ayudante, un tipo alto y fornido, a que pusiera paz pero, antes de que llegara a la mesa, Oona distinguió a otro hombre que se acercaba a los marineros desde el fondo del local. Era tirando a enjuto y vestía de manera discreta. Era un poco chocante que llevara todavía la capa con toda la gente que abarrotaba la posada, así que Oona se puso en alerta. Aquella capa guardaba, seguramente, más de una sorpresa. Apretó la mano de Grisda y, acto seguido, la

soltó para bajar las escaleras al encuentro de aquel desconocido.

La pérdida de su ventajoso punto de vista hizo que se despistara de su rastro en un par de ocasiones, pero sí que veía razonablemente bien la mesa y, por eso, distinguió perfectamente el momento en el que le quitaba a uno de los borrachos la bolsa del cinturón, sin que se diera cuenta, y enfilaba hacia la puerta de la calle, que atravesó como si nada. Oona tuvo que fajarse con dos marineros que berreaban la canción de taberna que tocaban los músicos para que la dejaran pasar. Rebasó la mesa de la discordia cuando Ashorte, el ayudante de Ryn, les pedía a sus ocupantes que se tranquilizaran con la bebida y salió al exterior mirando de un lado a otro, segura de ver en algún momento aquella capa. Allí estaba, doblando por el callejón que se perdía por detrás del edificio.

Por suerte, no había continuado por la misma calle de la posada, en la que grupos de gente se desplazaban de taberna en taberna, sino que buscaba una zona más tranquila.

Oona salió tras el ladrón a buen paso, pero sin correr y procurando hacer el menor ruido posible. Le resultó más sencillo de lo que esperaba darle alcance. Por cómo se movía, no parecía ser demasiado experimentado, aunque no cometía el error de principiante de detenerse a examinar el contenido de la bolsa que acababa de robar antes de llegar a un lugar seguro. También daba la sensación de que era alguien poco acostumbrado aún a los adoquines del suelo y a encontrarse con edificios de un par de alturas sobre su cabeza, ocultándole la visión de la luna en el cielo.

El ladrón continuó caminando a buen paso por la calle, recto, sin doblar hacia ningún callejón, lo que chocó a Oona. ¿Tan seguro estaba de que nadie saldría a perseguirlo? Según se alejaban de la zona de las tabernas próxima al puerto, Portosal se mostraba más adormecida. La noche pertenecía a los marineros borrachos y a los que no tenían un sitio donde caerse muertos, y ninguno de ellos se aventuraba dos o tres calles más allá. Allí se entraba en una zona de comerciantes y trabajadores manuales que madrugaban con el sol, y la noche no era aún tan vieja como para que algunos de ellos estuvieran comenzando su jornada.

El ladrón no se desviaba de su rumbo, hasta tal punto que Oona pensó que la había descubierto y estaba buscando el lugar adecuado para volverse contra ella. Debía adelantarse. Apretó el paso hasta que estuvo detrás de él, extrajo un puñal de su cinturón y, con un movimiento decidido, lo agarró del hombro y lo empujó hacia el callejón que acababa de abrirse a su izquierda. Con las dos manos lo sujetó por los brazos contra la pared y dejó la punta del puñal cerca de su barbilla. El ratero miraba sorprendido a Oona y sus ojos iban del arma a la cara de la persona que lo había aprisionado.

— ¿Quién eres? ¿Qué pasa? — acertó a balbucear él entre jadeos.

— La bolsa — su voz también era un poco más grave de lo habitual en una elfa.

El ladrón sacudió la cabeza, queriendo negar lo que había hecho en la posada, pero Oona lo empujó un poco más fuerte contra el muro y posó la punta del puñal en la base de su garganta.

— La bolsa — repitió.

El hombre levantó las manos.

— Está bien, está bien — claudicó mientras empezaba el gesto de buscar algo en el interior de su capa. Oona negó con la cabeza y apretó el puñal.

— Dime dónde está.

— En el bolsillo interno de la izquierda. Mi izquierda.

Sin apartar los ojos de su cara, Oona se cambió la daga de mano y palpó con la otra el interior de la capa. Notaba el calor que desprendía el cuerpo del ladrón, que parecía estar mucho más delgado de lo que había supuesto. El bolsillo estaba cosido rudimentariamente y la bolsa apenas cabía entera en él, por lo que la tomó con rapidez. Se separó de él y se la colgó de su propio cinturón. El hombre, que también aparentaba ser más joven de lo esperado, continuaba respirando aceleradamente, tal vez preparándose para escapar corriendo o para atacarla. En su lugar, intentó apelar a su compasión.

— Por favor, déjame alguna moneda. Ese borracho ni se acordará de las que le pagaron al bajarse del barco. Por favor.

Oona lo miró con más detenimiento y vio a un chico con los pómulos muy marcados, aún con el tono de piel de quienes trabajan al aire libre, pero ya con la postura de los recién llegados a Portosal que pasaban penalidades. Un inmigrante del campo más. Le lanzó un real de su propio bolsillo, que él cogió como si fuera un diamante.

— De verdad que te lo agradezco — dijo, y salió corriendo de nuevo hacia la calle principal.

La semielfa lo vio perderse en dirección al puerto, otra vez. Confiaba que fuera listo y no intentara repetir su jugada en la taberna de Ryn.

Guardó el puñal en el cinturón mientras regresaba a la que era su casa, aunque nunca pudiera sacudirse la sensación de que sólo estaba allí de paso. Se había acostumbrado a vivir al día, como muchas de las personas que se movían por las calles de Portosal aquella noche. Como el chico que veía acercarse corriendo a ella. La posada estaba casi a tiro de piedra y, por un momento, Oona se preguntó si no sería otro ladronzuelo, pero no lo parecía. No corría tan rápido y tenía los ojos fijos en el final de calle, como si tuviera un destino determinado. De hecho, ni siquiera parecía verla a ella y, al sobrepasarla, apenas se dio cuenta de que le

había rozado el brazo. Oona se giró para ver cómo era engullido por la penumbra al final de la calle, extrañada por su comportamiento. También le había llegado un leve aroma dulzón, pero no le dio demasiada importancia. La higiene estaba entre las prioridades menos importantes de aquel chico.

La noche duró menos de lo previsto en la posada. Los marineros tenían ganas de recorrerse todas las tabernas que pudieran, como si fueran a embarcarse de nuevo al día siguiente (cosa que muchos harían), y el ajeteo inicial se fue diluyendo con el paso de las horas y los vasos de vino. Oona le había devuelto la bolsa a su dueño sin que éste fuera muy consciente de que la había “perdido” y vio el final de la juerga apoyada otra vez en la barandilla del piso superior.

Los sonidos que flotaban por el local ya no eran los de la música y las conversaciones a gritos. Ella sólo miró de reojo la puerta de la habitación del fondo del pasillo, la de Grisda, y dejó vagar de nuevo sus ojos por la recogida de las mesas de abajo. Veía a Ryn pasar un trapo húmedo por las superficies y colocar los taburetes debajo de ellas, pero estaba pensando en aquel ladrón hambriento y en que ella había estado en la misma situación hasta hacía no tanto tiempo.

Oona no había emigrado a Portosal, había nacido allí, en un barrio lejos del puerto y apartado del resto de la ciudad por un riachuelo con un único puente de piedra. Era el barrio donde se habían establecido unos pocos elfos cansados de que los suyos vivieran retirados en los bosques del sur, apartados del devenir del resto del mundo. Para su mala fortuna, habían acabado siendo repudiados tanto por su comunidad como por unos humanos que aceptaron con muchas reticencias que se mudaran entre ellos. Las relaciones entre unos y otros eran escasas, de índole comercial como mucho, y los matrimonios mixtos eran tan extraños, que la mera existencia de Oona constituía una rareza digna de ser expuesta en un circo. Ella había aprendido a pasar desapercibida y, al mismo tiempo, a hacerse valer. Nadie la defendería si las cosas se volvían en su contra.

Un chasquido la sacó de sus pensamientos. La puerta de Grisda se abrió para dejar salir a un marinero que arrastró los pies hacia la escalera y ni siquiera se percató de la presencia de Oona en medio del pasillo, con medio cuerpo apoyado en la barandilla y el otro medio dirigido hacia su habitación. Ella sí que volvió la cabeza para verlo marcharse, mientras de la puerta entornada salían los sonidos de Grisda haciendo de nuevo la cama y recolocando los pocos enseres de su posesión. También oyó a Ryn llamándola desde la planta inferior.

— Lo has hecho bien esta noche con ese ladrón — le estaba diciendo —. Ni me había dado cuenta de que pululaba por aquí hasta que Ashorte te ha visto ir detrás de él. No era de los de siempre, ¿no?

Oona se encogió de hombros.

— Buenas noches, Ryn — se irguió y se metió en la habitación.

El final del otoño era una de las épocas más activas en Portosal. Los comerciantes al otro lado del Mar Verde se apresuraban a enviar al continente sus barcos para que las frutas, las especias y las telas con las que comerciaban con la capital llegaran allí antes de que los caminos hacia el oeste y el norte quedaran embarrados o, directamente, cubiertos por la nieve. El tráfico de pasajeros hacia las islas del sur también aprovechaba los últimos días antes de que las tormentas invernales hicieran zozobrar los navíos. Toda la ciudad se preparaba para entrar en una suerte de hibernación cuando el frío hiciera acto de presencia. Seguiría recibiendo viajeros, pero menos frecuentes. El dinero se movería dentro de las murallas, y eso podía generar los mismos problemas que pasar tres meses encerrado en un barco en medio del océano. Los pocos clientes que pasarían las largas noches en la posada de Ryn acabarían hartos de encontrarse constantemente y terminarían demostrándolo, así que a Oona no le faltaba el trabajo, aunque no era una estación tan intensa como la cálida. Y comenzaba a notarse que llegaba el invierno porque por la ventana de la habitación se colaba una ligera brisa fría proveniente de las colinas al norte de la ciudad.

Oona se acurrucó contra el cuerpo de Grisda, cuya respiración notaba en su nuca. Aún veía la cara demacrada del ladrón de la noche anterior mientras se hacía a la idea de que esa mañana le tocaba convertirse en una suerte de recadera glorificada para los mercaderes.

Todas las actividades comerciales en Portosal estaban controladas a través de su gremio correspondiente, que eran quienes concentraban el poder en la ciudad. Elegían al gobernador y pagaban a los soldados que formaban parte de la guardia, así que solía decirse que el cobre de las monedas era realmente la sangre de los habitantes de Portosal. Los que no tenían que robar, mendigar o prostituirse para sobrevivir.

— ¿Estás despierta? — susurró Grisda con su nariz todavía en la nuca de Oona.

Ésta se dio la vuelta y la miró. Tenía los ojos más oscuros que había visto nunca en un humano. Le dio los buenos días con una pequeña sonrisa, que Grisda le devolvió.

— ¿Podrías hacerme un favor e ir a ver a Leshube? Su último cliente de la noche era un poco extraño. Se lo dijimos a Ryn, pero no nos hizo demasiado caso.

— ¿Por qué no me lo contaste anoche?



— Le dijimos a Leshube que gritara si la cosa se ponía fea, pero no volvimos a saber nada de ella. Y no se escuchó nada raro en toda la noche. Sólo quiero asegurarme. ¿Lo harás, por favor?

Oona asintió y se levantó. Se puso un jubón que algún marinero había olvidado tiempo atrás y unos gastados pantalones de cuero, cogió el puñal y salió al pasillo. Aún era temprano y Ryn dormía todavía en el cuarto detrás de la cocina en la planta de abajo. El tenue sol del amanecer dejaba en penumbra, precisamente, el piso inferior pero iluminaba la barandilla y el pasillo frente a las habitaciones de las chicas. Se respiraba calma, aunque Oona estaba alerta ante cualquier ruido inesperado o sombra que no debiera estar allí. La puerta de Leshube era la segunda a partir de la de Grisda. Estaba cerrada y, efectivamente, detrás de ella parecía estar todo en silencio. Escondió la mano de la daga a su espalda, aproximó un hombro a la puerta y con el otro puño dio tres pequeños golpes en la madera. Escuchó el roce de unas sábanas y voces amortiguadas, quizás porque quien hablaba tenía la mano sobre la boca para que no se le oyera demasiado. Oona llamó de nuevo y, esta vez, Leshube respondió, sin levantar la voz:

— ¿Quién es?

— Oona.

Silencio otra vez y, también, ruido como si alguien se arrastrara por el suelo. Estaba a punto de forzar la puerta con el puñal cuando Leshube la abrió y le hizo un gesto apremiándola a pasar. Oona se encontró a un chaval delgado y semidesnudo sentado en el piso de tablones irregulares, entre la cama y la pared del fondo. Se agarraba las rodillas con las manos y miraba con terror a la puerta. Leshube extendió las manos hacia él para intentar tranquilizarlo.

— No va a hacerte nada, es amiga, te puedes fiar de ella.

Oona la miró alternativamente a ella, al chico y a un montón de ropa en el suelo que, claramente, le quedaba demasiado grande y habría robado de a saber dónde. Leshube cerró la puerta a su espalda.

— No hacía falta que vinieras. Dile a Grisda que gracias, pero que no ha pasado nada.

Oona se guardó el puñal en la cintura de los pantalones y dirigió su mirada al joven. Sus rodillas estaban arañadas y, por un momento, se acordó de nuevo de la cara del ladrón de la noche anterior.

— ¿Cómo has conseguido que Ryn no supiera que se ha quedado toda la noche?

— Cuando subió había bastante jaleo abajo, con los marineros cantando a voz en grito y pidiéndoles a los músicos que no recogieran y que tocaran una más. Todas las demás estaban durmiendo o con algún cliente y yo estaba sola en la

barandilla.

— Me es fácil pasar desapercibido — repuso quedamente el chaval.

Ni su amasijo de ropas ni su aspecto eran el de los habituales de la posada, y aquella expresión atemorizada destacaba todavía más. “Se está escondiendo”, pensó Oona.

— ¿Te ha pagado? — le preguntó a Leshube.

Fue él quien se apresuró a contestar, hasta incorporándose levemente y afirmando “claro que sí”, pero Oona miraba a la mujer.

— Sí, la tarifa habitual.

— ¿Y de dónde has sacado el dinero? — y clavó sus ojos en el joven.

Éste se arrugó de nuevo contra la pared.

— Era mío.

La semielfa siguió mirándolo en silencio, estudiándolo. Al igual que el ratero del callejón, estaba muy delgado, pero su piel no había sido tocada por el sol de la misma manera. Estaba pálido, casi ceniciento, y sus rodillas no eran la única parte de su cuerpo que mostraba arañazos y heridas. En los nudillos se apreciaban las marcas, aún enrojecidas, de una pelea a puñetazos y una línea oscura atravesaba una de sus mejillas. ¿Suciedad, el roce de alguna hoja afilada?

Se había relajado un poco al ver que quien entraba en la habitación era una mujer, probablemente porque ella había guardado el puñal antes de que él lo viera, pero se mantenía alerta. Oona tampoco estaba tan en guardia como al principio, aunque seguía buscando alguna pista en él que le indicara su origen y por qué estaba huyendo. Ni el pelo revuelto y desaliñado ni las ropas en el suelo servían para ello, pero sus manos, aferradas aún a sus rodillas, quizás sí. Se fijó en que, en la cara interna de una de las muñecas, el chico tenía un tatuaje de tinta azulada. Parecía escritura, en lugar de un dibujo, así que se acercó para observarlo. Él abrió mucho los ojos y Leshube, que se dio cuenta, preguntó preocupada:

— ¿Qué haces, Oona?

Ella no contestó. Extendió un brazo y tomó con cuidado la muñeca del joven, girándola para poder verla mejor. Dejó escapar un suspiro frustrado. El tatuaje era una marca de identificación. “L / 102 / M / 43”: Labarta, número 102, masculino, tienda número 43.

— Te has escapado del campamento de la puerta norte — afirmó.

Leshube se tapó la boca con la mano. El chico todavía intentó empequeñecerse más ante Oona, que le soltó la muñeca y se arrodilló delante de él para estar a la altura de su mirada.

— ¿Cuánto tiempo llevas huyendo?

El joven sacudió la cabeza. Al mirarlo tan de cerca, la historia de su vida se

aclaraba ante sus ojos. Era un refugiado de guerra hacinado en un campamento instalado a las afueras de la muralla que rodeaba Portosal, en la puerta del camino del norte. Aquella carretera de tierra apisonada se dirigía a Labarta, una ciudad por la que disputaban constantemente los señores feudales de las regiones limítrofes. Los asedios, las entradas a cuchillo de los soldados, el pillaje, el hambre... Todo estaba escrito en su rostro, como lo estaba el nuevo miedo que había sentido al llegar a una ciudad en la que no se le permitía la entrada hasta que el gobernador hubiera determinado que los refugiados de Labarta no eran espías de los señores que codiciaban las riquezas de Portosal. O brujos, que era la leyenda urbana que circulaba sobre ellos, y en Portosal estaba prohibida la magia. Oona suspiró y repitió su pregunta, esta vez en un tono más conciliador.

— ¿Desde cuándo estás dentro de las murallas?

— Un par de días.

— ¿Por qué?

El chico la miró con temor. Los ojos de Oona eran otra de sus herencias élficas, grandes y de un gris verdoso, pero resultaban demasiado inquisitivos en aquel momento, así que el joven apartó los suyos.

— No puedo ayudarte si no sé de qué estás huyendo.

Él agachó la cabeza, sin responder. Oona suspiró de nuevo, se puso de pie y miró a Leshube. Ambas sabían que el chico tenía que marcharse, pero se le veía tan frágil sentado en el suelo, semidesnudo. Estaba desprotegido. La semielfa intentó por última vez que le contara por qué se había escondido en la posada, sin resultado.

— Tienes que irte antes de que Ryn te encuentre — le dijo —. A lo mejor podemos ayudarte, pero no ahora, y menos si no sabemos qué te da tanto miedo.

El chico susurró un “todo” que a Oona no le pasó desapercibido, pero se sentía impotente viéndolo levantarse y vestirse. Como había supuesto, ninguna de aquellas prendas eran suyas. Quizás se las hubieran dado al llegar al campamento, quizás las hubiera robado, pero lo que sí conseguían es que pareciera otro ratero callejero más. Leshube lo acompañó hasta la puerta de la calle para asegurarse de que Ryn no lo descubría mientras Oona se quedaba en el pasillo, pensativa. Los refugiados de Labarta que se aventuraban dentro de las murallas eran muy pocos. Los guardias que custodiaban el campamento imponían demasiado y algunos ciudadanos los trataban con recelo, como poco. El tatuaje de la muñeca los marcaba, los hacía destacar y provocaba que se pusieran en guardia. Las justificaciones del gobernador para mantenerlos apartados habían creado cierto temor en la gente a que aquellos refugiados fueran, en realidad, a invadirlos.

Leshube subió las escaleras y se detuvo por un segundo a su lado.

— Estaba muerto de miedo.

Oona asintió, pero no dijo nada, así que la mujer musitó algo para sí misma y entró en su habitación. Ella dirigió sus ojos hacia la puerta de Grisda, todavía cerrada. Resistió la tentación de entrar y, en su lugar, buscó su abrigo largo en la percha al lado de las escaleras. La mañana acababa de empezar.

Los comerciantes de Portosal estaban regidos por una asociación que aglutinaba todos sus gremios. Se encargaba, sobre todo, de organizar los puestos del mercado, recolectar los impuestos de la ciudad por desarrollar una actividad mercantil (impuestos que se repartían después con el gobernador) y resolvía también las disputas entre los mercaderes. En un puerto cuya razón de ser era el comercio, la asociación de gremios acumulaba la mayor parte del poder y de la influencia, por lo que muchos portosalinos bromeaban con que su presidente, Frendo Arton, era el verdadero gobernador de la ciudad. Y le gustaba presumir de su posición.

Para empezar, la sede de la asociación era el único edificio de piedra en el barrio del mercado, construido enteramente de madera y, de vez en cuando, algún ladrillo. Se levantaba a una altura de dos plantas y la última estaba dedicada por entero a su presidente, que recibía allí a los visitantes y veía desde sus ventanas todo el puerto. Eso constituía un detalle de distinción; el mercado estaba en el corazón de la ciudad y sus vecinos no podían ver más que otras casas entre las suyas y el mar. La asociación era, también, la única construcción con más de una altura.

Las primeras veces que Oona había ido allí, la combinación de la piedra gris, traída en barco desde el otro lado del Mar Verde, y las dos plantas la había intimidado. Notaba la sensación de poder que emanaba, lo que la incomodaba, sobre todo cuando conoció a Arton.

El comerciante había solicitado que lo visitara después de que le ayudara a recuperar un valioso anillo que le habían robado en la posada de Ryn, en una de las escasas ocasiones en las que se había atrevido a salir del Barrio Alto, al norte de Portosal. Arton era capaz de superar sus prejuicios y reticencias hacia elfos, humanos de las islas del sur e incluso labartinos si demostraban ser útiles para sus propósitos. Oona lo había sido, por lo que la miraba como un activo a utilizar, en lugar de un sujeto de quien desconfiar. Y había otra razón más que la convertía en alguien importante; su condición de mujer le permitía entrar en lugares donde un guardia habría sido recibido a pedradas. En las calles más pobres junto al puerto, donde no era extraño que surgieran pequeñas bandas de delincuentes, nadie la percibía como una amenaza, los tenderos del mercado apenas reparaban en ella y, aunque recibía alguna mirada de soslayo, en el barrio

de los elfos se movía con total libertad. Un simple humano no habría conseguido pasar el puente que delimitaba aquella zona y la separaba del Barrio Alto, donde vivían los gerifaltes de Portosal. No había vigilancia, pero la atmósfera se tensaba y el intruso se sentía observado. Oona también, pero recordaba su infancia en aquellas calles. Por todo esto, Arton la necesitaba para que resolviera cuestiones en las que los miembros de su asociación se involucraban con lo que él llamaba “el populacho”, que representaba a todas las personas con residencia fuera del Barrio Alto. La calle que lo delimitaba parecía tener una empalizada invisible marcada por el contraste entre edificios de piedra o ladrillo pintado y casas de madera. Y por la pulcritud y tranquilidad de una parte y el ruido constante de la otra.

En el mercado, la plaza aún estaba despertando al nuevo día, con los primeros mercaderes montando sus puestos alrededor de la columna rota que ocupaba su centro, por lo que Oona la atravesó con rapidez. El sol se reflejaba en la piedra de la segunda planta de la asociación, donde imaginó que Arton estaría juntando las yemas de los dedos con expresión ufana y calculadora, observando la extensión de sus dominios. Los dos guardias de la puerta, serios, fuertes y pertrechados con yelmos, escudos y lanzas, la dejaron pasar casi sin mirarla a una sala en la que, a la derecha, se veían varios muebles de madera llenos de papeles y un escritorio que todavía estaba vacío. Frente a ella había más mesas, en las que se sentaban varios hombres que escribían, sumaban, copiaban y anotaban toda la actividad mercantil de la ciudad, y a su izquierda ascendían las escaleras que llevaban a la oficina de Arton. Todos la conocían, pero apenas la saludaban con un ademán de la cabeza y seguían concentrados en sus tareas.

La luz del sol entraba por la puerta, que solía mantenerse abierta, y por sendas ventanas hacia la plaza del mercado y una calle en la parte de atrás. Aun así, en la pared de la escalera colgaban lámparas de aceite, apagadas. De vez en cuando se escuchaba un cuchicheo pero, en general, los contables se mantenían en silencio. A Oona siempre le chocaba mucho encontrarse en aquella quietud viniendo del ajetreo del mercado.

Subió los escalones con las manos en los bolsillos de su abrigo, una prenda de lana gruesa que le habían entregado en pago por ayudar a un borracho que había perdido todo su dinero jugando a las cartas en la posada. Casi le colgaba hasta los tobillos y era negro profundo, un ventaja para moverse de noche, además de tener unos cuantos bolsillos interiores en los que guardar desde su puñal a un pequeño anillo atado a un cordel con mucho significado personal, pero que Oona no se atrevía a colgarse del cuello. En ellos había metido también lo que le llevaba a ver a Arton, una libreta que un mercader había perdido en una taberna del muelle de levante. No la había abierto porque ése no era su cometido, pero

sabía que era lo suficientemente importante como para que el presidente de la asociación quisiera verla en cuanto la tuviera en su poder. De hecho, la sonrisa que asomó a su rostro era la más amplia, y menos acogedora, que le había visto nunca.

“Si todos mis empleados trabajaran como tú, esta ciudad habría conquistado el resto del continente hace tiempo”, fue su recibimiento. En cuanto se llegaba al final de las escaleras ya se entraba en sus dependencias, razón por la que el piso inferior era tan silencioso, y Arton tenía varias mesas y librerías repletas de libros cosidos y legajos enrollados, todos perfectamente ordenados, además de un escritorio al fondo, junto a las ventanas, del que se levantó para saludar a Oona.

Su apretón de manos era firme. Ella había aprendido a devolvérselo casi con la misma intensidad y a mirarle directamente a los ojos mientras lo hacía. Si alguna vez hubiera bajado la vista a sus manos, probablemente se habría reído al ver que las de Arton eran pequeñas y rechonchas. Como él, que regresó detrás de la mesa y se sentó. De pie al otro lado del escritorio, tan ordenado como el resto de la habitación, Oona extrajo la libreta del interior de su abrigo y la dejó encima de una hoja en blanco. Una expresión de alivio cruzó brevemente la cara del comerciante, que tomó el cuaderno y lo hojeó.

— ¿Te dieron problemas? Aunque dudo que supieran lo que tenían. Esa gente sólo se preocupa por monedas y poco más.

Oona frunció el ceño mientras respondía que no. La manera en la que Arton echaba un vistazo a la libreta, como si temiera encontrar algo muy concreto, resultaba interesante. Le habían encargado su recuperación intentando no darle demasiada importancia, pero nadie se preocupaba por unos papeles perdidos en el puerto a no ser que dieran motivos para ello. En aquellas calles y aquellas tabernas desaparecían muchas cosas, aparte del dinero, cosas que nadie buscaba de vuelta. Arton pareció quedar satisfecho con la somera inspección de la libreta, de aspecto corriente y sin marcas distintivas, y la guardó en un cajón del que extrajo, a su vez, una bolsita de cuero tintineante. Se la lanzó a Oona, que la recogió con una mano y la metió en uno de sus bolsillos interiores.

— Vuklesio estará muy contento de recuperar su cuaderno. Y yo, aún más de que deje de molestarme. Se ha pasado los últimos tres días enviando mensajeros constantemente solicitando noticias de su libreta. Si no fuera tan aficionado a esos antros...

Por un momento, ella se arrepintió de no haber curioseado ni aunque fuera levemente aquellas páginas tan ansiadas, sobre todo al ver que Arton no se callaba sobre el buen trabajo que había hecho y lo satisfecho que se sentía con ella. Pero Oona sabía cuándo marcharse, sin esperar a que le indicaran dónde

estaba la puerta.

— Me voy, si no necesitas mis servicios.

— No, no, te has ganado un pequeño descanso de mis encargos. Disfrútalo.

Le guiñó el ojo, dando a entender algo que a Oona se le escapaba. Lo tomó, en su lugar, como su señal para encaminarse a las escaleras y salir a la plaza del mercado. A su espalda, Arton pedía a uno de sus empleados que fuera a casa de Vuklesio a darle la buena nueva. La libreta, sin embargo, se quedaba en el cajón de su mesa.

Para ser el lugar que daba a Portosal su nombre, y su prosperidad, el puerto vivía prácticamente a espaldas del resto de la ciudad. Era un ecosistema cerrado y autónomo que respiraba al ritmo de los barcos que atracaban y de los marineros y pasajeros que iban y venían en ellos, que apenas se adentraban en el corazón de Portosal. Era más un puerto de paso, un lugar que recibía mercancías y personas que, después, eran despachados a otros puntos del continente. Los viajeros que entraban por tierra tendían a quedarse más tiempo o albergaban el propósito de ganarse la vida allí; los que viajaban por mar no se ataban a ningún sitio. Aún era más extraño encontrarse a portosalinos como Oona, nacidos allí y que apenas habían salido de sus murallas. Ella lo había hecho, brevemente, y a su regreso a la ciudad había preferido olvidarlo.

La vista de los grandes navíos mercantes, meciéndose plácidamente en sus amarres, y el crujido de los mástiles relajaban su mente. Aún le daba vueltas al aspecto demacrado del ladrón de la noche anterior y, sobre todo, al tatuaje identificativo del chico de la habitación de Leshube. Con la hostilidad que podía respirarse contra los refugiados de Labarta, debía tener razones muy apremiantes para escapar del campamento y, en parte, se sentía intranquila por no haber conseguido que se las contara. El miedo lo atenazaba. Por un momento, Oona recordó a sus padres sentados en la parte delantera de un carro, parados en un camino de acceso a la puerta norte con el corcho que su padre recolectaba de los bosques fuera de las murallas. Ella tenía edad suficiente para saber por qué los guardias les habían dado el alto y qué motivaba aquellas miradas de desprecio. Su padre, alto, con el porte de un elfo del sur, al lado de su madre, una humana de Portosal con una frondosa melena castaña, agarrados de las manos para darse mutuamente fuerza. No quería recordar todo lo que había ocurrido después, ni los desagradables comentarios de los soldados pero aquel labartino lo había conjurado de vuelta. En parte, por su culpa paseaba por el puerto; esperaba encontrárselo por allí, oculto en la cubierta de algún barco cuyos tripulantes hubieran bajado todos a tierra, o tratando de pasar desapercibido con aquellas ropas que, precisamente, complicaban que pudiera hacerlo. Necesitaba

comprobar que estaba bien o, al menos, que seguía con vida. Así, podía intentar ayudarlo otra vez.

“Ilusa”, murmuró para sí. Era altamente improbable que volviera a verlo. Aunque también lo era que se topara de nuevo con el ladrón de la posada y allí se encontraba, de pie, mirando hacia la bocana. Vestía una capa diferente de la de anoche que Oona confiaba que hubiera comprado con la moneda que le dio y parecía absorto en el horizonte, en las gaviotas que volaban rozando las olas. Se aproximó a él y, para evitar que se sobresaltara, lo saludó con un “hola otra vez”. El hombre giró la cabeza y, por un instante, dio la sensación de que iba a echar a correr. Pero su cara se relajó al reconocerla y respondió con otro “hola”. A continuación, adoptó una pose para enseñarle su capa.

— ¿Te gusta lo que me he comprado con tu moneda?

A Oona se le escapó una sonrisa.

— ¿Seguro que no se lo has robado a otro jugador incauto?

— Sólo robo cuando no me queda más remedio. Que es la mayor parte del tiempo, lo reconozco — y él sonrió también.

A la luz del día, el color de su piel aparecía un poco más saludable, aunque su delgadez evidenciaba que vivía en la calle. Sus ojos, no obstante, tenían un brillo que Oona no había visto en el callejón. Extendió una mano hacia la semielfa, presentándose.

— Soy Linus.

— Oona.

Le sorprendió que le apretara la mano con sensación de bienvenida. Estaba más acostumbrada a los apretones que marcaban distancias y posiciones sociales de los comerciantes.

— ¿Qué haces por aquí? ¿Persiguiendo a otro ladronzuelo?

Ella sacudió la cabeza.

— Dando un paseo.

Linus frunció ligeramente el ceño, con expresión divertida.

— Nunca me ha parecido que el puerto fuera un sitio donde pasear, la verdad. Nadie te presta atención si pretendes presumir de atuendo.

Oona sonrió de nuevo.

— Sí que nos tienes calados.

— Los portosalinos tenéis dinero y os gusta demostrarlo. ¿De qué sirve no poder enseñarlo?

Ella asintió con la cabeza. Ni se dio cuenta de que la sonrisa no se le había borrado de la cara.

— Un ladrón como yo se fija en esas cosas — continuaba Linus —. Para aparentar, mejor hacerlo en la plaza del templo en el Barrio Alto o, si lo que



quieres es restregarle tu fortuna a toda esa gente que no ha sabido cómo dejar de ser pobre, pásate por el mercado por la tarde, cuando los puestos de frutas se convierten en teterías. En invierno está la cosa más difícil, pero todo es ponerse.

— ¿Has pasado algún invierno aquí?

— Tres.

Tenía que dormir bajo techo. Nadie sobrevivía tanto tiempo en la calle.

— ¿Tú eres de aquí? — contraatacó Linus.

La única respuesta que recibió fue otro gesto afirmativo con la cabeza y una mirada ligeramente ausente.

— Ya veo que no eres de hablar mucho — repuso él.

Oona se encogió de hombros.

— Lo necesario.

Linus la observaba y sonreía. ¿Le parecía una persona peculiar? ¿Pretendía entablar alguna relación con ella? ¿Sentía curiosidad? No resultaba fácil calarlo, tal vez porque Oona estaba acostumbrada a buscar agendas ocultas y dobles sentidos y no era ésa la sensación que él le estaba transmitiendo. Parecía sincero en su conversación y en la manera en la que estaba mirándola. Y, a pesar de que se había fijado en sus manos y, probablemente, se había dado cuenta de que no era completamente humana, tampoco le había preguntado nada sobre ello.

— ¿Tienes algún trabajo o robar es tu único modo de vida? — quiso saber ella.

Los ojos de Linus brillaron divertidos.

— No soy ladrón de profesión, si es lo que quieres decir. Algo me sale de vez en cuando, pero poca cosa. En Portosal son inútiles mis conocimientos de cosechas, o de ovejas, o saber que, si el cielo está del color de la panza de una burra en invierno, es probable que nieve.

— Los patrones de los barcos sí estarían interesados en saber cuándo va a haber tormenta.

— El don de la adivinación es uno de los que me faltan, por desgracia.

Oona se rió. Le caía bien aquel tipo. Iba a preguntarle por qué había emigrado a Portosal cuando, repentinamente, se escuchó una explosión ahogada unos metros hacia adelante de donde ellos charlaban. Dirigió sus ojos hacia un pequeño barco del que empezaba a ascender una columna de humo espeso, justo a la espalda de Linus. Éste se dio cuenta de su mirada y se volvió hacia el lugar de donde había procedido el ruido. Iba a preguntar “qué es eso” cuando Oona ya había echado a andar, a buen paso, en dirección al barco, uniéndose a algunos hombres que también estaban acercándose.

El humo salía del centro de la cubierta, de una trampilla enrejada, y cada vez se extendía más. Ya subía hasta la mitad del palo de mesana y se deslizaba hasta

el muelle, envolviendo a los curiosos que comenzaban a agolparse allí. Los guardias no tardarían en presentarse, más para controlar a una posible multitud que para asegurarse de que nadie salía herido. Oona quería aprovechar esos momentos antes de que se adueñaran de la situación para echar un buen vistazo. No era la primera vez que se incendiaba un barco en el puerto, pero sí era inusual que se escuchara una deflagración antes.

El navío tenía dos palos, con una gran vela triangular en el trinquete, y un pequeño castillo de popa en el que destacaba un timón de unas dimensiones excesivas para aquella embarcación. Además, Oona se fijó en que una línea de algas y tierra recorría el casco; hacía bastante tiempo que nadie se había hecho a la mar en él.

Eso cambió la manera en la que estudiaba el barco. Ahora se dio cuenta de que la vela del trinquete estaba ajada y el timón, asegurado con una cadena a la barandilla del castillo. La cubierta lucía descuidada. El humo lo cubría todo, pero la sensación de abandono resultaba muy evidente. Escuchó las voces de los guardias intentando apartar a la gente del muelle, así que echó un último vistazo al mascarón de proa, donde se leían los dos símbolos élficos de la luna y el mar. Frunció el ceño al reconocerlos, pero no podía demorarse mucho más. Se internó entre los curiosos para alejarse en dirección contraria y se dio de bruces con Linus, que había estado observándola todo ese tiempo. Oona lo agarró del brazo y lo empujó para que caminara.

— Vámonos — le apremió a media voz, y él obedeció sin rechistar.

A su espalda, escuchaba cómo se lanzaban cubos de agua sobre la embarcación y los guardias decidían si entraban o no en ella para buscar víctimas. No había demasiado convicción en sus voces, probablemente porque también se habrían dado cuenta de que el barco parecía abandonado, pero uno de ellos, con tono de oficial, les recordaba que era su deber. Oona prefería no quedarse a comprobar en qué quedaba todo aquello.

Linus y ella continuaron andando hasta que se detuvieron en la puerta de una taberna, todavía cerrada. Aún estaban cerca del lugar de los hechos, pero lo suficientemente alejados como para que nadie los mirara dos veces. Ella dirigió los ojos entonces hacia el barco, engullido por el humo; se apreciaba el movimiento de la cadena de hombres que se pasaba cubos de agua y se distinguían, además, sombras sobre la cubierta. La mirada de Linus saltaba de Oona hacia el muelle, y viceversa, y parecía genuinamente confuso

— ¿Qué ha sido eso? ¿Has escuchado, como yo, una explosión?

— Es lo que parecía.

Él se llevó una mano a la frente.

— ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

No lo estaba, pero sabía controlar sus expresiones y estaba concentrada observando desde la distancia toda la escena que se desarrollaba en el muelle. Sobre todo, le llamaba la atención un hombre que se encontraba entre la pequeña muchedumbre de curiosos, un poco apartado de ellos. Llevaba un sombrero de ala ancha con una cinta rojiza que no solía verse en Portosal, ni siquiera entre los viajeros de paso, por lo que destacaba entre los hombres vestidos con capas oscuras o que habían salido a la calle en mangas de camisa. Pero, además, la manera en la que observaba las labores de extinción del incendio aún llamaba más la atención. Sus manos estaban ocultas en los bolsillos de su abrigo claro y su lenguaje corporal no era el de alguien preocupado. Más bien, a Oona le dio la sensación de que estaba entre curioso y ligeramente divertido por todo aquello. Ella desvió su mirada por un momento hacia el barco, del que continuaba escapando un denso humo negro, sin llamas, y cuando quiso fijarse otra vez en el hombre del sombrero, había desaparecido. Miró a Linus por si él se había percatado de algo, pero su ademán era ahora nervioso al ver cómo llegaban cada vez más guardias. Sin embargo, no se había movido de su lado. Oona tardó un segundo de más en darse cuenta de porqué.

— Vete, Linus.

Él la miró.

— ¿Estás segura?

Oona asintió. El ladrón le sonrió a modo de despedida y se metió por la calle a la derecha de la taberna.

— Nos volveremos a ver — aseguró, mirándola una última vez antes de doblar la esquina.

A ella se le escapó una sonrisa torcida y su atención se tornó de nuevo hacia el puerto.

La actividad se había reducido bastante. Aún flotaba el humo por los alrededores del barco y la ligera brisa que soplaba del mar lo extendía hacia el interior de la ciudad. Y extendía también un peculiar aroma. No olía a madera quemada, como era de esperar: era más dulzón, se pegaba a las fosas nasales y las envolvía por completo. Oona arrugó la nariz, sorprendida. ¿Qué se había quemado en el barco? Su cabeza repasaba posibles respuestas mientras regresaba caminando hasta la posada de Ryn, pero ninguna cuadraba. Le recordaba al aroma que le había llegado del chico a la carrera que se había cruzado la noche anterior. Tampoco había visto un incendio en el que no se apreciara ni una sola llama, aunque era posible que hubieran estado confinadas a la bodega y que el humo fuera demasiado espeso para verlas desde lejos. Pero le quedaba la impresión de que muchas cosas no encajaban en la escena que acababa de presenciar.

La noticia del incendio se comentaba ya por todos los alrededores del puerto. Las conversaciones eran imprecisas, de gente que quería saber qué había ocurrido y recibía las respuestas incompletas de quienes lo habían escuchado de segunda o tercera mano. La información podía correr tan rápido como la pólvora, pero los detalles se transformaban y se perdían por el camino. A Oona le sonaban como ruido de fondo, porque en su cabeza ya se desarrollaba su propia conversación al respecto. Quería llegar a la posada y ordenar sus ideas por escrito. Demasiadas cosas habían llamado su atención en el último día, pero aún bailaban incoherentemente en su pensamiento. Algunas de ellas se difuminaron al ver a Grisda sentada en un taburete en la puerta de la posada, con la espalda apoyada sobre la pared, las piernas extendidas y los ojos cerrados, disfrutando del sol casi otoñal. La sonrisa volvió a los labios de Oona, que se detuvo a su lado y le rozó una mejilla con el dorso de los dedos.

— ¿Vienes del incendio del puerto? — preguntó Grisda entreabriendo los ojos y mirándola de soslayo.

La semielfa asintió.

— ¿Qué llevaba ese barco? Porque hueles a melaza.

Interesante sugerencia. Oona extendió la palma de su mano sobre el rostro de la humana, dándole un poco de sombra. Grisda se la apartó con gentileza.

— Las chicas han ido todas para allá para ver si se enteraban de algo — estaba explicando —. Ha venido Fredy corriendo como un loco. “¡Se está quemando medio puerto!” Con lo aburrido que está esto últimamente, no iban a quedarse aquí esperando noticias.

— Seguro que Arina ha ido la primera.

— Por supuesto. Pero Leshube estaba un poco rara. Siempre se anima mucho cuando hay algún cotilleo jugoso y la he visto seria. Tú has ido a verla esta mañana, ¿no?

Oona hizo un gesto para quitarle hierro.

— Había tenido un cliente un poco raro anoche, nada más.

Grisda la miraba fijamente, pero no quiso preguntarle más. Estaba acostumbrada a su parquedad en palabras. Por un momento, Oona perdió el hilo de sus pensamientos. Retales del humo del incendio subían hasta allí y notó en el aire el olor dulzón que impregnaba su pelo. Parpadeó, saliendo de su ensimismamiento. “Ahora te veo”, le dijo a Grisda y se encaminó al interior de la posada.

La mesa más al fondo, que durante el día quedaba casi en penumbra, era su favorita para sentarse a ordenar sus ideas. Guardaba en uno de los bolsillos de su abrigo unos pequeños legajos cosidos rudimentariamente que le servían para tomar notas, que escribía con un lápiz que todavía recordaba la forma de su

ramita progenitora. Se apartaba de todo en aquella pequeña mesa; la mañana y la primera hora de la tarde eran muy tranquilas y podía pensar o, simplemente, perderse en su burbuja. Su horario laboral para Ryn comenzaba con los primeros clientes nocturnos, y aún faltaba para que se acodaran en la barra.

Oona apuntó todo lo que le había llamado la atención desde anoche: Linus, el chaval que corría por la calle, el labartino escondido en el cuarto de Leshube, la libreta de Frendo Arton, el incendio del puerto y su extraño observador, aquellos signos élficos en el mascarón del barco... Verlo ahí escrito disipaba sus dudas de que hubiera malinterpretado algunas de las intuiciones que había tenido en cada momento. Con la excepción de Linus, que picaba su curiosidad de una manera diferente, el resto le daban mala espina.

El corredor, por ejemplo, podría haber estado ejerciendo de correo. Estaba tan absorto en su tarea, que había optado por ignorar completamente la presencia de Oona, que era la única otra persona en aquella calle mal iluminada. El mercado o el puerto eran los lugares más probables donde podría haber comenzado su carrera, y aquel olor dulzón que desprendía reducía esas opciones a una sola, el puerto. Adónde iría era otra adivinanza completamente diferente porque, hacia el norte, había muchos sitios en los que entregar lo que fuera que transportaba, o donde contar lo que le hubieran dicho que tenía que contar. No había tanta gente en Portosal que utilizara de aquella manera a los chicos de la calle, pero tampoco tenía mucho más con lo que seguir discurrendo.

El labartino, por otro lado, le causaba una sensación mucho más incómoda. También era otro enigma con demasiadas incertidumbres y, además, había despertado en ella cierta inquietud. Le molestaba no haber sabido ganarse su confianza, no haber conseguido que le dejara ayudarlo. Pensaba en su miedo y, sobre todo, en que tenía que estar muy desesperado para adentrarse en una ciudad que prohibía expresamente la entrada de todos los que huían de allí, y en la que sus habitantes recelaban de ellos al nivel de las personas que creen que los vas a traicionar no sólo para robarles su dinero, sino para usurpar a su familia y dejarlas tiradas en la calle.

Luego estaba el tema de Frendo Arton y la libreta de Vuklesio. ¿Era uno de los muchos tejemanejes del presidente de la asociación de gremios, al que le gustaba tener siempre algo con lo que manejar a su antojo al resto de comerciantes? ¿Estaba ante otra cosa? Portosal era una ciudad bastante tranquila. Su cuerpo de guardia se ocupaba sobre todo de pequeños robos y de altercados en las tabernas, y poco más. Para los visitantes, o quienes quisieran hacer negocios con los portosalinos, aquello era un incentivo frente a otros puertos mucho más peligrosos, lo que llevaba a Oona a sospechar que la principal actividad delictiva en la ciudad era, precisamente, mantener su seguridad.

Y el barco incendiado... Aquellos símbolos élficos la habían desconcertado. Estaba bastante segura de que representaban al mar y la luna y los anotó en su libreta. Le costó un poco porque había perdido la costumbre de escribir, y de hablar, élfico, aunque leerlo siempre le había resultado sencillo. Se distrajo observándolos, con su mente inundada de repente de recuerdos de su vieja casa de la infancia en Uhnellen, el barrio de los elfos, y tardó un rato en darse cuenta que las chicas habían vuelto del puerto y se habían sentado en un par de mesas cerca de las escaleras. Le contaban a Ashorte, sentado a comer con ellas, lo que habían visto allí y lo que habían escuchado. La voz clara de Arina destacaba sobre las demás por su excitación.

— No veas cuántos guardias se habían reunido allí, pero ninguno estaba haciendo nada. Había mucho humo y olía realmente mal.

— Parecía que hubieran quemado un perro muerto — intervino Trana, otra de las chicas, y Ashorte, atento a Arina, le indicó con la mano que se callara. Bebió un trago de vino y quiso saber qué barco era.

— Ni idea. No pudimos acercarnos tanto, aunque no parecía de los grandes.

— Tenía que ser de alguien importante — afirmó Josyan, la más veterana de todas.

Oona levantó la cabeza al escucharla y preguntó, mientras se levantaba para aproximarse a su mesa:

— ¿Por?

Las chicas la miraron. Josyan adoptó una expresión de suficiencia, de saber algo que a las demás les estaba vetado.

— No habría habido mercaderes viendo cómo se quemaba un barquito pequeño y sin importancia.

— ¿Qué mercaderes?

— Había un tipo con un sombrero con una cinta roja que no podía ser otra cosa, y también vi por allí a uno que de vez en cuando viene por aquí, Vuklesio.

Oona frunció el ceño, sin decir nada más. Ashorte siguió preguntando sobre el incendio, pero las respuestas que le daban ya no provenían de testimonios directos. El dueño de una tetería le había contado a Arina lo que había visto el primo del alfarero al que le compraba los vasos, y cosas así.

— A mí me han dicho que aquello tenía que ser obra de un piromante.

— Ya estamos con la magia — interrumpió Ryn de repente —. Para ser una ciudad que confía tanto en el dinero y en lo que se puede tocar, hay que ver lo que gustan las supercherías.

— Como si nunca te hubieran contado nada sobre los hechiceros de la puerta sur.

Lo que Arina acababa de decir llevó a una pequeña algarabía sobre si aquello

no era más que una leyenda urbana, leyendas para asustar a los niños traviesos. A Oona se lo había contado su madre; no era más que una historia de dos jóvenes que llegaron a Portosal desde el otro lado del mar, huyendo, y a quienes los habitantes de la ciudad habían expulsado porque creían que eran magos que habían provocado una extraña tormenta en medio del verano cuyos relámpagos incendiaron un viejo almacén de maderas en el puerto. Nunca le había prestado demasiada atención a aquella historia; para su madre, sin embargo, era importante, pero no porque creyera que la magia existía.

Las chicas siguieron charlando mientras terminaban su comida. Oona continuó dando vueltas a lo que había visto y oído al caer la noche, desde el puesto privilegiado de observación de la barandilla del segundo piso, porque sentía que, de algún modo, no estaban aislados, pero fallaba en encontrar algo que los uniera, incluso tangencialmente. Suspiró. Dejó vagar su mente mientras veía a los marineros levantar sus vasos de vino sobre sus cabezas y cantar a voz en cuello. Ya le llegaría la inspiración.

Linus decía, con razón, que los portosalinos vivían de espaldas a su puerto. También era justo puntualizar que el puerto era su propio ecosistema autosuficiente. Al final del verano todavía recibía varios centenares de viajeros al mes y se hacían más habituales los barcos que partían hacia el sur llevando aceite y grano que los que atracaban con especias y frutas de más variedades de las que Oona conocía su existencia. Era el puerto más ajetreado de la costa este, y lo era sin albergar actividad militar. Los nobles del interior del país, cuando se enzarzaban en su guerras, siempre intentaban comprar su uso para transportar tropas y armas, pero el gobernador y la administración del puerto se negaban en redondo. Preferían los beneficios que ya conocían del comercio ultramarino al dinero rápido, y peligroso, que proporcionaba meterse en medio de una guerra que no estaban luchando.

Había disensiones en esta postura, por supuesto. Oona estaba convencida de que a Frendo Arton le atraía el negocio bélico, pero le faltaban los apoyos para invertir en él. En parte porque, curiosamente, los gremios de comerciantes y la administración del puerto se ignoraban como un matrimonio mal avenido. Los dos querían quedarse el título de “motor de Portosal” para sí mismos y se veían como competencia. Hasta el edificio del gobierno portuario intentaba ser más imponente que el de la asociación de gremios. Se había quedado en dos plantas, como el de los mercaderes, para que la rivalidad no derivara en franca enemistad, pero su fachada estaba más adornada con relieves de barcos y olas, y hasta se habían atrevido a coronarlo con un mascarón de vivos colores rescatado de un naufragio.

Oona iba siempre a regañadientes allí. Ryn tenía pocos tratos con el puerto pero, de vez en cuando, los inspectores le retenían alguna caja de un licor especial de las islas del sur y a ella le tocaba ir a pagar el “impuesto” especial requerido para darle salida. Aquella mañana, además, pensó que aprovecharía el viaje, y el mal trago, para averiguar algo más sobre el barco incendiado.

— No hemos pedido que nos manden a ninguna limpiadora para las oficinas. Gracias, guapa.

La semielfa miró al empleado sentado en una mesa tras la puerta principal. Ahí estaba el mal trago.

— Vengo a pagar por un envío para Ryn Lefen.

En la cara del hombre se había instalado una sonrisilla de superioridad que



todavía era más irritante.

— Eso no es aquí, guapa.

— He venido más veces. Es aquí.

El empleado resopló.

— Si ese Ryn Lefen tiene que recurrir a ti para resolver sus asuntos, dudo que le vaya bien el negocio. Si es que vienes de verdad a eso.

Acto seguido, señaló con el dedo hacia un pasillo que se abría a su izquierda. Oona había aprendido a ignorar el subtexto de muchas de las cosas que le decían aquellos empleados de la ciudad. Le resultaba tan común escuchar que se buscara un marido, como las portosalinas decentes, que se había convertido en ruido blanco para sus oídos. Fue consciente también de que el hombre la miraba de arriba a abajo cuando pasó por su lado. Si en el resto de la ciudad había pocas mujeres que se ganaran la vida fuera de casa, en el puerto eran presencias exóticas más allá de las chicas de las tabernas.

El interior del edificio era funcional, contrastando con su ornamentado exterior. El pago de tasas sobre las mercancías se efectuaba en un mostrador en el que nunca se veía un solo legajo, supervisado por el empleado con más aspecto de carterista que Oona había visto nunca. Casi era hasta cómico.

Él también la recibió con una expresión de incredulidad. Se quedó mirando su abrigo como si fuera un disfraz extraño y parecía confuso por sus rasgos faciales. Oona se puso en guardia. Aquella confusión solía traerle problemas más adelante. Lo saludó con el tono más neutro que pudo y muy escuetamente. El empleado parpadeó, saliendo del ensimismamiento en el que había entrado al analizarla, y repuso con sequedad:

— ¿Qué buscas?

— Vengo a pagar la tasa por un cargamento de ron a nombre de Ryn Lefen.

Aquella información fue recibida con más incredulidad y miradas concentradas de arriba a abajo. Sin proponérselo, ella echó mano al anillo que guardaba en uno de los bolsillos interiores de su abrigo y empezó a darle vueltas con los dedos. Era un reflejo, un recurso para tranquilizarse. El hombre ni siquiera miró un papel antes de contestar, aún con sus ojos fijos en Oona:

— No tenemos ningún cargamento para esa persona.

Por toda respuesta, ella dejó sobre el mostrador una tarjeta. La habían enviado a la posada un par de días antes avisando, precisamente, de que el ron que Ryn esperaba estaba retenido en la administración portuaria. No hubo ninguna reacción por parte del empleado, que volvió a reiterar que no había ningún envío para el tabernero. Oona sabía que la burocracia de Portosal podía ser caprichosa y depender de que alguna que otra moneda extra cambiara de manos discretamente, pero le desconcertaba aquel hombre. Y le generaba una sensación

inquietante que no hubiera apartado sus ojos de ella en todo aquel rato.

— ¿Podría comprobarlo? — insistió, esforzándose para que su voz no la traicionara.

Ahora, él miró brevemente la tarjeta y, acto seguido, su cara adoptó tal expresión de desaprobación, que Oona supo enseguida que Ashorte tendría que encargarse de aquel pago.

— No tenemos nada para Ryn Lefen, y no tenemos nada para ti.

Le devolvió la tarjeta empujándola por el mostrador y manteniendo sus manos lo más alejadas posible de las de ella. Oona la recogió, se la guardó y, sin mirar al hombre, salió al pasillo. Todo su cuerpo estaba tenso. Tomó aire para intentar calmarse, aunque no le ayudaba que el edificio le causara cierta claustrofobia. Decidió que las averiguaciones sobre el barco incendiado podían esperar y atravesó la puerta de la calle. El empleado sentado allí chasqueó la lengua cuando la vio pasar, sin que ella comprendiera del todo aquel gesto, pero no se giró para mirarlo. Prefería regresar al sol y al aroma a sal y betún del puerto.

A veces, olvidaba que la ciudad tendía a ser desapacible, cuando no frontalmente hostil, con quienes les resultaba imposible acceder a posiciones de cierto privilegio por su género, o por su procedencia, o porque no eran humanos al ciento por ciento. Mujeres y elfos salían perdiendo casi siempre, así que Oona había hecho bingo. Sorprendía que la atmósfera social en Portosal fuera de aquella manera cuando recibía visitantes de toda condición y origen; Grisda sostenía que quienes manejaban el cotarro temían perder el control si no recordaban a quienes eran diferentes a ellos que dicha diferencia los ponía en desventaja, los convertía en inferiores. El prejuicio se había refinado mucho y rara vez se mostraba tan abiertamente como en la administración del puerto, pero se notaba. Era como un leve olor que persistiera tiempo después de que se hubiera sacado la basura.

La semielfa irguió su postura y se acomodó mejor el abrigo sobre sus hombros. La lista de recados aún era larga, por lo que se puso manos a la obra. Proveedores de pescado seco, alfareros y el carpintero que debía arreglar un par de mesas de la taberna recibieron su visita aquella mañana. Algunos de ellos comentaban el incendio del puerto con curiosidad, sobre todo porque hacía tiempo que no ocurría nada de esa índole. Oona escuchaba sus conversaciones por si aprendía algo nuevo, sin demasiada esperanza, hasta que el alfarero que estaba preparándole varios vasos y jarras en una jaula de madera le dijo:

— No sabía que los vuestros fuerais marinos.

Ella adoptó una expresión de sorpresa. Estuvo a punto de repetir en voz alta “¿los vuestros?” cuando cayó en la cuenta de a lo que se refería el hombre. Alguien le habría contado que el barco tenía símbolos élficos.

— Primera noticia para mí también — repuso Oona forzando una sonrisa.

— Es raro que nadie sepa de quién es ese barco — seguía hablando el artesano —. Ni que en esta época hubiera tanto trajín en el puerto como para no saberlo.

“Me lees el pensamiento”, se dijo a sí misma. Él continuaba preguntándose cómo era posible semejante dejación de funciones de las autoridades.

— Supongo que, con tantos labartinos en la muralla, los intereses están en otra parte

— ¿Sí? ¿Qué interés pueden tener los labartinos?

El alfarero la miró como si le costara creer que pudiera ser tan ingenua.

— Mano de obra barata, por supuesto.

— Tienen prohibido entrar en la ciudad.

Él resopló. Oona dejó varias monedas sobre el mostrador y recogió la jaula con la media docena de vasos y la misma cantidad de jarras, dirigió al alfarero un “nos vemos” y se marchó. Que el joven que se había escondido en la habitación de Leshube estuviera huyendo de portosalinos que lo hubieran contratado para dios sabe qué tipo de trabajo infernal se le había pasado por la cabeza. Nada se desaprovechaba en la ciudad, desde luego.

Regresó a la taberna de Ryn atravesando la muchedumbre de la plaza del mercado. En su cabeza daba vueltas a lo que sabía de Labarta, que tampoco era tanto. Quería recordar que, tiempo atrás, había sido un reino con cierto poder, pero dicho poder había declinado y, de resultas, los señores de los tres territorios que la rodeaban se habían abalanzado sobre ella como buitres. La ciudad llevaba siendo disputada, al menos, una década, aunque la guerra se había recrudecido en tiempos más recientes, hasta el punto de empujar al exilio a varios miles de sus habitantes. Alguno de los señores utilizaba tácticas brutales y expeditivas contra la población civil, sin motivo aparente, y Labarta se había convertido en un lugar del que huir. Le sonaba que había algo más en aquella historia, pero tendría que encontrar a alguien que se lo contara, pues ella lo desconocía. Quizás Ashorte, que muchas veces la sorprendía con la información que guardaba en su cabeza. Lo veía en aquel instante abrir un barril de cerveza, uno de los primeros de la nueva estación. Oona se propuso interrogarlo un poco al respecto, pero le resultó complicado encontrar el momento. La taberna estuvo más concurrida de lo habitual durante todo el día y hasta bien entrada la noche, así que ella tuvo también más tarea identificando rateros entre los clientes. Linus no se encontraba entre ellos, lo que era un alivio y, curiosamente, una decepción al mismo tiempo. Le caía bien aquel ladronzuelo.

No tuvo un momento de descanso hasta bien entrada la madrugada, cuando Ryn echó a los últimos borrachos y se preparó para cerrar. Oona salió a la puerta

de la posada, a sentarse en la misma banqueta en la que Grisda tomaba el sol determinadas mañanas. Un pequeño momento de quietud le vendría bien. Soplaban una ligera brisa fría desde el interior que barría las nubes, dejando perfectamente visibles las estrellas. La semielfa recostó la espalda contra la pared. No vestía su abrigo, por lo que notaba las imperfecciones de los ladrillos contra su piel y la promesa del otoño en el aire.

Escuchaba a Ryn y Ashorte recoger los taburetes y las mesas y limpiar el suelo. Tardaban poco en terminar, por lo que Oona quería aprovechar entonces para hablar con el ayudante del tabernero. Hasta aquel momento, su atención pasó a estar en las calles poco iluminadas. Vio pasar a un hombre envuelto en una capa corta que se dirigía con rapidez hacia el norte y a un par de chicos de la calle que bajaban en dirección al puerto, y que la miraron de reojo, un poco sobresaltados de que hubiera alguien allí. Un farol de aceite iluminaba parte de la entrada de la posada y era fácil que Oona pasara desapercibida, sentada en silencio en la penumbra. Uno de los chicos giró la cabeza para echarle una última mirada, sin decir nada, y ambos se perdieron al doblar una esquina. Al verlos, ella recordó al joven que había visto correr hacía un par de noches de una manera tan vívida, que le parecía que volvía a aparecer por la calle a su izquierda. Se irguió en el taburete porque no era ninguna visión.

Una figura daba tumbos en dirección al establecimiento. Los faroles iluminaban poco, por lo que Oona no podía distinguir gran cosa. Echó mano al puñal de su cintura. La figura caminaba de un modo extraño y su silueta también era peculiar, como si fuera un montón de ropa ambulante más que una persona. Ese detalle le hizo abrir mucho los ojos, guardar la daga y levantarse para ir al encuentro de quien estaba convencida que era el labartino asustado del día anterior. Confirmó sus sospechas en cuanto estuvo más cerca de la posada y el farol de la puerta le dio de lleno, y también apreció que, si caminaba tan encorvado y en zigzag, era porque estaba herido. Oona consiguió sujetarlo por debajo de los hombros antes de que se desplomara sobre los adoquines de la calle, pero él no parecía muy consciente de dónde estaba ni de lo que le ocurría.

— Ayúdame.

Apenas balbuceó esas palabras antes de desmayarse. La semielfa lo tumbó en el suelo y buscó por entre sus ropas dónde podía estar herido. Notaba sangre en su cintura, proveniente de una profunda cuchillada en el abdomen. Miró su rostro, con la palidez de la muerte, y luego levantó la cabeza por si su atacante lo había perseguido hasta allí. Las calles estaban desiertas y en silencio. Oona dejó escapar una fuerte exhalación y pasó a examinar las prendas que vestía y el resto de su cuerpo, buscando alguna pista de dónde podía haber estado. La herida era demasiado grande para ser de un puñal como el suyo, pero había otras más

superficiales a su alrededor. Y aunque no consiguió ver nada que le sirviera de ayuda, sí se percató de un detalle curioso: el pelo le olía a melaza.

Eso despejaba uno de los interrogantes. También la convenció de que, quizás, era mejor que ellos mismos se encargaran de aquello. Agarró al joven por los sobacos y lo arrastró hacia el interior de la taberna. Ryn estaba barriendo el suelo cerca de la puerta y se quedó totalmente quieto al verla.

— Échame una mano, Ryn, por favor.

El posadero dejó la escoba y, con una expresión entre confusa y enfadada, levantó al herido por las piernas y entre los dos lo colocaron sobre una mesa al fondo de la sala. Oona comprobó su pulso en el cuello y estaba a punto de pedirle a Ryn que le trajera un paño para detener la hemorragia de la herida cuando se dio cuenta de que no notaba ninguno. Miró el rostro del joven embargada por una pena repentina. Apoyó las manos en la mesa y dejó caer la cabeza con un suspiro. Ryn no necesitaba preguntar nada para darse cuenta de que el chico había muerto. Se percataba, además, de que allí estaba pasando algo que nadie le había contado.

— ¿Puedes explicarme qué está pasando aquí? ¿Quién es este tipo? Vas demasiado por libre, Oona.

Ella sacudió la cabeza. Quería hablar pero, por un momento, era incapaz.

— ¿Debería avisar a los guardias? — la apremió el posadero.

Oona consiguió pronunciar un “no” con toda la seguridad que pudo reunir. Ryn se quedó mirándola un instante, intentando discernir qué le pasaba por la mente. Sin apartar sus ojos, le ordenó a Ashorte que fregara cualquier resto de sangre que hubiera en el suelo y, mientras lo hacía, se oyeron los pasos de las chicas que bajaban de sus habitaciones. Oona no se atrevía a mirar a Leshube, y casi tampoco a Ryn, pero sí consiguió explicar, de la manera más sucinta que pudo, lo básico para que el posadero supiera por qué le había ayudado a dejar el cadáver de aquel chico sobre la mesa.

Mientras lo hacía, las seis chicas se habían congregado a su alrededor y Ryn miraba de hito en hito al labartino, a la semielfa y a Leshube, sin dar crédito por completo a lo que estaba escuchando. Al ir hablando, Oona salió de su estupor y aprovechó para seguir registrando las ropas del chico, pero en ellas no había nada. Sí que se dio cuenta de que habían intentado “borrar” el tatuaje identificativo de su muñeca; quien lo atacara le había frotado con, probablemente, una piedra pómez, provocando apenas algunos arañazos. La “L” y los números eran aún perfectamente visibles. Ryn adoptaba una expresión cada vez más incrédula conforme Oona hablaba, hasta que finalmente expresó todas sus dudas.

— No entiendo nada. ¿No sabéis cómo se llama ni de qué estaba huyendo?

Ella negó con la cabeza.

— Estaba demasiado asustado.

— Nunca quiso decírmelo — intervino Leshube —. Me pagó y se metió en la cama conmigo, pero creo que sólo quería pasar la noche con alguien. Me dio pena, la verdad.

La mirada de Ryn dejaba claro que la pena no era rentable.

— Sigo sin entenderlo. ¿Por qué vino aquí? ¿Lo conocíais de antes?

Tanto Leshube como Oona respondieron que no.

La semielfa intentaba pensar qué hacer con el cuerpo. Quizás tuviera familia en el campamento que lo echara de menos. Quizás fuera lo más inteligente tirarlo al mar sin llamar la atención. De repente, escondida en una costura interna de sus calzones, palpó una moneda. O algo que parecía una moneda. La cogió sin mirarla y se la guardó con disimulo en un bolsillo de sus pantalones. Ryn seguía preguntándose qué iban a hacer. Cuando abriera de nuevo sus puertas por la mañana no podía haber un cadáver escondido.

— Lo tiraremos al puerto — dijo Oona.

Allí, echado con su ropa demasiado grande y manchada de sangre y su cara sucia, el joven le rompía el corazón, pero arriesgarse a que alguien lo encontrara en la posada era impensable. Utilizarían una carretilla que Ryn y su ayudante empleaban para transportar carne y patatas desde el mercado y se lo llevarían mientras aún era de noche. Grisda se ofreció a ayudarla. Envolverían el cuerpo en varios sacos y le atarían un peso antes de lanzarlo al mar. El resto debía cerrar la posada y no dar ninguna señal de que algo iba mal. Era muy tarde y los guardias se habían retirado hacía tiempo, pero era preferible prevenir que sentirlo después. Entre todas, desnudaron al labartino, descosieron un par de sacos de patatas y se los ataron alrededor de su cuerpo. Las cicatrices visibles en su torso y sus piernas contaban una historia terrible que había tenido un final aún peor.

Si costó poco subirlo a la mesa, menos difícil fue llevarlo hasta la puerta y colocarlo en la carretilla. Oona podía manejarla sola, pero Grisda se encargaba de mantener el cadáver recto en ella. El camino hasta el puerto apenas era de quince minutos y debían mantener las apariencias. De qué, no lo tenían claro.

Por las calles desiertas caminaban unos pocos borrachos indecisos entre volver a sus habitaciones o acabar la noche tirados en la plaza del mercado, buscando a alguno de los vendedores de alcohol casero, e ilegal, que apuraban la madrugada. Su estado les impedía prestar atención a nada que no fuera poner un pie delante del otro, por lo que Oona y Grisda alcanzaron el puerto sin sobresaltos. En el paseo era habitual que hubiera adoquines sueltos, así que utilizaron uno de ellos de peso para hundir hasta el fondo el cuerpo. A la

semielfa le pareció que el chapoteo con el que cayó al mar resonaba como un cañonazo, pero el puerto siguió inmutable. Tampoco se quedaron para comprobar si aparecía algún curioso que pusiera en peligro su plan; se dirigieron de vuelta a la posada con prontitud, con el corazón resonando en sus oídos y temiendo que el ruido de las ruedas de la carretilla sobre la calle llamara la atención de los vecinos. Para Oona, el plan había salido demasiado según lo previsto. Le resultaba difícil dejar de pensar en ello hasta en el momento en el que ambas estuvieron tumbadas en la cama. Apoyaba la cabeza en el hombro de Grisda, cuya respiración notaba también intranquila, pero no sabía qué decirle para asegurarle que todo iba a salir bien.

La puerta norte era la más grande de las murallas de la ciudad. El trajín de carromatos y personas que la atravesaba en los meses de buen tiempo requería de espacio para las inspecciones de los guardias y para que quienes salían y entraban en Portosal lo hicieran sin embotellar la entrada. Además, el camino era, también, bastante amplio y sus márgenes estaban despejados de árboles y matorros lo suficiente para que, en uno de ellos, se hubiera instalado el campamento de refugiados. Al principio, no consistía más que de un par de tiendas muy precarias, montadas por los propios labartinos con sábanas y telas que habían conseguido rescatar de sus casas antes de huir y con ramas recolectadas en los bosques de alrededor, los mismos en los que el padre de Oona se había ganado la vida extrayendo corcho de sus cortezas.

Más adelante, según el flujo de refugiados se incrementó, empezó a tomar forma de campamento desordenado y provisional, cuyos habitantes confiaban en que el gobernador les diera permiso para atravesar la puerta de la muralla. Un pasaje de barco era el objetivo para algunos de ellos, deseosos de dejarlo todo atrás; otros pretendían únicamente encontrar un sitio donde aguardar a que la situación se calmara para poder regresar a casa.

Portosal, sin embargo, miraba con reticencias a quien llegara a la ciudad sin ánimo de lucro, así que los confinó fuera de la muralla. El mayor detalle que tuvo el gobernador fue proporcionarles lonas para que sustituyeran a las sábanas, descoloridas por el sol y que filtraban cualquier gota de agua. Y los inventarió.

Mente de mercader, pensaba Oona mientras salía por la puerta norte, y de mercader asustado de que su negociado pudiera peligrar de cualquier manera. Se le escapaba cómo unos centenares de personas que habían huido a pie de su ciudad podían representar un riesgo para Portosal, mucho menos si la mayoría lucía el aspecto del chico de la posada.

La vigilancia en aquella entrada era más numerosa que en otros accesos de la muralla. Que comunicara directamente con el Barrio Alto era una de las razones; que los labartinos se mantuvieran fuera era otra de ellas. Oona no había visto nunca guardias como aquellos, más altos y armados de lo habitual. Hasta había uno a caballo apostado junto a la puerta, frente al puesto de control que era obligatorio atravesar para salir o entrar. Confiaba en que no ser un hombre de aspecto amenazador jugara a su favor y los vigías le permitieran entrar en el campamento sin problemas. Porque había otra pareja de soldados a la entrada del



poblado de tiendas. Cualquiera diría que allí se custodiaba el tesoro de la ciudad, en lugar de un montón de gente con pocas cosas que perder.

Los guardias apenas miraron dos veces a Oona. Ni siquiera el abrigo largo les llamó la atención. No perdían el tiempo en una mujer. A ella, sin embargo, le habría venido bien algo de orientación en el campamento. Recordaba el tatuaje del fallecido y el número 43, que indicaba en qué tienda dormía, pero le resultaba imposible encontrar un orden en aquel mar de lonas, ropa tendida y gente que deambulaba de un lado para otro. De algún modo se había conseguido trazar algo parecido a una calle que recorría el campamento de norte a sur, y a partir de ella se distribuían las tiendas en formaciones similares a cuadrados muy irregulares, con unas separaciones demasiado estrechas para que cupiera más de una persona a través de ellas. Se fijó en que de las entradas de algunas tiendas colgaban ramas de hierbas aromáticas y que todas estaban cerradas. Para ser un lugar donde se hacinaban tantas personas, era mucho más tranquilo de lo que había imaginado.

La tranquilidad, no obstante, era tensa. Las pocas personas que se movían por el campamento lo hacían calladas y mirando de reojo a Oona. Era una desconocida. No sentía un ambiente hostil, pero ciertamente desconfiaban de ella. Suspiró y echó a andar hacia el corazón del campamento, intentando discernir la organización de las tiendas. Había supuesto que estarían numeradas a partir de las más próximas a la puerta de la muralla, pero no era así. Allí, lo mismo veía un “2” pintado en negro que un “31”, y tardó un rato en darse cuenta de que estaban separados por la calle principal. Así que supuso que el 43 se encontraría, probablemente, lejos de la muralla. Se equivocó sólo un poco.

En el centro del campamento se abría una pequeña plaza rectangular. Habían construido un templete de madera, muy sencillo, con una figura que Oona no reconoció y a la que rodeaban más ramilletes de hierbas aromáticas. A su alrededor, las tiendas lucían los números más bajos, lo que la dejaba confusa sobre por qué la segunda había sido montada en la parte más externa, si es que la numeración respondía a la antigüedad. Lo dudaba porque encontró, mezclada entre esas lonas con el “1” y el “5”, la 43.

Si se había buscado el desconcierto total al adjudicar cada cifra, objetivo cumplido. Especialmente al comprobar que la que buscaba presentaba un aspecto mucho menos nuevo: el blanco original estaba amarillento por el sol y la lluvia. La tienda número 43 se había instalado allí bastante antes que su vecina, con un “21” pintado en un color negro todavía muy vivo. Su entrada estaba abierta, al contrario que en la mayoría del campamento, por lo que Oona consiguió atisbar unos par de finos colchones en el suelo, y unos pequeños pies sobresaliendo de uno de ellos, antes de que una mujer de mediana edad, con un

pañuelo cubriéndole el cabello, se colocara delante de ella y le tapara la visión del interior.

— ¿Qué quieres?

El tono era cortante, pero no sonaba enfadado. En realidad, parecía más fruto del cansancio; no era la primera vez que algún desconocido se presentaba allí haciendo preguntas.

— Me llamo Oona. Quería saber si vive alguien más con usted en esta tienda.

Intentó que su voz estuviera desprovista de cualquier tinte oficial o inquisitivo. No iba vestida como si trabajara para las autoridades de Portosal, pero los labartinos tenían razones para desconfiar de cualquiera. La mujer, de hecho, la estaba vigilando, más que mirando, y Oona casi escuchaba sus pensamientos mientras decidía si le contestaba o no.

— Mi hijo pequeño está conmigo.

“Los pies del colchón”, pensó. Le daba vueltas a cómo podría contarle que quien probablemente era su hijo mayor había sido asesinado la noche anterior, pero empezaba a incomodarle que la mujer la observara tan fijamente. Notaba sus ojos estudiando su rostro, su ropa y clavándose en los suyos. Para tranquilizarse, sacó de uno de sus bolsillos interiores el anillo con la cuerda que era su posesión más preciada, y con el que solía jugar entre sus dedos para calmar sus nervios. La mujer se dio cuenta y, al mirar sus manos, su expresión se relajó. Oona supo automáticamente que la había identificado como una de los suyos: otra paria social como los labartinos acampados a la puerta de la muralla de Portosal. No le dijo nada, pero su mirada se suavizó. Era el momento, aunque lo que Oona iba a explicarle le provocaría dolor.

— ¿Tiene usted otro hijo? Ha dicho que el que está ahí dentro es el pequeño.

— Gert, sí.

— ¿Hace cuánto que no lo ve?

Se aventuró a preguntarlo sin estar completamente segura de que el chico de Leshube fuera aquel Gert, pero la cara de la mujer delataba su preocupación. Y la razón no era que Oona pudiera ser una enviada de los guardias de Portosal.

— Se marchó hace unos días.

— ¿Entró en la ciudad?

La labartina puso tal expresión de terror, que la semielfa se apresuró a extender las manos hacia ella, con un gesto tranquilizador que no se ajustaba a la incomodidad que sentía por las siguientes palabras que iba a pronunciar.

— Lo siento mucho, de verdad. Gert ha muerto.

El fognazo en forma de recuerdo que aquella frase le provocó la pilló por sorpresa. Creyó ver su reflejo en los ojos anegados de lágrimas de la mujer y podía sentir la misma debilidad en las piernas que ella, que se metió dentro de la

tienda y se dejó caer en el colchón desocupado. Oona la siguió, dándole vueltas al anillo entre sus dedos todavía con más intensidad, buscando recuperar la compostura. El niño tumbado en el otro jergón estaba dormido y no se inmutó. Ella se arrodilló delante de la mujer, que estaba controlando los espasmos que sufría su cuerpo, pero no podía evitar que las lágrimas le fluyeran libremente por las mejillas. De forma automática se puso el anillo y tomó sus manos entre las suyas.

— ¿Cómo se llama usted?

— Urdana.

— Urdana, perdóneme, pero necesito hacerle unas preguntas sobre Gert.

La mujer tragó como si quisiera contener de nuevo en su interior todo lo que estaba llorando. Oona mantuvo su vista en ella y le apretó con cuidado las manos. Urdana musitó un “de acuerdo” que ella leyó en sus labios, más que escucharlo.

— ¿Sabe qué estaba haciendo Gert en la ciudad?

La labartina dirigió brevemente sus ojos hacia el niño dormido y, después, negó con la cabeza. A Oona no le pasó desapercibido

— ¿Le contó algo? ¿Conocía a alguien dentro?

Urdana seguía afectada por la noticia, pero ahora se leía otra expresión en su rostro. Estaba ocultando información. Y tenía miedo. La misma barrera que le había impedido ayudar a Gert.

— Urdana, quiero ayudarla, pero si no me cuenta qué está pasando, no podré.

— Es que ni yo lo sé.

Se le escapó otra mirada al hijo que le quedaba. Oona decidió arriesgarse otra vez.

— ¿Gert iba a buscar algo para su hermano?

Ahí asomaba otra vez el temor a su rostro. La semielfa se sentó al lado de ella en el colchón.

— ¿A qué le tiene tanto miedo?

Urdana no se atrevía a mirarla a la cara y dejó los ojos fijos en un punto indeterminado del suelo. El pañuelo de su cabeza le recogía la melena, dejando al descubierto su cuello, parte de su nuca y unas marcas rojizas que a Oona le provocaron escalofríos. También los sentía si miraba al niño; estaba mucho más delgado que su hermano y sospechaba que, si dormitaba de aquella manera, entrar clandestinamente dentro de la muralla había sido una medida desesperada que Gert estaba dispuesto a asumir.

— ¿Qué le ocurre a su hijo? ¿Qué necesita? — le preguntó a la mujer con el tono de voz más calmado posible.

Ella parecía más tranquila pese a que Oona distinguía claramente pequeños

arroyos de lágrimas por sus mejillas.

— Cayó enfermo en el camino hacia aquí y no sabemos qué le pasa. Hay un sanador que viene de vez en cuando, pero tampoco pudo decirnos nada, sólo que necesitaba agua y fruta fresca. Aquí no tenemos de nada, así que Gert decidió ir a la ciudad a buscarla.

— Y ya no volvió.

— No.

— ¿Viene alguien más de Portosal por el campamento, aparte del sanador?

Urdana negó con la cabeza.

— ¿Y las marcas que tiene en el cuello?

La mujer la miró e intentó cubrirse con el pañuelo. ¿Quiénes de la ciudad irían allí a maltratar a aquella gente? ¿Qué ganaban con aquello? ¿O el beneficio material no era lo que les movía? Los recuerdos de Oona amagaron con volver a su mente, pero los rechazó poniéndose en pie. Cayó en la cuenta mientras lo hacía que la labartina no había preguntado dónde estaba el cadáver de su hijo ni la causa de su muerte.

- Urdana, quiero ayudarla. Conocí a Gert muy poco antes de que muriera y me gustaría que no lo hubiera hecho en vano. Sé que está asustada, que soy una desconocida y que aquí no la hemos tratado bien, pero piénselo.

Ella continuaba observándola con detenimiento.

— El sanador es uno de los suyos, ¿sabe?

Oona frunció el ceño, confundida.

— ¿De los míos?

— Un elfo. Intenta ocultarlo echándose la capucha de la capa sobre la cabeza, pero por las manos siempre se sabe. Como con usted.

Se las miró. Se sorprendió un poco al ver el anillo en su dedo corazón. El cordel se había desprendido y, por un momento, una ola de sentimientos encontrados se le agolpó en el pecho. Carraspeó y ocultó sus manos en los bolsillos del abrigo.

— ¿Cómo se llama ese sanador?

— Ainmire. ¿Lo conoce?

— No — mintió Oona.

El niño se agitó levemente en su sueño, lo que llevó a que su madre fuera a sentarse a su lado, acariciándole la cabeza. La ola de emociones regresaba.

— Si me deja ayudarla, dígame al sanador que me busque en la posada de Ryn, cerca del puerto.

— ¿Entonces sí sabe quién es?

— No, pero podrá encontrarme. Así estaremos en contacto si usted quiere.

Urdana asintió. Oona salió de la tienda sintiéndose pequeña y abrumada, y no

sólo porque el ambiente en su interior estaba cargado. Hizo ademán de quitarse el anillo, pero se detuvo. Era una alianza muy sencilla, de alpaca porque su padre no pudo permitirse nada más caro que regalarle a su madre. Aplacaba sus nervios girarla entre los dedos, pero nunca la llevaba a la vista porque suscitaba lo que le acababa de ocurrir. Sin embargo, al verla en su mano, dudó. ¿Por qué no debía ponérsela? Descontando su herencia genética, era lo único que le quedaba de sus padres. ¿Acaso tenía que olvidarlos?

Pensativa, se la cambió al anular y levantó los ojos hacia el campamento. Por allí veía a más gente y, al fijarse en cómo caminaban de una tienda a otra o cómo cargaban cubos de agua, cayó en la cuenta de otra cosa: apenas había hombres. Las mujeres constituían la gran mayoría de los habitantes del campamento. De repente, las marcas en el cuello de Urdana le causaron rabia e indignación. Empezaba a formarse una idea de lo que ocurría entre aquellas lonas y de la inutilidad de la guardia apostada en la entrada. Mientras se encaminaba de vuelta a la ciudad, su mente ataba cabos. Había encontrado un hilo del que tirar.

Uhjnellen era el nombre con el que los elfos habían bautizado el barrio en el que se habían establecido cuando Portosal apenas era un puerto rodeado de unas pocas casas, con una empalizada por toda protección. Buscaban fundar una comunidad más abierta que la que dejaban al sur, donde sus congéneres se habían cerrado en sus bosques, en sus tradiciones y en sus cultos y corrían el riesgo de convertirse en personajes de cuentos de hadas. Eran conscientes de que mudarse a un territorio que los humanos estaban empezando a poblar presentaría dificultades que, probablemente, ni siquiera habían previsto, pero el riesgo merecía la pena. Aún lo pensaban los habitantes de Uhjnellen pese a que los portosalinos llamaran despectivamente a su barrio Villa Elfo y evitaran cualquier contacto. Que estuvieran separados del Barrio Alto por un pequeño riachuelo fomentaba el mismo aislamiento del que habían escapado, aunque todavía había elfos que se movían libremente por la ciudad. Los más jóvenes se negaban a dejarse constreñir y a caer en la resignación de sus mayores. Algunos, como Oona, hasta habían salido de allí para no volver. En su caso, había sido la muerte de su padre y, unos pocos años más tarde, de su madre lo que había motivado su marcha, pero no todos los jóvenes elfos tenían pasados tan tristes. Al fin y al cabo, Portosal presumía de su fama de ciudad de oportunidades.

Caminar por las calles empedradas de Uhjnellen despertaba la memoria sensorial de Oona: las puertas pintadas de vivos colores en cuyos escalones se había sentado jugando; el tacto de las piedras irregulares del suelo a través de la suela de sus botas; el traqueteo de la rueca, aún en funcionamiento, de la costurera de la calle principal; el olor del pan que su madre horneaba un vez a la

semana... Casi podía notarlo, su cerebro lo había conjurado al ver una ventana redondeada con una media luna de madera colgada del marco. La cara que se asomó no era la de su madre, pero eso no rompió el hechizo. Tampoco que se diera cuenta que los paseantes, que eran numerosos, la miraban con curiosidad. ¿La reconocerían? Su nacimiento había sido todo un acontecimiento, tanto digno de celebrar como de preocupación para quienes se arrogaban el título de garantes de la pureza, desconocía de qué. La sensación de que nada la ataba allí tras el fallecimiento de su madre la había empujado fuera del barrio, pero nunca había dejado de tenerlo presente.

La visión de una casa de ladrillo con una flor azulona dibujada en la puerta la sacó de su ensimismamiento. El símbolo de un sanador.

Ainmire lo era desde que Oona podía recordarlo. Había atendido a su madre cuando cayó enferma y paliado el sufrimiento de su padre de sus heridas fatales. Se tomaba muy en serio el juramento que todos los curanderos elfos hacían ante la naturaleza de proteger y cuidar a todo ser vivo, sin distinciones. Hubo una época en la que los mercaderes del Barrio Alto consideraban un símbolo social ser atendidos por uno de aquellos sanadores. Ainmire había hecho algunas visitas a las mansiones de piedra al otro lado del barranco, del mismo modo que se acercaba a atender a marineros enfermos o iba al campamento de los labartinos. “Toda vida merece nuestro cuidado”, ése era el lema escrito también alrededor del dintel. Oona se sorprendió al sentirse nerviosa cuando llamó con los nudillos en la puerta.

— Pasa — respondió una voz ligera.

Fue poner un pie dentro de la casa y, por un breve momento, se recordó corriendo hacia allí en busca de ayuda para su madre. Le parecía que habían pasado apenas días en lugar de los años que hacía que no estaba frente a Ainmire, que la miraba con cierta expectación. Estaba sentado, en una banquetta, a una mesa alta situada bajo la ventana. Delante suyo había desplegado varias semillas y hierbas secas que estaba clasificando y preparando para secar y moler. Un pequeño mortero de arcilla y una balanza de pesos completaban el conjunto. Era la imagen más clara que Oona tenía de él, por lo que dio un pequeño respingo al verlo de la misma manera que en su memoria. Estaba un poco más encorvado por la edad, pero aún parecía ágil. Su rostro presentaba muy pocas arrugas; las que aparecieron estaban provocadas por la sonrisa que asomó a sus labios cuando reconoció a Oona.

— Quién me lo iba a decir; la hija de Phaoidre y Vestra, en mi casa.

— Hola, Ainmire.

Él se levantó para aproximarse a ella y estrecharle la mano. Era un saludo muy formal. Así había sido siempre.

— ¿Cómo es que has vuelto al barrio? ¿Algún encargo de Frendo Arton? No te preocupes, nos enteramos de todo aquí arriba — repuso al ver su mirada sorprendida —. De todos nuestros hijos pródigos nos preocupamos por igual.

Por un momento, ella no supo qué hacer más que quedarse de pie, sin decidirse a adentrarse en su pasado de aquel modo. Ainmire, sin embargo, fue más rápido que ella; la agarró por el brazo y la llevó hasta dos pequeños sillones de mimbre frente a la chimenea apagada.

— Si hubiera sabido que vendrías, tendría preparada alguna infusión, pero me has pillado desprevenido.

— ¿Para eso son las hierbas de la mesa?

El sanador sonrió.

— No quieras saberlo todo. Ahora, dime, ¿qué te ha impelido a volver?

— El campamento de los labartinos. Me han dicho que vas por allí de vez en cuando.

— Sí. Es una injusticia que sean tan ignorados y temidos. Están desvalidos allí fuera. ¿Has ido? ¿Has visto en qué condiciones están?

Oona musitó una respuesta afirmativa.

— Ni comida pueden conseguir. Lo raro es que no haya más enfermos.

— ¿Qué les pasa? He visto esta mañana a un niño que sólo dormía.

— Están desnutridos y faltos de todo. Muchos de ellos mejorarían sólo con acceder a frutas frescas y agua limpia, pero ya sabes cómo es Portosal. Los gremios te cobrarían por respirar si encontraran la manera.

— Y ellos son extranjeros.

— Y nadie los quiere aquí, sí. Que pueden ser espías del norte o magos siniestros, lo que hay que oír.

El sanador estaba al borde del asiento de la indignación que le provocaba la situación. Hablaba gesticulando con las manos, lo que era poco habitual entre los elfos, pero Ainmire había pasado el suficiente tiempo entre humanos para que adoptara algunas de sus características. A su madre siempre le cayó bien.

— ¿Sabes algo de la familia de ese niño que te decía? La madre se llama Urdana, tiene un hijo mayor, Gert, y deben ser de los que llevan más tiempo en el campamento.

Ainmire se acarició la barbilla, perfectamente afeitada, intentando recordar.

— Urdana es un nombre poco común... Creo que sí sé quiénes son. Ella ha intentado sacar adelante a sus hijos, pero dudo que pueda aguantar mucho más. La comida que reciben es caridad y no es suficiente. Han intentado montar un huerto en varias ocasiones, pero las cosechas son muy pequeñas y, de vez en cuando, aparece arrasado.

Y cuando llevas meses viviendo así, es comprensible que empieces a buscar

un modo de salvar a tu familia. Oona se estaba haciendo una idea de las razones por las que Gert había probado fortuna dentro de las murallas. Aunque Ainmire todavía la sorprendió al añadir:

— No me sorprende que el hijo mayor se dejara embaucar por uno de esos comerciantes estirados.

— ¿Cómo has dicho?

— Sí, uno de los días que pasé a ver al pequeño, el hermano mayor estaba hablando con un hombre muy bien vestido, con un sombrero ridículo, que parecía estar encargándole algo. No sé de qué hablaban porque el tipo se marchó casi enseguida, pero me dio la sensación de que habían cerrado alguna clase de trato.

Oona se incorporó, atenta.

— ¿Por qué dices que llevaba un sombrero ridículo?

— Porque tenía cinta roja muy llamativa. No sé quién querría pasar desapercibido de esa manera, porque te aseguro que los portosalinos que van al campamento no quieren que se sepa.

El misterioso observador del puerto, de nuevo.

— ¿No recuerdas nada de lo que hablaron?

Ainmire se encogió de hombros.

— Me temo que no presté atención. Di por supuesto que el chico había hecho algún trabajo para el comerciante, o iba a hacerlo.

— ¿Y cómo sabías que era un comerciante?

— ¿Quién si no habría llevado un sombrero así? — respondió como si le pareciera absurdo que Oona no pensara lo mismo que él.

Quién. Era una buena pregunta. Había otra cosa que el sanador había mencionado de pasada y que a Oona le había llamado la atención.

— ¿A qué van los portosalinos al campamento?

— ¿Cómo?

— Antes has dicho que los portosalinos que se acercan por allí quieren pasar desapercibidos. ¿A qué van? — lo preguntó de todos modos, aunque sospechara que la respuesta iba a ser desagradable.

La manera en la que Ainmire evitó mirarla a los ojos lo confirmó.

— La desesperación lleva a venderse a cambio de migajas.

Oona sintió por un momento que todo su cuerpo se encendía y que le resultaba difícil mantenerse sentada. Apretó los puños para sobrellevar aquella sensación, que no le era extraña. El sanador seguía hablando, como si le hubiera pasado desapercibida su reacción.

— En esta ciudad, nadie ha dejado pasar nunca una oportunidad de sacar provecho, del tipo que sea. Si te ven débil y vulnerable, te usarán hasta que ya no



tengas más utilidad que ser descartado. Da lo mismo que quieras ganar más dinero, más poder o satisfacer tus instintos más bajos.

La semielfa sí que se levantó esa vez del sillón de mimbre y se puso a dar vueltas por la casa. Ainmire guardó silencio de repente, mirándola caminar hasta la puerta, volver junto a la chimenea y jugar con su anillo.

— Ya sabes cómo funciona Portosal — le dijo.

Si buscaba tranquilizarla, estaba fracasando.

Oona se detuvo delante del banco de madera con las hierbas aromáticas. Sus padres también habían tenido ramilletes de aquellas florecitas secas en pequeños jarrones, colocados en el alféizar de la ventana o sobre la mesa de la cocina. Sintió de nuevo aquella indignación acalorada, mezclada esta vez con la punzada de una nostalgia que nunca se había permitido sentir. El pasado no podía cambiarse. Ainmire continuaba sentado, callado ahora, observándola. Ella notaba sus ojos en su espalda y, respirando profundamente, se giró hacia él. Había conseguido calmarse lo suficiente.

— ¿Crees que alguien en el campamento querrá contarme quiénes van por allí?

El curandero arqueó las cejas. Oona asintió, dándose cuenta de que acababa de hacer una pregunta estúpida. Justo venía de allí. Pero necesitaba conocer la respuesta. Acarició el anillo con el pulgar mientras pensaba una manera de dar con la clave de todo aquel asunto, y de mantener la cabeza fría. Ainmire no le había quitado los ojos de encima en todo el tiempo, con una mirada por la que pasaban todos los años transcurridos desde que Oona se había marchado de Uhjnellen.

— Había olvidado lo mucho que me recuerdas a tu padre — dijo finalmente.

Ella se quedó quieta.

— Es como si estuviera de nuevo aquí, preguntándome por los ricachones del Barrio Alto o contándome que había conocido a una mujer que había provocado que el suelo temblara bajo sus pies.

Esa misma sensación tenía Oona al escuchar aquellos recuerdos. Por un momento, fue muy consciente del peso del anillo de sus padres en su dedo y de cómo la casa de Ainmire la retrotraía a una época en la que sólo era una niña y nunca se le habría ocurrido que existiera la posibilidad de perderlos a ambos. Se descolgó del hilo de las palabras del sanador, que continuaba recordando vivencias con Phaidre, y la invadió el impulso de salir de allí enseguida.

— Perdóname, Ainmire, pero tengo que irme — lo interrumpió, dirigiéndose hacia la puerta.

Él esbozó una triste sonrisa, pero no repuso nada. Simplemente, inclinó la cabeza y se llevó la mano al corazón, una despedida elfa muy poco utilizada que

indicaba apoyo incondicional, un “siempre estaré ahí para ti” con la que Oona creyó que iba a romper a llorar. Se contuvo y le dijo adiós a Ainmire en voz baja, parpadeando con fuerza al salir al exterior tanto por el sol como para evitar las lágrimas.

Suspiró, insegura sobre qué pasos tomar ahora. Resolver qué había provocado la muerte de Gert se había convertido en su prioridad. En cuanto notó la indignación al visitar a su madre, sabía que sería incapaz de ignorarlo, y esa indignación terminó por sobreponerse a los sentimientos enterrados que Ainmire y Uhjnellen habían despertado. Lo que Oona no tenía claro era por dónde tirar. El campamento podía ser una gran fuente de información, pero ganarse la confianza de los labartinos iba a ser difícil. Urdana lo había probado. Y husmear entre los comerciantes de Portosal para descubrir para qué utilizaban a los refugiados tampoco pintaba muy halagüeño. Aquellas dudas bailaban en su cabeza mientras caminaba de vuelta al centro de la ciudad, bañada por el sol y con la vista de los edificios de piedra del Barrio Alto a su derecha, a un tiro de piedra.

— Quizás no sea mala idea — musitó Oona al distinguir entre ellos el tejado de colores del templo.

Recordó a Linus, en el puerto, criticando a los portosalinos ricos su costumbre de pavonearse por aquellas calles dejándose ver, y viendo y juzgando a sus vecinos. Tal vez mereciera la pena, sí, así que Oona cruzó el puente que salvaba el barranco entre ambos barrios y se adentró en la zona noble de la ciudad. Allí no había rastro de madera ni de ramilletes de hierbas y flores secas en las ventanas; las casas eran de piedra traída del oeste o, en los casos de comerciantes muy poderosos, hasta del otro lado del mar. Sus hogares se identificaban rápidamente porque en los tejados lucían pizarra de un negro intenso que brillaba con destellos azules bajo el sol.

Ella sabía quiénes vivían en varias de las casas porque los había espiado por encargo de sus rivales. La información era más valiosa que el dinero, sobre todo si se buscaba socavar la autoridad de los mercaderes con hilo directo con el gobernador, o conseguir ventaja en un negocio en el que, en teoría, todos los competidores jugaban en igualdad de condiciones. Ainmire tenía razón, en Portosal se exprimía cualquier oportunidad de sacar provecho. Y de pavonearse de ello.

Las casas cuyos dueños disfrutaban de una mejor posición económica y social exhibían no sólo pizarra, sino también árboles exóticos en sus jardines, esculturas de mármol o aldabones de bronce en sus puertas principales. Esconder el dinero estaba mal considerado. Oona era capaz de identificar a qué se dedicaban los comerciantes por los adornos de sus casas, y también sabía que los

más austeros, probablemente, fueran los que realmente tenían más poder porque eran de los que preferían maniobrar entre bambalinas. Hacían y deshacían a su antojo sin que sus caras y sus nombres circularan entre el populacho. Y, por supuesto, tampoco eran de los que paseaban por los alrededores del templo con gabanes teñidos de rojo o lucían a sus esposas como trofeos de caza.

Ellas llamaban mucho la atención de Oona. Sus tocados de plumas las hacían destacar entre los paseantes y unas cuantas se coronaban con sombreros que ocultaban sus ojos. De hecho, la gran mayoría mantenía la mirada baja si se encontraban con otra pareja o su marido entablaba conversación con colegas que aparecían en su camino. Y ninguna estaba sola, por lo que Oona atrajo algunos ojos curiosos cuando entró en la explanada, más que plaza, del templo. En el centro había un pequeño pedestal con el busto del general que fundó el puesto defensivo que después crecería hasta convertirse en Portosal y, en el otro extremo, se levantaba el templo de Thaler, el dios del tiempo que, a la vez, velaba también por las actividades de los comerciantes. Éstos habían pagado por los coloridos azulejos de su tejado a dos aguas, rematando un edificio de piedra y madera que la propia ciudad había construido cuando el Barrio Alto comenzó a tomar forma. Era, de hecho, el único templo de aquel estilo en Portosal; los marineros habían levantado el suyo al dios de los mares como si fuera otra casa más del puerto y en el mercado había otra edificación consagrada a Thaler, pero mucho menos ostentosa.

Desde luego, ninguna de ellas atraía la misma actividad, fomentada por puestos de fruta fresca, té y limonada que, según iba notándose el otoño, mutaba hacia vino ligeramente caliente y especiado. En invierno, era la amplia entrada del templo la que acogía aquel baile de apariencias y comentarios malintencionados a media voz.

Oona caminaba por los laterales de la explanada, por entre los puestos, fijándose primero en sus clientes y, después, en los que paseaban por la zona central. Con los tocados de las mujeres, iba a resultar más complicado de lo habitual dar con su desconocido del sombrero con la cinta, pero se dio cuenta de que había muy pocos rostros que no le fueran familiares. Vuklesio, por ejemplo, conversaba al lado del pedestal con otro hombre, un importador de especias, y parecía sujetar la famosa libreta que Oona había recuperado para él. Estaban tan enfrascados en su charla que apenas reparaban en las personas que los saludaban al pasar por su lado. Una de ellas, además, hizo que la semielfa diera un respingo. Linus tenía que ser muy inconsciente para mezclarse entre aquel grupo y pretender robarles sin que lo pillaran. Se encaminó hacia él y lo interceptó a mitad de camino del templo. O, más bien, fue él quien se percató de su presencia y la recibió con una gran sonrisa.

— Vaya, pensaba que no iba a volver a verte más. No habré robado una cartera que no debía, ¿no?

— ¿Lo has hecho?

Linus se encogió de hombros sin dejar de sonreír de una manera muy sincera.

— Te arriesgas mucho.- apuntó Oona.

— Más riesgo, más recompensa. Hoy no estoy muy por la labor de comprobarlo, de todos modos.

— ¿Qué haces aquí, entonces?

— Ver cómo vive la otra mitad. Lo hago a menudo. Tengo curiosidad. ¿Tú no?

Era una buena manera de identificar objetivos cuando éstos bajaran al mercado, pensó Oona, que no respondió y, en su lugar, miró a su alrededor, a los mercaderes que paseaban bajo el sol. Por primera vez, se dio cuenta de que caminaban sin un rumbo concreto, pero con un propósito; eran paseos de negocios. Los encuentros en medio de la explanada no eran casuales. Linus la observó mientras esa idea calaba en su cabeza.

— Acabas de encontrar el patrón.

Oona lo miró.

— En Portosal no se pierde el tiempo.

— Nunca. Tú eres de aquí, deberías saberlo.

Aquel ambiente no era el suyo, jamás lo había sido. Oona sólo se movía en él de prestado, cuando la necesitaban.

Así, desde fuera, era como observaba el trajín de saludos con la cabeza, paseos, apretones de manos, manos que agarraban del codo en falsa familiaridad, de hombres que se dirigían a los puestos de té de los laterales si querían evitar oídos curiosos. La curiosidad profesional es lo que motivaba que tanto ella como Linus se mezclaran entre aquella multitud no tan numerosa como para que pasaran desapercibidos, pero que tampoco les prestaba atención. No desprendían el aroma de estar buscando un socio de negocios.

El ladrón había mantenido sus ojos en Oona mientras ésta se fijaba en toda la actividad de la explanada. Con cada encuentro, más le intrigaba.

— ¿A quién estás buscando? — le preguntó —. Si quieres decírmelo.

Ella dejó vagar su mirada un poco más por los paseantes próximos al pedestal antes de responder.

— ¿Recuerdas a un hombre bien vestido, con un sombrero con una cinta roja brillante, entre los curiosos del incendio del puerto?

— La verdad es que no me fijé. Suficiente tenía con ver a tantos guardias reunidos de repente. ¿Por qué? ¿Es uno de tus trabajos?

Oona le dirigió una mirada entre alarmada y sorprendida que Linus recibió con otra de sus sonrisas, y levantando las manos en un gesto tranquilizador.

— Yo también sé preguntar por ahí.

Ciertamente, era una caja de sorpresas.

— El incendio del puerto me ha picado la curiosidad.

— ¿Solamente? — repuso divertido él — ¿Te pagan por satisfacer tu curiosidad?

Oona se encogió de hombros.

— Viste algo en el puerto — añadió Linus —. Me he dado cuenta de que observas mucho, así que había alguna cosa allí que no encajaba. Y seguro que no era sólo un tipo con un sombrero que llamaba la atención.

Había más, sí, pero a Oona no le dio tiempo a explicárselo, aunque hubiera sido su intención. Por delante del templo estaba pasando un hombre con un abrigo claro y un sombrero con una cinta roja. Caminaba despreocupado, sin mirar a su alrededor, pero parecía tener un destino en mente. Linus vio su expresión concentrada y se percató también de la presencia del desconocido. Oona le dio un toque en el brazo y le apremió con un “vamos” a que cruzara la explanada con ella.

Intentaron ser cuidadosos, ya que tan sencillo era para él descubrirlos como resultaba para ellos seguir sus pasos, pero tampoco parecía que le preocupara que supieran adónde se dirigía. De hecho, de vez en cuando ralentizaba su caminar, como si estuviera disfrutando de las vistas, pese a que su cabeza continuaba mirando al frente. Oona gesticuló a Linus que se separara y siguiera a su objetivo en paralelo, más integrado entre la gente. El desconocido había apretado el paso y se acercaba a la salida de la explanada en el lado opuesto del templo, donde giró a la derecha y se perdió su pista. Ella se quedó un momento de pie, sin terminar de comprender qué acababa de pasar. Las calles en el Barrio Alto no eran tan angostas como las que rodeaban el puerto y no caminaba tan lejos del hombre como para no haber visto hacia dónde iba. Pero eso era lo que había sucedido. Ni rastro de su sombrero con cinta roja. Linus se detuvo a su lado muy poco después.

— No lo he visto salir. ¿Por dónde se ha metido?

Oona sólo pudo dirigirle una mirada confusa como toda respuesta.

El té que servían en los puestos de la explanada habría pasado perfectamente por licor en la posada de Ryn. La mezcla era un secreto de sus fabricantes; cada uno de los tenderos desarrollaba la suya propia, añadiendo después alcoholes que destilaban también ellos mismos. Lo vendían caliente incluso en verano pues aseguraban que, de esa manera, se creaba sensación de “refresco” porque la temperatura exterior era menor que la interior del cuerpo. A Oona nunca le había convencido mucho la explicación, pero era una buena manera de mantener el negocio. El puesto que habían elegido estaba cerca del templo y tenía algunos taburetes colocados a su alrededor. Sólo ellos estaban sentados, mirando hacia la explanada; Linus apoyaba el vasito del té en su rodilla, en un equilibrio precario que a Oona, que lo sujetaba entre las manos, ponía un poco nerviosa. Él se veía despreocupado, mirándola de reojo con la expresión entre intrigada y divertida con la que no había dejado de observarla desde que se habían encontrado allí. Oona decidía si podía confiar en él; su instinto le decía que sí, aunque sabía que aquellas sonrisas acogedoras ocultaban a veces intenciones que no lo eran tanto. Había algo en él que apuntaba a que era tal y como lo percibía, sin dobleces. Linus le ofrecía también un par de ojos que veían una Portosal en la que ella no estaba tan inmersa.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? — la sacó él de sus pensamientos.

— Supongo.

— ¿Por qué haces trabajos para esos comerciantes?

Linus no añadió nada más, pero Oona captó el sentido real de lo que quería saber.

— Puedo llegar a sitios que para ellos están vedados.

Él arqueó las cejas, sorprendido, así que ella continuó.

— A una mujer le resulta más sencillo entrar en determinados lugares porque no es percibida como una amenaza.

— ¿Y si es semielfa?

Oona calló.

— No es mi intención ofenderte. A veces, me dejo llevar por la curiosidad y me he dado cuenta de que puedes pasar por humana si quieres, pero tampoco lo haces. Las manos y los ojos te delatan, y no los escondes. Mejor, creo que son muy bonitos.

La mirada de ella, ahora, fue de estupefacción y provocó que Linus se echara

a reír.

— Perdona, de verdad. Me parece que estoy estropeando esta mañana tan agradable — añadió con cierta retranca.

Oona dio un sorbo a su té, lo que le ayudó a tapar la sonrisa que se le acababa de escapar.

— Creo que tú tienes acceso a más sitios que yo — respondió.

Linus se encogió de hombros. Ella continuó:

— A lo mejor puedes ayudarme con toda esta historia del incendio del barco.

E impulsivamente le contó también cómo había conocido a Gert, y cómo había terminado muriendo en la puerta de la posada. Linus tenía una expresión concentrada mientras ella resumía su visita al campamento de los labartinos y añadía la información que sabía por Ainmire. Obligarse a contarlo sin andarse por las ramas la ayudaba también a ordenar sus ideas, y la convencía cada vez más de que nada era casualidad ni coincidencia, y así se lo comentó a él, que asintió.

— Por el campamento no se me ha perdido nada, pero no me extraña lo que me cuentas. Entre los ladronzuelos del mercado también reclutan a veces a chavales para trabajos.

— ¿Sabes de qué tipo?

— Nunca he querido averiguarlo.

— ¿Has visto alguna vez por allí a alguno que pudiera ser labartino?

— No sabría cómo distinguirlo, lo siento. Pero puedo estar más atento a partir de ahora, que ya sé en lo que tengo que fijarme.

— Debe haber más chicos como Gert buscándose la vida dentro de las murallas — Oona lo musitó más para sí misma, pero Linus asintió al oírla.

Él también intentaba conectar todas las piezas de la historia. Tenía la sensación de que le ayudaría igualmente a comprenderla mejor a ella. Oona, por su parte, recordaba cómo el pelo de Gert olía a melaza, lo que lo situaba, como mínimo, en el puerto en el momento del incendio. ¿De quién sería aquel barco? ¿Qué almacenaría en la bodega? Linus pareció leerle el pensamiento porque lanzó al aire, precisamente, esa duda.

— ¿Por qué quemarían ese barco?

— A lo mejor tú puedes enterarte de algo. La gente del barrio tiene que hablar del tema.

Linus se acarició la barbilla, pensativo.

— La verdad es que sí se ha comentado, más en plan a quién le interesaba deshacerse de un bote que llevaba amarrado sin moverse meses.

— ¿Sabes cuántos?

— No. Pero debía llevar bastante tiempo sin salir del puerto, porque me acabo

de acordar que se hablaba de que era un buen lugar para esconderse durante una noche.

¿Lo sería también para ocultarse durante más tiempo? La sensación que Oona había tenido al observar más detenidamente el barco era correcta, estaba abandonado. También debería haber imaginado que sería utilizado por los vagabundos para resguardarse o para pasar desapercibidos si los guardias les pisaban los talones. Gert podría haberlo usado como refugio. ¿O el trabajo que le habían encargado estaba relacionado con él? Preguntas, eso es todo lo que Oona podía conjurar de aquel asunto.

Dio un trago de su té y, al instante, arrugó la nariz; había olvidado que era alcohólico, provocando que Linus se echara a reír. Ella se lo quedó mirando por un momento y, después, soltó también una carcajada. Algunos de los paseantes les echaron vistazos de reojo, sorprendidos por aquel estallido de risas, pero ninguno reparó de verdad en ellos. Oona bebió los últimos restos del té y se levantó, todavía sonriendo. Linus la imitó, tomó su vaso y lo dejó con el suyo en el mostrador del puesto mientras le preguntaba:

— ¿Cuál es tu siguiente movimiento?

Ella levantó las cejas y suspiró.

— Está todo embrollado. Si hubiera obtenido alguna respuesta en el campamento...

— Tienes otros hilos de los que tirar.

— Es un consuelo.

Linus creyó detectar cierto sarcasmo en su voz y puso una expresión divertida.

— Si tiene sentido del humor y todo.

Oona sonreía de nuevo, encogiéndose de hombros y echando a caminar hacia la salida de la explanada. Él se quedó un momento parado, viéndola alejarse, hasta que dio una pequeña carrera para ponerse a su altura.

— ¿Ahora eres tú quien me sigue a mí?

— Tengo curiosidad.

— A lo mejor me resultas útil.

— Oh, vaya, me alegro — repuso Linus. Cada vez le divertía más aquella peculiar mujer.

Los dos se dirigieron hacia el puerto. Valía la pena comprobar si el barco quemado seguía allí y, en ese caso, si podía sacarse algo en claro de sus restos. Estando abandonado, lo más probable es que estuviera en su amarre hasta que la autoridad portuaria se cansara de verlo y lo desmantelara. Cabía la posibilidad de que su dueño saliera de las sombras y lo reclamara, disponiendo de él como mejor le viniera, pero era remota. Tendría que responder algunas preguntas que, quizás, eran inconvenientes.



Linus y Oona debatían esos escenarios mientras abandonaban el Barrio Alto y se adentraban en el del mercado, aunque era él quien más hablaba. Ella se dio cuenta, no obstante, de que el ladrón no se distraía. La costumbre de observar detenidamente su entorno era de las primeras que un chico de la calle adoptaba en Portosal.

Se notaba la proximidad con la zona comercial en el ajetreo de gente por las calles; antes de llegar a la plaza del mercado ya escuchaban a los tenderos promocionando sus productos y, cuando la atravesaron, los carros con mercancías que iban y venían del puerto casi impedían que pudieran continuar su camino. Oona no necesitaba mirar al cielo para saber que era mediodía. La gran actividad que se adueñaba de la ciudad en esas horas, además, sería muy útil para pasar desapercibidos cuando llegaran al puerto, que bullía de marineros y comerciantes. Por un instante, hasta resultó un poco abrumador y la semielfa necesitó un momento para situarse y ubicar el barco en medio de todo aquel trajín.

En realidad, fue Linus quien lo encontró. Su ajada vela triangular destacaba en medio de todos los grandes buques. También lo hacía que no estuviera rodeado de gente; ni siquiera había guardias apostados en sus alrededores y lo único que delataba que había sufrido un percance era una lona que cubría su cubierta, y que a Oona le recordó a las que formaban las tiendas de los labartinos. Se fijó igualmente en que había un grupo de chavales desarrapados a medio camino de donde se encontraban ellos; miraban constantemente hacia el bote quemado y parecían cuchichear mucho. Se volvió hacia Linus.

— ¿Podrías hacerme un favor?

Él asintió muy seguro: “Claro”.

— Acércate a esos chicos e intenta averiguar qué saben. Rumores, cosas que les haya contado el amigo de un amigo, cosas que crean haber visto... Todo vale.

Linus, burlón, hizo un saludo militar y salió a cumplir su objetivo. Mientras tanto, ella caminaba sin quitar los ojos del barco. Si era tan importante como empezaba a sospechar, le parecía extraño que nadie estuviera vigilándolo, aunque fuera de lejos.

En el amarre de al lado descargaban un galeón de buen tamaño, por lo que había muchos hombres moviéndose y pasándose grandes fardos. Le vendrían bien para acercarse a su objetivo manteniéndose oculta a ojos curiosos, pero esos mismos ojos podían estar observando mezclados entre los estibadores y los marineros, así que se aproximó el barco yendo, precisamente, por detrás de todos ellos. Consiguió distinguir a un guardia apostado junto al galeón, que intentaba disimular su verdadera misión de manera poco exitosa hasta el punto de que, siguiendo la dirección de sus miradas, encontró a otro vigilante, éste mezclado

entre un grupo de hombres que fumaba y comentaba la descarga del buque. Tenía que haber alguno más.

Oona se detuvo a una distancia prudencial todavía del barco, observando entre la gente, buscando a alguien que estuviera inusualmente quieto en medio del ajetreo, con el aire de no estar demasiado pendiente de la actividad del puerto. Divisó a otro hombre, con la espalda apoyada en la pared de una de las tabernas enfrente del amarre, pero estaba demasiado lejos para saber si vigilaba o, simplemente, echaba el rato al sol. Parecía sujetar en una mano un vaso de barro, lo que podía significar cualquier cosa. Oona decidió arriesgarse y aprovechó un momento en el que había más estibadores agolpados en la pasarela que subía al galeón para correr hacia el buque incendiado y, de un salto, agarrarse al mascarón de proa y subir a la cubierta. Estaba lo suficientemente cerca para que fuera sencillo hacerlo, algo que explicaba que los chicos de la calle lo utilizaran como escondrijo temporal. Se agachó para intentar pasar desapercibida a las miradas que pudieran acechar desde el paseo y echó un vistazo a su alrededor. Para haber sufrido un incendio, el barco parecía en buenas condiciones. Relativamente, al menos, teniendo en cuenta que hacía meses que no salía del puerto. Y eso sí que se notaba. Desperdigados por la cubierta había jirones de las velas, cabos rotos y alguna tabla suelta, y también vio una bota desparejada y sin suela tirada al pie de los escalones que subían al castillo de popa.

Le sorprendió comprobar que la cadena que sujetaba el timón estaba limpia y que éste, como le había parecido la primera vez, era demasiado grande para aquella embarcación. También le resultó curioso que la lona que cubría la bodega estuviera clavada a la cubierta. Todo lo demás en aquel barco gritaba abandono y descuido.

— Perfecto para esconder cosas que no quieres que sean encontradas — pensó.

Gateó con cuidado alrededor de la lona, esperando dar con un extremo que estuviera mal fijado y le permitiera bajar a la bodega, y lo cierto es que encontró varios clavos que podría sacar sin problemas. Echó un vistazo hacia el puerto para asegurarse de que nadie la había visto, levantó la lona por el lado del castillo de popa y se topó con los restos de las escaleras que descendían hacia las entrañas del barco. Allí sí se apreciaban los restos de un incendio; apenas quedaban en pie los tres escalones que daban a la cubierta. El interior estaba, además, oscuro no sólo porque no entraba la luz del sol, sino también porque el fuego había lamido las paredes de la bodega, ennegreciéndolas. Poco iba a ver sin un farol. Aun así, Oona metió las piernas por el hueco de la trampilla y se dejó caer con cuidado hacia dentro.

Sus pies apenas hicieron ruido. Instintivamente, se cubrió la nariz con una

mano porque el olor a melaza era bastante intenso. Había dejado la lona ligeramente levantada, con la esperanza de que sus ojos pudieran penetrar la penumbra, pero su campo de visión estaba muy limitado. El suelo parecía estar cubierto por entero con sacos vacíos que habían resistido el fuego y, apoyadas contra la pared de enfrente, Oona logró ver varias ánforas rotas y quemadas. Dio un par de pasos en su dirección, pero las tablas crujieron alarmantemente y no se atrevió a acercarse más. Parecían ánforas corrientes de las utilizadas para almacenar vino o aceite, pero las tapas habían desaparecido y sus bocas estaban rotas como si algo hubiera salido de su interior con una fuerza desmedida. ¿Habría sido eso la causa de la explosión que Linus y ella escucharon en el puerto? No mostraban ninguna otra marca ni, curiosamente, llevaban el sello del comerciante que las estuviera empleando para transportar mercancías. Le habría gustado ver si en el techo sobre las ánforas quedaban rastros del estallido, pero estaba demasiado oscuro. Se preguntó qué tipo de fuego podía quemar el exterior de aquellas ánforas y la escalera mientras dejaba casi intactos los sacos que cubrían el suelo. Porque no los habían colocado a posteriori; notaba una fina capa de ceniza en ellos.

Tenía aún más dudas que antes, pero no podía seguir allí por más tiempo. Intentó que su cerebro absorbiera todos los detalles visibles entre la penumbra, se dio la vuelta y saltó para agarrarse a la cubierta por la escotilla abierta, propulsándose con los brazos hacia arriba. Se quedó quieta un momento, estirada sobre las tablas, escuchando cualquier ruido que indicara que los guardias se habían percatado de que algo ocurría en el barco. Los sonidos del puerto se mantenían inalterados.

Recolocó la lona y, en cuclillas, volvió al mascarón de proa y saltó de regreso al paseo. Tuvo suerte de que los estibadores que descargaban el galeón tenían más trabajo que antes y eran más numerosos, por lo que consiguió pasar desapercibida. O esa fue su sensación. Apenas se había alejado unos pasos del barco cuando se encontró con Linus, que se acercó a ella como si fuera a venderle algo que llevaba oculto en la capa.

— Te has arriesgado mucho — le susurró —. ¿Ha merecido la pena?

Oona sacudió la cabeza y le hizo un gesto para que caminara a su lado. Cuanto antes huyeran de las miradas interesadas que habían estado evitando, mejor.

Por suerte para los dos, Ryn no se acordaba de Linus. Estaba demasiado ocupado con los clientes de la hora de la comida para percatarse de si aquel chico había estado alguna vez robando bolsas de dinero en su taberna. Se sentaron en la mesa habitual de Oona, bajo la balaustrada del segundo piso, y Ashorte les llevó la ración de migas con pescado seco y vino que le correspondía

a ella. Lanzó a Linus una mirada desconfiada cuando dejó el plato y la jarra en la mesa, a la que él respondió con la sonrisa más beatífica de la que fue capaz.

— No creo que le caiga bien — comentó el ladrón.

— Ashorte sí sabe quién eres — contestó Oona sin apartar los ojos de su rudimentaria libreta.

Anotaba todo lo que había visto en el barco, más lo que Ainmire le había contado, y se preparaba para interrogar a Linus sobre lo que había sonsacado a los chicos del puerto. Éste, picado por la curiosidad, echó un vistazo a sus garabatos, mucho más sistemáticos de lo que imaginaba. Había organizado toda la información según las fuentes de donde la había obtenido, y Linus también pudo ver las notas de algún trabajo anterior. En una página que Oona había pasado rápidamente le dio tiempo a leer, subrayado varias veces, “Trentelio no es de fiar”. Fue incapaz de resistirse a preguntar a quién se refería, recibiendo una mirada reprobatoria de Oona.

— Lo siento, no he podido evitarlo — intentó disculparse.

Ella continuó callada, en parte porque su atención había virado hacia la mujer que bajaba las escaleras desde la segunda planta y se dirigía a su mesa. Grisda les sonrió antes de coger un taburete y sentarse junto a Oona, que también la saludó con una sonrisa. Extendió una mano hacia Linus con un “hola, soy Grisda”, mano que él estrechó preguntándose si la primera impresión que le había llegado de las dos era la correcta.

— Está ayudándome con un trabajo — fue todo lo que explicó Oona.

La sonrisa de Grisda se volvió ligeramente burlona al reponer:

— ¿Te pagan por ese trabajo?

La semielfa siguió concentrada en su libreta, lo que llevó a que la humana dejara escapar una pequeña risa.

— Siempre tan idealista, aunque no lo parezca — se dirigió hacia Linus —. ¿Está relacionado con el incendio del puerto?

Él iba a responder cuando Oona intervino, en voz baja:

— Y con el asesinato del labartino.

— Oh.

— ¿Qué sabes de todo eso? — le inquirió Linus a Grisda.

— Ayudé a tirar su cuerpo al mar. Pobrecillo.

Oona dejó de escribir y le preguntó a él, dándole un golpecito en el hombro:

— Lo que me interesa es lo que tú has averiguado.

Linus bebió un sorbo de la jarra de vino, disfrutando ese momento en el que era el más importante de la mesa. Veía a Grisda mirando divertida a la semielfa, que aguardaba expectante, con el lápiz preparado para anotar lo que él dijera. Quiso alargar un poco más el suspense, pero tampoco le apetecía que ella lo

taladrara con la vista.

Empezó resumiendo quiénes eran aquellos chicos del puerto, otros ladronzuelos sin techo como él. La diferencia es que se movían más por la zona de los barcos y por las tabernas que frecuentaban los estibadores, que tendían a emborracharse igual de rápido que los marineros en cuanto tenían unas pocas monedas. Por eso pululaban por el puerto, atraídos por la actividad de carga y descarga de mercancías. Se pagaba a los trabajadores por cada buque que llenaran o vaciaran, así que el galeón, con su gran tamaño, era una pieza muy codiciada tanto para los que ganaban el dinero honradamente como para los que confiaban en arañar las migajas. Y conocían de sobra el barco abandonado.

— Algunos de ellos han pasado la noche en la bodega si sus lugares habituales estaban ocupados, o si las tabernas del paseo marítimo les daban mucha faena. Debe llevar casi un año sin hacerse a la mar y afirman que nunca han visto a nadie en la cubierta.

— ¿Te han contado si se han fijado en cualquier cosa extraña que hubiera en la bodega?

— Cántaros muy limpios para estar allí todo el tiempo que el barco lleva atracado, pero poco más. Y eso no les parecía tan raro. Almacén gratis, ¿sabes?

Oona murmuró un “ya” y se rascó la sien con el extremo romo del lápiz.

— Les he preguntado también por el hombre del sombrero llamativo, sin suerte — añadió Linus.

Grisda se irguió en el taburete y preguntó:

— ¿Qué hombre del sombrero llamativo?

— Un tipo bien vestido, como si fuera un comerciante, que lleva un sombrero oscuro de ala ancha con una cinta roja. Estaba mirando el incendio del barco y nos han hablado de él en otros sitios. Josyan también mencionó que lo había visto cuando bajaron todas al puerto — explicó Oona, que miraba fijamente a la mujer —. ¿Te suena?

— Quizás. Leshube y yo hemos visto a un hombre así por el mercado.

— ¿Cuándo? — ahora, la que se había enderezado, muy interesada, era la semielfa.

— Ayer por la mañana, cuando fuimos a buscar agua a la fuente del templo. Estaba paseándose entre los puestos, me fijé en él porque parecía estar estudiándolos mucho sin que se le notara demasiado, ¿sabes lo que quiero decir?

Oona lo sabía perfectamente. Era, más o menos, la actitud que había llevado en la explanada del Barrio Alto. ¿Se habían dado cuenta Grisdá y Leshube de algo más?

— Realmente, no. A ninguna de las dos nos dio buena espina, la verdad. Nos recordó a esos tipos que sonrían mucho pero sólo con la boca. Podrían llevar un

puñal escondido en la espalda y atacarte con él sin perder la sonrisa.

Linus se apoyó en la mesa y repuso:

— Entonces es comerciante sin ninguna duda.

¿Pero con qué comerciaba? Oona escribió esa pregunta en sus hojas y la rodeó un par de veces con un círculo.

— Linus, ¿qué más te contaron los chicos del puerto?

— Me dijeron que hay otros sitios abandonados por allí que se emplean como dormitorios de emergencia y como almacenes clandestinos, aunque ninguno tan popular como el barco, y también les pregunté si alguna vez les encargaban algún trabajillo. Me miraron mal, como si quisiera inmiscuirme en su negociado, y a lo mejor quiero, que el dinero no me vendría mal.

Oona le lanzó una mirada muy seria y él levantó las manos, sonriendo.

— Está bien, está bien. Por lo que parece, algunos comerciantes los utilizan de correos, para mandar mensajes a socios en operaciones de las que no quieren que se enteren los gremios. Supongo que también llevarán otro tipo de mensajes, pero no quisieron contarme más.

— Les pagarán más por esos — intervino Grisda.

— Dalo por seguro — respondió Linus, que continuaba observando a Oona tomar rápidos apuntes.

Ni siquiera levantó los ojos de su tarea cuando preguntó:

— ¿Quién contacta con ellos para pasarles los mensajes y decirles sus destinatarios?

— Suele haber un par de tipos que les encargan los trabajos. Todos los conocen, se encuentran con ellos en una de las tabernas en el extremo norte del paseo marítimo o en la plaza del mercado. Les pasan los mensajes en unos frasquitos que podrían pasar por extracto de pescado y ellos los dejan en los puntos acordados. Allí suele haber otra persona, a veces un guardia, que los recoge y les da unas monedas, y se desentienden.

— Y esos puntos acordados...

— La columna de la plaza del mercado es bastante popular — respondió Linus antes de que Oona terminara su pregunta —. Creo que alguno ha llegado a llevar un mensaje hasta el puente de Villa Elfo.

La expresión de la semielfa se endureció, pero él se había dado cuenta enseguida de que había metido la pata. Se llevó una mano al pecho y se disculpó:

— Perdona, es lo que ellos me han dicho. Perdóname.

Oona hizo un gesto con la cabeza, quitándole importancia. Aunque la tuviera.

A su lado, Grisda estaba ahora un poco incómoda, lo que provocó que Linus buscara otra vez la jarra de vino como una manera de ganar tiempo. Oona parecía escribir apretando con más fuerza el lápiz, hasta que Grisda la detuvo

con una de sus manos. La semielfa suspiró lentamente, dejó de garabatear su libreta y pasó a acariciar con el pulgar el anillo de su mano izquierda.

El ajetreo de la posada se mantenía constante. De algún modo, el murmullo de conversaciones era una herramienta para abstraerse y relajar un poco su mente, para dejar que sus ideas fueran encontrando sus propias conexiones. Casi ni se dio cuenta de que Linus y Grisda cuchicheaban entre sí, comentando sobre los clientes sentados a las mesas de Ryn.

— Creo que es la primera vez que veo un enano — estaba señalando Linus mientras ambos miraban a un individuo corpulento, con una frondosa melena rojiza recogida en una gruesa trenza, de rasgos fuertes, que ocupaba un lugar muy cerca de donde estaban ellos.

— Es raro que vengan por aquí, porque los barcos no son lo suyo. Pero algunas comunidades mantienen la costumbre de la aventura primaveral y, a veces, vemos viajeros solitarios que están de paso.

— Los elfos del sur también tenían esa costumbre — intervino Oona de improviso.

Los otros dos se giraron a mirarla, sorprendidos, pero ella no pareció darse cuenta y continuó: “Los primogénitos de las familias más importantes se marchaban durante una primavera a explorar los alrededores para que, cuando regresaran, asumieran sus puestos en el consejo con mayor experiencia. Cuanto más lejos llegaban, mejor. Pero se acabó perdiendo. No todo el mundo estaba dispuesto a dejar que sus hijos salieran de su bosque”.

— ¿Así es como tu padre se estableció aquí? — inquirió con delicadeza Grisda.

La contestación de Oona fue un seco “no”. Acto seguido, cerró la libreta y se la guardó en uno de los bolsillos interiores de su abrigo. La mujer suspiró e hizo ademán de levantarse, pero una mano de la semielfa se lo impidió. Grisda la tomó entre las suyas y se dejó caer de nuevo en el taburete.

— ¿Qué hacemos ahora? — quiso saber Linus.

Lo preguntó más por romper aquella incómoda sensación que se había cernido sobre ellos, pero también estaba interesado en saberlo. Oona negó con la cabeza.

— Nosotras empezamos a trabajar dentro de poco, y necesito ordenar todo esto que tenemos.

— ¿Puedo hacer algo yo?

Ella lo miró arqueando las cejas.

— No puedo pagarte, Linus.

— Lo sé. Has conseguido que me pique la curiosidad.

Grisda se rió por lo bajini y se levantó de nuevo, excusándose con que debía ir preparándose para la noche. “La verdad es que no sé qué decirte”, repuso Oona

mientras la veía subir las escaleras y desaparecer de su vista. Linus siguió su mirada, reparando en las otras mujeres que ascendieron también al segundo piso. Dio un golpecito de determinación sobre la mesa.

— Intentaré averiguar algo más sobre esos correos de los comerciantes.

Oona estaba distraída, pero consiguió recordar algo en lo que él podría ser de ayuda.

— ¿Crees que podrías enterarte de quién es el dueño del barco?

— A lo mejor puedo, sí.

Se puso de pie, cogiendo para el camino un pedazo de pescado seco del plato de ella, casi intacto.

— Si vuelvo por aquí esta noche, ¿me echarás otra vez? — preguntó retomando su tono burlón.

Oona no podía evitar sonreír, pero no le contestó. Sólo le hizo un gesto con la mano para que se marchara, que él obedeció despidiéndose con una exagerada reverencia. También se quedó mirando cómo sorteaba mesas y salía a la calle con una despreocupación que a ella le encantaría sentir en aquellos momentos. Que volvieran aquellos recuerdos de sus padres era completamente inesperado. Creía haberlos enterrado lo suficiente como para ignorarlos. Sabía perfectamente que tendría que afrontarlos más pronto que tarde, mas esperaba que no fuera por culpa de un barco incendiado y un refugiado asesinado. Se bebió de un trago el vino que quedaba en la jarra y se levantó. Necesitaba salir de allí.

La primera hora de la tarde era la de la recogida en la plaza del mercado. Los puestos de pescado ya llevaban cerrados desde media mañana, cuando vendían todo su género, y los de frutas iban guardando las cajas de manzanas y fresas y sustituyéndolas por barriles de sidra y té, no alcohólico. El postureo allí era menos descarado que en la explanada del Barrio Alto, aunque se veía a algunos mercaderes de poca monta presumiendo de las buenas capas que podían permitirse o, si entraban al edificio de la asociación de gremios, lo hacían asegurándose de ser bien vistos. Sólo quienes tenían negocios directamente con Frendo Arton iban allí al cierre del mercado.

Oona se había apostado en un puesto que vendía limonada y tripas de cordero fritas y enrolladas en un palo, y observaba la plaza. Sólo buscaba que su mente se abstrajera, sin buscar señales entre la multitud de potenciales problemas. Se fijaba de todos modos en una tendera que sólo era una niña, muy alta para su edad, que recolocaba los vasos de barro para el té con mucho cuidado. A su lado había un hombre que aseguraba la persiana con la que cerraba su puesto y miraba en derredor antes de colgarse del hombro una pequeña caja de caudales de madera con una bandolera de cuero. También vio al enano del que habían



estado hablando Linus y Grisda en la posada, pidiéndose una sidra cerca de donde estaba ella y atrayendo algunas miradas curiosas. Y distinguió a un grupo de chicos en la columna del centro, sentados en los escalones. Parecían estar charlando entre ellos, pero echaban de vez en cuando vistazos al resto de la plaza y se daban codazos disimuladamente para señalar a personas que, por una u otra razón, les llamaran la atención. Oona supuso que estarían esperando a que aparecieran los secuaces de los mercaderes que les encargaban aquellos trabajos en los que no querían ensuciarse las manos, aunque terminaran haciéndolo indirectamente. Apenas eran una decena de chavales, todos bastante jóvenes, todos hombres, y todos dispuestos a hacer prácticamente lo que hiciera falta para ganarse unas monedas. Se dio cuenta de que el resto de paseantes de la plaza los evitaba, con lo que acababan siendo muy evidentes las intenciones de cualquiera que se acercara a la columna.

Por un momento, olvidó su propósito de dar descanso a su mente y se puso a estudiar a todas las personas que caminaran hacia ellos. Cuál fue su sorpresa al ver que el enano se detenía junto al grupo y se ponía a hablar con un chico bajito que jugueteaba con lo que parecía una cuenta de cristal. Estaba demasiado lejos para captar algo de la conversación y su lenguaje corporal tampoco resultaba muy útil. El joven se rió y le puso una mano en el hombro al enano, al que no parecía hacerle gracia que se tomaran esas confianzas con él, pero contuvo cualquier gesto de rechazo. Oona lo notaba envarado y claramente enfadado cuando se marchó finalmente, mientras los chavales comentaban la jugada con unas carcajadas que se escuchaban desde donde se encontraba ella. Estaban relajados, bromeando, y aunque seguían mirando de reojo hacia la plaza de cuando en cuando, no daban muestras de estar esperando a nadie en particular. Sólo se mostraron un poco más serios al ver, de repente, a un guardia fornido, y con el uniforme muy pulcro, patrullar por allí. A primera vista, parecía que los ignoraba, pero Oona sabía perfectamente que los vigilaba por el rabillo del ojo.

Muy pocas cosas se le escapaban a Trentelio. Era consciente de que se habría percatado de su presencia en cuanto se adentró en la plaza, así que se dedicó a aguardar pacientemente que quisiera pararse a su lado. Tardó un rato en hacerlo, pues dio varias vueltas alrededor de los chicos de la columna y, después, ojeó un puesto que vendía guantes de cuero y cinturones, pero se dirigió acto seguido hacia Oona con determinación. Tratar con él era una consecuencia de su trabajo con Arton que sobrellevaba como mejor podía.

— ¿No deberías estar echando raterillos de la posada de Ryn? — fue todo su saludo.

Ella guardó las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

— Él verá lo que hace — continuó Trentelio —. Si fuera tú, tendría cuidado

esta noche. Todos esos harapientos de la columna están buscando gresca.

— No los veo demasiado amenazadores.

— Yo trato con ellos todos los días. Sé lo que digo.

Oona lo miró. Lucía el espeso bigote castaño tan perfilado y cuidado como su uniforme. La banda de tela roja que lo identificaba como uno de los capitanes de los guardias estaba perfectamente planchada y limpia y la espada colgaba alineada con la franja rojiza de sus pantalones. Aquel exterior tan compuesto sólo era una fachada; Trentelio estaba al tanto de todas las corruptelas, o gran parte, de Portosal y las permitía previo pago de un generoso importe. Se jactaba de ser quien realmente mantenía en funcionamiento la ciudad, quien bajaba al fango y conocía lo que de verdad se cocía en sus calles. Quizás mereciera la pena soportarlo un poco más.

— ¿Qué pasó el otro día en el puerto? Las chicas de Ryn no paraban de comentar que se había quemado un barco o algo así.

Trentelio sopesó por un momento si aquella pregunta era un intento de entablar conversación o de sonsacarle algo, pero Oona sabía también que nunca la había considerado más que una curiosidad. Y que su afán por demostrar lo enterado que estaba era superior a cualquier reticencia.

— Se quemó un barco, sí. Llevaba mucho tiempo atracado, así que no me extraña que el dueño quisiera deshacerse de él y dejar de pagar el amarre. El plan debió salirle mal, porque hubo mucho humo pero incendio, poco. Ese barco no va a hundirse porque explotaran tres ánforas.

— ¿Y cómo puede alguien dejar un barco atracado durante semanas?

— Meses, más bien. Cada uno puede hacer lo que quiera con su dinero. Personalmente, creo que es tirarlo no aprovechar el bote para otras cosas, por lo menos. Habría mucha gente que pagaría por dormir allí dentro. Pero deben estar a buenas con el puerto, porque no me han llamado para apretar las tuercas a nadie.

Oona asintió, anotando mentalmente aquella información. A ella también se le había ocurrido que quien poseyera el barco debía pagar religiosamente el amarre para eludir problemas con el capitán del puerto y con la asociación de gremios, por lo que bien tenía una considerable fortuna, o bien el contrabando que pasaba era más que beneficioso.

— Me sorprende que un extranjero no llame más la atención con todo ese asunto — seguía hablando Trentelio —. Se le quema el buque y nadie le pide cuentas. Lo que yo te diga, menudos contactos debe tener.

— ¿El propietario es extranjero?

— Eso tengo entendido. Yo no lo he visto nunca; mientras pague, no tengo porqué tratar con él, pero tiene un nombre de esos impronunciables, Darrtan,

Draghtan...

Trentelio hizo un gesto con la mano, como indicando que todo eso le traía sin cuidado, pero Oona se quedó con la cantinela. La combinación de un “nombre impronunciable” y unos símbolos élficos en el mascarón de proa era interesante.

El sol había caído ya por detrás de los edificios de la plaza, así que debía regresar a la posada. Se despidió del guardia apresuradamente, a lo que él respondió riéndose de forma despectiva, y se encaminó a sus obligaciones laborales. Todavía llegaba relativamente pronto, así que tenía tiempo de apostarse sin problemas en su atalaya de la balconada del segundo piso. Sin embargo, al entrar en la taberna se dio cuenta enseguida de que algo pasaba. Las chicas estaban todas en las escaleras, rodeando a Leshube, y Ryn y Ashorte intentaban contener en el salón a un hombre que blandía una daga y vociferaba que quería justicia.

Instintivamente, ella sacó su puñal y procuró acercarse a los tres en el mayor silencio del que era capaz. También intentó atraer la mirada de Ryn, que estaba de frente a la puerta, para que distrajera al desconocido, pero éste se encontraba demasiado agitado para que pudieran mantenerlo quieto. Movía la daga de un lado para otro, sin un propósito; Ashorte se agachó un par de veces para evitar que le sacara un ojo y Ryn había extendido los brazos para que el hombre se quedara a una distancia segura y, al mismo tiempo, no se adentrara más en la posada.

Desde la escalera, las mujeres observaban la escena calladas y tensas, preparadas para pasar a la acción si la contención de Ryn y Ashorte fallaba. Oona buscaba constantemente la espalda del extraño, sin suerte porque su exaltación le llevaba a moverse sin parar, hasta que giró la cabeza y la vio a ella, puñal en mano, y dejó escapar un fuerte grito. La semielfa ni siquiera pensó; se lanzó hacia delante con la cabeza gacha e impactó contra el hombre a la altura de su estómago, tirándolo de espaldas con su impulso y cayendo con él contra el suelo. El golpe provocó que él perdiera la daga y, por un momento, se quedara ligeramente conmocionado, y Ashorte se apresuró a sujetarlo por los hombros e impedir que se moviera. Oona pasó a sentarse a horcajadas sobre su tripa y lo apuntó con el puñal. Era joven y corpulento, aunque sus ojeras y la suciedad que manchaba su cara apuntaban a que, como casi todo el mundo que ella conocía últimamente, vivía a salto de mata. Sus ropas también indicaban lo mismo, además de que, como Linus, dormía bajo techo a menudo, aunque fuera en un lugar polvoriento y, probablemente, insalubre. ¿Habría utilizado alguna vez un barco abandonado como dormitorio?

— ¿Pero qué demonios te pasa? — le estaba gritando Ryn al desconocido — ¿Quién te has creído? Puedo llamar a los guardias y que hagan contigo lo que les

dé la gana.

El hombre estaba, ahora, muy serio. Tragó saliva y negó con la cabeza. El posadero hizo un gesto con el brazo para que Ashorte y Oona lo liberaran, cosa que hicieron, aunque ella no envainó todavía el puñal. Ashorte lo levantó y lo sentó con brusquedad en una silla.

— Empieza a hablar — insistió Ryn.

El subidón de adrenalina había desaparecido. El joven estaba intimidado. Oona guardó finalmente su arma y preguntó:

— ¿Para qué quieres justicia?

— ¿Cómo? — le replicó el desconocido.

— Estabas gritando que querías justicia.

— Para Gert.

Oona se acercó a él.

— ¿Qué has dicho?

— Quiero justicia para Gert. Sé que murió aquí. Quiero saber qué pasó. Quiero encontrar a quienes lo mataron.

Desde las escaleras, Leshube se cubrió la boca con una mano, mientras Oona respondía

— No podemos darte esas respuestas. Gert murió aquí, sí, en la calle. No sé de dónde venía, pero tuvo fuerzas para llegar hasta aquí.

— No me lo creo.

— ¿El qué?

— Que no sepáis nada.

Oona escuchó un quedo “ay” proveniente de Ryn. Leshube, por su parte, seguía observándolo todo en silencio.

— Tendrás que fiarte de nosotros.

— En esta ciudad es imposible fiarse de nadie.

— Cierto. Haz una excepción — repuso con dureza Ashorte.

Oona procuró suavizar un poco la situación, aunque sospechaba que iba a ser complicado razonar con aquel hombre.

— ¿De qué conocías a Gert?

Aquella pregunta lo pilló a él desprevenido, por lo que tardó un segundo de más en responder.

— Nos buscábamos la vida juntos.

— ¿Desde hace mucho?

— Un par de días — el joven detectó las miradas incrédulas de quienes le rodeaban y se justificó —. Gert era demasiado buen chico para sobrevivir aquí, así que yo le ayudaba. Le dije que, si se quedaba conmigo, le echaría un cable y lo protegería.

“Y fracasaste”, pensó Oona. ¿Cuánto sabría aquel chico de en qué andaba metido su amigo?

— ¿Sabías algo más de él aparte de su nombre?

El desconocido se quedó callado y bajó la vista hacia sus manos. En una de ellas se veía un pequeño corte en el pulgar. En algún momento se había herido con el puñal, sin darse cuenta en medio de su agitación.

— ¿Cómo os buscabais la vida? — quiso saber ahora Oona.

Una expresión perpleja acudió al rostro del joven. La tarde evolucionaba por un camino distinto del que él se había imaginado al entrar en la posada. En voz baja, respondió:

— Aprovechábamos lo que se tiraba en el mercado que todavía estaba en buen estado y...

— También robabais.

El hombre se encogió de hombros.

— ¿Algo más?

Si la pregunta le preocupó o era, de algún modo, tabú para él, no lo demostró al contestar.

— Gert decía que sabía que en la plaza del mercado contrataban a chicos como nosotros para hacer trabajos fáciles y que pagaban bien. A mí siempre me pareció un poco raro, pero él estaba convencido de que podría salir de la calle enseguida si conseguía uno de esos trabajos.

Oona conocía el tipo de encargos que recibían aquellos chavales, pero se lo preguntó al joven de todos modos. Éste estaba menos al tanto que Linus, aunque sí confirmó el dato de que muchos tenían lugar en el mercado. Como fuente de información, era de las menos útiles, pero la vehemencia con la que había irrumpido en la taberna llevó a la semielfa a seguir hablando con él un poco más. Descubrió que dormía en la buhardilla de un almacén cuyo dueño utilizaba a media capacidad, y en el que era fácil colarse por las noches. Gert se había quedado allí en los días que había estado dentro de las murallas, excepto la última noche. No acudió al encuentro de su amigo en la columna del mercado y él volvió a “casa” solo.

— Cuando lo vi por la tarde, estaba muy contento porque un guardia le había pedido que le hiciera un favor por el que iba a pagarle. Supongo que se torció.

— ¿Dónde era ese favor?

— En el puerto. Tenía que vigilar un barco y avisar de si alguien subía a él. Era fácil y sin riesgo, así que a Gert le pareció ideal.

Demasiado bueno para ser verdad, en realidad. Oona miró a Ryn, indicándole que aquel chico había dejado de ser una amenaza, pero el posadero se había dado cuenta de ello hacía rato. Le propinó un empujón en un hombro para que se

levantara de la silla.

— Si Oona no quiere preguntarte nada más, ya estás saliendo de aquí. Y piénsatelo mejor antes de entrar en este plan en otro sitio, que nosotros somos los taberneros simpáticos.

El joven recogió su daga, caída en el suelo, sin que nadie se lo impidiera y se marchó sin mirar atrás. La semielfa suspiró, encaminándose hacia el piso de arriba para prepararse para la noche. En ese mismo instante entraba el primer cliente, lo que llevó a que Ryn diera un par de palmadas que pusieron en marcha a todos sus empleados. Leshube y Grisda miraron a Oona mientras ésta las rebasaba por las escaleras en dirección hacia la habitación de la segunda, que apretó el paso para situarse a su altura justo en la puerta.

— ¿Crees que aparecerá alguien más por aquí buscando a Gert?

— La pregunta es, más bien, cómo sabía ese chico que Gert había muerto aquí.

Grisda dejó escapar un murmullo mientras se sentaba en el borde de la cama.

— Alguien tuvo que vernos llevar el cadáver al puerto — pensó en voz alta.

— O alguien siguió a Gert hasta aquí.

La mujer hizo un gesto de asentimiento. Oona se había apoyado en la cómoda baja frente a la cama y dejó que sus ojos vagaran hasta la ventana, por la que entraba la luz del farol de la calle trasera. Las velas que se empleaban en la iluminación urbana eran muy gruesas y sus llamas apenas oscilaban en la brisa nocturna. Se quedaba embobada mirándolas en demasiadas ocasiones, sólo que aquella vez se le ocurrió, además, una idea. ¿Y si el hombre del sombrero hubiera tenido algo que ver en la muerte de Gert?

La manera en la que lo había visto moverse entre los paseantes de la explanada del templo, despreocupado pero, al mismo tiempo, consciente de que lo vigilaban, provocaba en ella la sensación de que era un tipo con el suficiente poder como para que le resultara indiferente que pudieran identificarlo, aunque estaba claro que su trabajo, fuera el que fuera, requería que pasara desapercibido. Era posible que su presencia entre los curiosos del incendio del puerto fuera una coincidencia, pero lo dudaba. Como también dudaba que a Gert lo mataran por estar en el sitio equivocado en el momento más inapropiado, que era algo que se le había pasado por la cabeza. Su primera idea de que sabía algo que no debía se afianzaba.

— Tenemos que averiguar quién es el tipo del sombrero — dijo volviéndose hacia Grisda.

Ella captó lo que pretendía enseguida.

— Mis oportunidades para preguntar no son las ideales, pero puedo intentarlo — afirmó.

Oona respondió “gracias” antes de que sonara un golpe en la puerta entreabierta. Se veía a Ashorte con una palangana con agua, al que Grisdá pidió que pasara haciendo un gesto con la mano.

— Vaya manera tan entretenida de empezar la noche, ¿no os parece? — apuntó mientras dejaba el recipiente sobre la cómoda, obligando a Oona a separarse de ella —. Estos chicos de la calle...

La semielfa no le contestó, aunque le molestó ligeramente aquel comentario. Optó por carraspear y despedirse, explicando que debía bajar para echar un vistazo a los primeros clientes. Salió al pasillo, que todavía estaba muy tranquilo. Escuchaba a los músicos afinar los instrumentos, también a un marinero desear a gritos que su barco se hundiera durante la noche para tener que quedarse en tierra firme más tiempo. Ella ajustó su puñal en el cinturón, con la sensación de que aún quedaba día para que ocurriera algún que otro imprevisto.

El único imprevisto fue despertarse más tarde de lo que pretendía a la mañana siguiente. Ni siquiera había notado que Grisda bajara a desayunar y estaba tendida sola en la cama, mirando al techo de madera y dejando que la luz del sol le bañara la cara.

Con las manos sobre el vientre, Oona remoloneaba. Por un momento, pensó en quedarse allí. Quizás nadie preguntaría por ella ni fuera a buscarla en toda la mañana, tal vez en todo el día. Un día entero para ella. Sonaba bien. Le recordaba a aquella época en la que había vivido en la calle. Había encontrado con relativa rapidez un sótano no demasiado húmedo, y sin amenazar ruina, donde poder dormir y esconderse de los guardias y, de vez en cuando, le gustaba echarse sobre el jergón y disfrutar del poco sol que dejaba pasar un ventanuco por el que sólo veía pies. Apartaba la arpillera con la que estaba cubierto habitualmente, cerraba los ojos y se abstraía, allí tumbada, de todo lo que había a su alrededor. Por un momento, olvidaba que la muerte de su madre era lo que la había empujado a la calle; su estómago tampoco gruñía y apenas le dolían los brazos de haber estado levantando fardos de grano en el mercado el día anterior a cambio de una moneda.

La calidez de la luz duraba poco, pero era suficiente. También lo era en aquel momento. Había más sol, y la cama estaba un poco más mullida que su jergón, lo que para ella era señal de que, como seguramente le habría dicho Linus, había ascendido en la vida. Linus. ¿Qué estaría haciendo aquel ladronzuelo? Sacudió la cabeza. No quería pensar en aquel asunto. El hilo que trazaba la salida del laberinto la eludía. Necesitaba pensar, y para pensar le venía bien entregarse de vez en cuando a la pereza. Era un círculo vicioso, pues la pereza le impedía analizar todo lo que sabía hasta entonces de aquel asunto.

Se estiró y entrelazó sus manos bajo la nuca. El sol dejaba ver marcas en el techo. ¿De los ganchos con los que cargaban las vigas en los carros que las transportaban desde las carpinterías? ¿Habían colgado algo de allí en el pasado? Movié los dedos de los pies, a medias para evitar dormirse de nuevo y para regodearse en aquella sensación de comodidad y quietud. No iba a durar mucho más, así que quería aprovecharla. Los pasos por el pasillo anunciaban, de hecho, que se le acababa el asueto. Suspirando, se incorporó. En ese momento, Leshube llamaba a la puerta de la habitación y, acto seguido, la entreabría y se asomaba.

— Buenos días — saludó en voz baja.



Oona se puso en pie.

— ¿Ha pasado algo?

La mujer entró en el cuarto mientras negaba con la cabeza.

— Realmente, no, pero creo que me he enterado de algo.

La semielfa hizo una mueca de asentimiento.

— O igual no es nada — de repente, Leshube se veía dubitativa.

Oona se percató y la miró fijamente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó.

— Es... A ver... ¿Crees en la magia?

Oona abrió los ojos, sorprendida.

— ¿Perdona?

— ¿Crees que todavía hay magos en el mundo?

— No me lo he planteado.

Leshube metió las manos en los bolsillos de su falda. La combinación de ese gesto con un ligero balanceo hacia delante y atrás sobre sus talones le daba el aspecto de una niña temerosa de contar un secreto.

— Mi madre sabía muchas historias sobre magos cuando yo era pequeña. Eran mis cuentos favoritos para ir a dormir, ¿sabes? Me encantaba que me hablara sobre hechiceras capaces de salvar a niños a punto de morir, pero mis preferidos eran los piromantes, los magos que controlaban el fuego. Siempre se enfrentaban a dragones y a monstruos terribles y salían vencedores, por supuesto.

— En Portosal no está permitida la magia, aunque todavía hubiera alguien que la practicara — la interrumpió Oona.

— Lo sé, pero la gente habla. Rumores sobre actividades mágicas hay constantemente.

— La última vez que hubo esos rumores, las cosas no acabaron bien.

Leshube no debía conocer la historia de los magos de la puerta sur, porque siguió justificando su hipótesis.

— Sí que se cuchichea a veces que pasan algunas cosas que sólo pueden explicarse porque algún mago está actuando sin que nadie lo sepa.

— ¿Qué cosas?

— El incendio del puerto, por ejemplo.

Oona emitió un “mmm” mientras se sentaba a los pies de la cama.

— Algunos marineros cotilleaban anoche que era muy raro que el barco estuviera aún a flote, y que no hubieran visto llamas con todo aquel humo.

Tenían parte de razón. Pero, ¿un piromante? ¿Por qué? ¿Le habría pagado alguien? ¿De dónde provendría? Leshube continuaba resumiendo las conversaciones que había escuchado la noche anterior.

— Ya sé que son muy supersticiosos, pero a lo mejor... Es verdad que también se quejaban de que habían traído a un tipo extraño que creían que era un mago sólo porque el viento dejó de soplar a mitad del viaje.

Oona no estaba prestando atención porque su mente se había concentrado en otro aspecto de lo que Leshube le había contado, así que preguntó de repente:

— ¿Cómo saben esos marineros quién es mago? ¿Cómo pueden reconocer a uno?

La mujer se encogió de hombros.

— No creo que lo sepan. Cualquier persona que les parece que lleva una pinta extraña puede serlo si le ocurren cosas que no puedan explicar.

— Tiene sentido — musitó Oona.

Pero que los marinos achacaran a elementos sobrenaturales cualquier fenómeno de la naturaleza que entorpeciera sus travesías no era óbice para que, realmente, existiera la magia. Jamás se había enfrentado a los actos de un hechicero, también debía tenerlo en cuenta. En su ensimismamiento, se sorprendió al ver que Grisda se les había unido en la habitación y escuchaba las explicaciones de Leshube de una manera mucho más atenta que ella, y echándole de vez en cuando miradas de reojo a la semielfa para comprobar su reacción. Finalmente, se dirigió a ella:

— ¿Crees que puede haber algo ahí?

Oona extendió los brazos en un gesto de duda. Grisda añadió entonces algo que la obligó a replantearse el asunto.

— Aquí hay muchos prejuicios hacia todo lo que no se puede vender o sumar y restar, y también hacia los que no son de la ciudad. El otro día escuché en el mercado a dos mujeres que decían que les daba miedo que cada vez hubiera más labartinos en el campamento porque muchos eran brujos. Me pareció una tontería entonces, pero a lo mejor no lo es tanto.

— ¿Los prejuicios o la posibilidad de que haya brujos? — la interrumpió Oona.

— Lo segundo, ya lo sabes — repuso Grisda en tono reprobatorio.

La semielfa dejó escapar un ligero carraspeo que indicaba que estaba cavilando en lo que acababa de escuchar. Era una complicación en un caso que no conseguía comprender bien aún y que tampoco le eximía de seguir las pistas que ya tenía ante sí. Se levantó de la cama y empezó a vestirse.

— ¿Te sirve esto de algo, Oona? — preguntó Leshube.

— Quizás. Realmente, no lo sé.

Grisda chasqueó los dedos en ese momento, como recordando algo.

— Linus ha dejado un mensaje para ti. Que lo busques en el puerto.

— ¿Lo ha dejado él en persona?

— No, un amigo suyo — Grisdá vio cómo la semielfa torcía el gesto y repuso —. ¿Es que crees que alguien va a engañarte?

Oona no dijo nada. Sólo se guardó el puñal mientras dirigía a la mujer una mirada que ella no supo cómo leer. Musitando un “luego nos vemos”, salió de la habitación dispuesta a averiguar por fin algo concreto en aquel embrollo. Tal vez el mensaje era una trampa, tal vez era verdadero y Linus había conseguido una pista importante, tal vez estuviera quedándose con ella. Sentía que merecía la pena comprobarlo por sí misma, aunque obtener la información que necesitaba iba a constituir una prueba interesante. Las supersticiones que regían la rutina de los marineros cuando estaban embarcados se trasladaban de algún modo a los funcionarios que establecían las normas en tierra. Ya lo había experimentado con anterioridad en aquel caso. Prefería eludir los recelos de la administración portuaria hacia su persona, hacia cualquier petición que no estuviera por escrito y cuyo portador no diera la impresión de ser alguien de fiar, lo que quería decir, realmente, que debía parecer rico, como mínimo. El lugar que concentraba las transacciones con las que Portosal había ganado relevancia era, lógicamente, el que más se dejaba llevar por el olor del dinero.

Y el dinero solía estar en manos de hombres. Oona daba vueltas a cómo conseguir información de los registradores del puerto sin sonsacársela ella personalmente.

Las tabernas de los muelles estaban cerradas todavía. Había poco movimiento porque no se esperaba que zarpara o llegara ningún barco, así que tenía que ser sencillo dar con Linus. Mientras lo buscaba, Oona se percató de que el buque quemado seguía vigilado discretamente por el mismo número de guardias. Aunque la discreción era uno de sus puntos débiles si ella había logrado identificarlos tan rápidamente. El que estaba apoyado en el amarre contiguo miraba de vez en cuando a un hombre sentado en el suelo del muelle, delante de una pequeña barca y con las piernas colgando hacia el agua, que estaba a la distancia justa para que el guardia no pudiera escucharlo y, al mismo tiempo, él fuera capaz de vigilar sus movimientos. Oona se acercó con las manos en los bolsillos, convencida de que era Linus pese a que había cambiado su capa habitual por otra más raída. Tenía razón, así que se dejó caer a su lado.

— Te llegó mi mensaje, menos mal. No sabía si Mooch se distraería por el camino.

— Cumplió el encargo.

Linus asintió. Señaló con la cabeza hacia el guardia a su izquierda.

— Éstos no quitan sus ojos del barco.

— Ya.

— Encima, intentan pasar desapercibidos mientras lo vigilan, lo que se les da

bastante mal. O pretenden intimidar a cualquiera que quiera acercarse al barco.

Oona suspiró.

— Eso, ahora, no es importante — dijo —. La prioridad es averiguar quién es el dueño. Para empezar, tiene dinero para pagar vigilancia, y para mantenerse al día con el alquiler del amarre, y al mismo tiempo posee los contactos para realizar algún tipo de contrabando o de actividad ilegal a través del barco.

— Por eso quería que nos reuniéramos. En el barrio, nadie sabe la identidad del dueño, pero sí han visto varias veces a nuestro amigo del sombrero peculiar rondándolo, hasta el punto de que algunos creían que iba a robarlo.

— ¿Y eso?

— Al parecer, evita a los guardias y se pasea por aquí a diferentes momentos del día, como si estuviera estableciendo algún tipo de horario.

— ¿Alguien ha hablado con él?

Linus negó con la cabeza.

— Quien ha intentado acercarse lo ha perdido entre la gente, como nos pasó a nosotros en el Barrio Alto.

Oona se rascó una sien, pensativa. Si descubrían al propietario del barco, tendrían que investigar también qué relación tenía con aquel desconocido.

— Todo esto está muy bien, pero necesito tu ayuda con otro asunto.

Linus se giró para mirarla de frente y sólo dijo “dispara”.

— Tenemos que ir a la administración del puerto y preguntar directamente quién les está pagando las cuotas de ese bote.

— De acuerdo.

— Pero yo no puedo hacerlo.

Linus enarcó las cejas, incrédulo, así que Oona continuó:

— Los funcionarios tratan mejor a un hombre con aspecto de poseer varios navíos mercantes que a una chica, que es como me verán.

— ¿Y desde cuándo soy yo el propietario de una flota? — rió el ladrón.

— Sólo tienes que parecerlo.

Las apariencias importaban mucho en Portosal, y no sólo para presumir de posición y riquezas en la explanada del templo de Thaler. El abrigo de Oona, el pelo mojado y peinado hacia atrás y una actitud confiada podían obrar el milagro de que Linus se presentara ante los funcionarios del puerto y lo tomaran por un mercante del sur al que le interesaba amarrar su navío allí hasta que pasara el invierno. La semielfa no dudaba de que poseía madera de estafador, pero a veces no era suficiente con eso.

Lo acompañó hasta la entrada del edificio de la aduana repitiéndole sin cesar cuál era su tapadera y las preguntas que debía hacer. Colaría alguna sobre el

barco incendiado al comentar, de pasada, que los amarres debían ser baratos si aquel buque llevaba meses sin zarpar, y tendría que improvisar a partir de ahí.

— No van a enseñarte el registro de los alquileres, pero a lo mejor te dan alguna pista de la que podamos tirar — afirmaba Oona mientras le colocaba bien el abrigo y le echaba una última ojeada.

— Parece que me estés preparando para venderme en una subasta — bromeó Linus.

Ella esbozó un atisbo de sonrisa. Justo antes de empujarlo gentilmente hacia la puerta, se acordó de lo que Trentelio le había contado sobre el buque, y se lo repitió al joven.

— Creo que no voy a preguntarte cómo sabes eso — respondió él, y franqueó la entrada de la administración del puerto irguiendo la espalda.

A Oona le molestaba quedarse fuera, pero prefería no arriesgarse a que los funcionarios la reconocieran de la otra vez y descubrieran la farsa. En su intento por, además, pasar desapercibida se apostó a la vuelta de la esquina del edificio, en un callejón alfombrado de cajas de madera rotas y podridas. Se había puesto la capa de Linus, que le daba aspecto de mendiga, y miraba hacia la calle observando a los pocos transeúntes que pasaban por allí.

Casi todos eran estibadores que se acercaban al puerto a comprobar si había trabajo, más algún otro que otro tendero del mercado en busca de productos para su puesto. Vio además a varios chicos de la calle que le echaban miradas de reojo, seguramente preguntándose si tenían competencia para robar unas monedas o comida. Habitualmente, apenas se fijaba en ellos, pero ahora se quedó mirándolos, intentando adivinar si eran portosalinos, si habían llegado desde el campo como Linus o si entre ellos había algún Gert, un labartino más que se escondía dentro de las murallas. Las chaquetas demasiado grandes y las capas viejas con las que se cubrían dificultaban su propósito. Conseguían convertirse en la masa informe que el resto de habitantes de la ciudad veía cuando se los cruzaba por la calle; algo que estaba ahí pero a lo que prestaban la misma atención que a la columna rota del centro de la plaza del mercado. Ellos, a cambio, se camuflaban para salir adelante; si pasaban desapercibidos, los guardias también harían como que formaban parte del paisaje. Aunque Oona podía tener una idea bastante aproximada de cómo había sido la vida de Gert en esos días que estuvo dentro de Portosal, se dio cuenta de que era una información que le faltaba. Estaba tan concentrada en descubrir al propietario del barco, y al hombre del sombrero colorido, que había perdido de vista que lo fundamental en el caso era la muerte de aquel chico.

¿Qué sabía de él, en realidad? La mañana que lo encontró en la habitación de Leshube estaba muy asustado. Dio por supuesto que era porque huía de los

guardias, pero quizás ya entonces se había topado con quien, o lo que, acabaría matándolo. El amigo que entró buscando justicia en la taberna no había sido de gran ayuda, aunque Oona sospechaba que Gert le había ocultado más cosas de las que suponía. Y estaba la inquietante sensación de que el labertino había estado bajo vigilancia incluso tambaleándose moribundo por la calle.

Por otro lado, podía dar por buena la explicación de su madre de que había entrado en la ciudad para buscar un remedio para su hermano. Creería que iba a ser más fácil y que podría manejarse mejor en la calle; a ella le pasó al principio de marcharse de Uhjnellen y, después, la realidad te abofetea con dureza. Esto implicaba, sin embargo, que Gert estuvo más tiempo dentro de las murallas del que habían reconocido su madre y amigo. Encajaría con el estado en el que Oona lo conoció, que no era producto de un único día huyendo de alguien, por mucho que estuviera prohibido que él abandonara el campamento. Y por mucho que realmente se hubiera visto en medio de algún tipo de enredo mágico.

Sacudió la cabeza sólo de recordar lo que le había contado Leshube. No porque no creyera en la magia, ¿qué sabía ella?, sino porque le costaba hacerse a la idea de que alguien la estuviera utilizando conscientemente en Portosal. Enemistarse con los comerciantes era una mala estrategia. Aparte, desde aquellos magos de la puerta sur, la ciudad no se había dedicado a acosar y expulsar a nadie más rumoreado de tener poderes, y para rematarlo todo, había muy pocos magos en el mundo. Era una disciplina que exigía mucho de quienes la practicaban, pues no valía sólo con el talento natural, y tampoco representaba la panacea. Por lo que ella sabía, cada hechicero dominaba una rama muy concreta y, generalmente, evitaban las ciudades. Pero sus conocimientos eran muy superficiales.

En ese momento, Linus salía de la administración del puerto, buscándola discretamente con la mirada. Ella le hizo un gesto con una mano para que se acercara, algo que él hizo demasiado rápido, o así se lo pareció.

— He pasado la prueba por poco — decía Linus resoplando —. Esos funcionarios son realmente unos estirados.

— ¿Te han contado algo?

Él asintió, sin evitar que una gran sonrisa apareciera en su cara.

— Somos un buen equipo, Oona — y le dio un pequeño golpecito con el puño en el hombro.

La expresión impaciente de ella provocó que el ladronzuelo se riera y, levantando las manos, empezó a hablar.

— Es un guardia de la ciudad quien les paga todas las semanas el amarre del barco. Nunca han visto al propietario, que en teoría se llama Drunn, o así lo tienen apuntado en el registro.

— ¿Lo has visto?

— En realidad, no. El funcionario me ha dicho que ése era el nombre que les había dado cuando se inscribió la primera vez, aunque tampoco lo hizo él en persona. Un mercader se encargó de ello y de avalarlo para que fuera registrado.

La cara de incredulidad de Oona era tal, que Linus reconoció que a él también le sonaba todo muy extraño.

— Qué quieres que te diga, el tal Vuklesio debe tener mucho poder.

Ahora, el rostro de la semielfa pasó a mostrar sorpresa. Ese giro de los acontecimientos no lo esperaba.

— ¿Ése es el nombre que te han dado de ese mercader, Vuklesio?

Linus asintió. Ella se frotó el puente de la nariz con un dedo, pensando en la libreta misteriosa que aquel tipo había perdido en el puerto. Él la miraba sin comprender del todo a qué se debía su reacción.

— ¿Es que conoces a Vuklesio?

— He hecho algún trabajo para él, aunque nunca hemos coincidido en persona. Recuperé algunos documentos importantes suyos que había extraviado en una taberna.

Ahora fue Linus quien abrió mucho los ojos.

— ¿Es el dueño de la libreta esotérica?

Oona no pudo evitar que se le escapara una risa al oír aquel apodo.

— ¿Libreta esotérica? — inquirió.

— Sí, algunos de los chicos del puerto estuvieron presumiendo hace unos días de que le habían robado a un pez gordo, pero también se quejaban de que eran unos papeles sin ningún sentido, llenos de números, dibujos y palabras extrañas. Uno de ellos es un poco más culto que los demás, creo que en su pueblo debía ser de una familia más o menos pudiente, y dijo que era una libreta esotérica.

— ¿Y cómo sabes que es lo que yo encontré para él?

— En el puerto nunca robamos papeles. Si se los quitaron, es porque tuvo que dar la impresión de que eran muy importantes.

Oona se quitó la capa para intercambiarla por el abrigo de Linus y adoptó una expresión que parecía indicar que había encontrado algo de claridad en el caso. Se puso el gabán sacudiendo la cabeza, todavía sorprendida de que alguien como Vuklesio se atreviera a meter contrabando en Portosal o a coquetear con la magia, dos acciones cuyo descubrimiento sería muy perjudicial para él. Pero el encargo que le había hecho Frendo Arton insinuaba que, probablemente, a la que se dedicara ya era conocida por la asociación de gremios y Arton se estaba reservando la información para utilizarla en su contra en el momento que resultara más beneficioso. Hasta podía estar chantajeándolo.

Linus la siguió cuando echó a andar de vuelta al mercado, confuso porque no

entendía lo que estaba ocurriendo y ella estaba demasiado enfrascada en sus pensamientos como para explicárselo. Se arrepentía de no haber echado un vistazo a la libreta cuando tuvo oportunidad porque ahora iba a ser bastante más complicado. A Linus le costaba seguirle el paso, así que terminó agarrándola del brazo para que se detuviera.

— ¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

— No lo tengo muy claro aún, pero creo que Gert se metió en tejemanejes entre comerciantes que no debería haber sabido.

— ¿Qué clase de tejemanejes?

Oona se encogió de hombros y sus ojos se desviaron hacia los chicos apostados en la puerta de una de las tabernas cerradas. Apenas eran media docena y estaban sentados en el suelo, al sol, hablando entre ellos sin prestar atención, aparentemente, a lo que ocurría a su alrededor, que tampoco era gran cosa.

— ¿Crees que ellos nos contarán algo más sobre Gert?

Fue el turno de Linus de expresar duda. Oona dejó escapar un “mmm” y se dirigió hacia los chavales seguida por el ladronzuelo, que no había contado con pasarse la mañana yendo detrás de ella a todas partes. Uno de los chicos la vio acercarse y enderezó la espalda de tal manera, que los demás se giraron para ver quién se había fijado en su presencia. Las caras de todos reflejaron la sorpresa de encontrarse a una mujer de melena corta y abrigo masculino de pie a su lado.

— Buenos días, chicos. ¿Cómo estáis?

El saludo conciliador aún los extrañó aún más. Uno de ellos, que estaba sentado justo de espaldas a Oona, la miró desde el suelo y, de repente, la señaló con el dedo.

— Sé quién eres. Eres la guardia de la taberna de Ryn.

— ¿Has estado por allí? — le respondió ella.

— De pasada.

— Ajá — asintió Oona.

Los demás parecieron ponerse un poco en guardia pero, al mismo tiempo, no sabían muy bien qué estaba pasando. El chico le dio la espalda de nuevo a Oona mientras rezongaba que ella no pintaba nada allí.

— Ninguno hemos estado en esa posada para que vengas a buscarnos hasta aquí — refunfuñaba.

— Estupendo, porque no es eso lo que me interesa.

El joven que se había percatado antes de que se dirigía hacia ellos fue quien tomó las riendas de la conversación.

— ¿Y qué es, entonces, lo que te trae a nosotros?

— Seguro que no es que Linus nos pida perdón — interrumpió otro apuntando



con la barbilla hacia Linus, que se mantenía en un segundo plano.

Él hizo amago de protestar, pero Oona lo detuvo levantando ligeramente una mano.

— Quería preguntaros por un chico que a lo mejor estuvo con vosotros hace unos días, uno que rondaba el barco que se quemó.

— Muchos hemos rondado ese barco. Era un buen sitio para dormir y ahora no podemos ni acercarnos — respondió el chico que había hablado primero.

— Se llamaba Gert. Tenía unos números tatuados en el interior del brazo.

El intercambio de miradas entre los seis le indicó a Oona que lo conocían, o habían tratado con él en algún momento. También dejaba claro que era algo que preferían guardarse para sí mismos.

— ¿Hay muchos chicos en la calle que tengan esos tatuajes?

— No muchos, no.

— Así que, si hubierais visto a Gert, lo reconoceríais enseguida.

Más cruces de miradas. Algunos de ellos bajaron directamente los ojos, excepto quien había reconocido a Linus, que seguía observándolo en modo desafiante.

— Estoy segura de que sabéis lo que le pasó a Gert.

Nadie respondía.

— Yo he sido como vosotros y la información corría mucho más rápido que el vino en el puerto por la noche.

Otro de los chavales, uno que lucía un deforme gorro de fieltro, se animó a contestar.

— ¿Para qué preguntas, entonces?

— Estoy intentando comprender por qué le pasó eso.

— ¿Lo conocías?

— No. Pero no me gusta que maten a alguien y quede en el olvido.

— Ya nos olvidan ahora, ¿por qué iba a ser diferente cuando nos matan?

Oona miró al que había hablado. Estaba apoyado contra la pared de la taberna y hacía visera con las manos para protegerse del sol, y poder mirarla a la cara. Como todos los demás, necesitaba un baño y tres comidas diarias.

— No debería ser así.

— Lo es.

— ¿Han matado a más chicos como vosotros?

— Para ser guardia, estás muy poco enterada de lo que pasa por aquí.

Oona miró a Linus, que estaba tan sorprendido como ella.

— ¿Gert no ha sido el único? ¿Cuántos más han muerto?

El líder del grupo se levantó. Le hizo un gesto para que se acercara y él acercó mucho su cara a la de ella.

— Casi todos los días morimos alguno de nosotros. Ganarse en la vida en la calle es peligroso. Si crees que has encontrado una manera fácil de encontrar dinero o comida, lo más probable es que sea lo último que vas a hacer.

— Cabos sueltos — murmuró Oona.

— Algo así. Sabes más de lo que parece.

— No lo suficiente.

El joven se separó de ella y le contó lo que sabía de Gert. Como sospechaba, había pasado casi una semana dentro de las murallas, y había recibido un encargo casi enseguida. Lo habían visto por el puerto, siempre cerca del barco incendiado, vigilándolo o subiendo y bajando de él con una pequeña bolsa de tela al hombro. Desconocían qué había estado sacando de allí, pero sí sabían que no era el primero que había estado haciendo ese trabajo. Y también que era bastante probable que desapareciera de las calles más pronto que tarde.

— ¿Y cómo podíais utilizar el barco para pasar la noche si era tan importante?

El chico se encogió de hombros.

— ¿No visteis nada extraño en la bodega? — continuó preguntando ella

— Dormíamos en los camarotes de la popa. La escotilla de la bodega estaba cerrada.

Oona anotó mentalmente que Gert debía tener una llave para poder sacar lo que hubiera en aquellas ánforas. No llevaba ninguna encima cuando murió en la puerta de la posada. Quizás por eso lo mataron, para recuperarla y, de paso, mantener la operación en secreto, consistiera en lo que consistiera.

— ¿Alguno de vosotros habéis hecho trabajos parecidos al que le encargaron a Gert? — quiso saber ella.

— Hay que ganarse la vida de alguna manera.

Oona miró al que había hablado, sentado justo a su izquierda. Su barba y su complexión le hacían pensar que era otro mestizo como ella, sólo que parte de su sangre era enana. Se acuclilló para estar a la misma altura de sus ojos y le preguntó:

— ¿Tú los has hecho?

— Nunca he entrado en ese barco.

— No te he preguntado eso.

El medio enano se pasó una mano por la barba, que le nacía en mitad de la mejilla.

— Alguna vez he hecho de correo, sí.

— ¿Y qué era lo que transportabas?

El resto de jóvenes empezaba a agitarse, incómodo, algo que le pasaba desapercibido al que estaba hablando con Oona. Ella sí que se había dado cuenta, así que le propuso seguir charlando en otro sitio menos expuesto. Las

expresiones en las caras de sus compañeros continuaban siendo de preocupación, pero el medio enano se levantó y siguió a Oona hasta un callejón cercano a donde estaban todos sentados. Linus también se fue con ellos, aunque su rostro mostraba igualmente cierta inseguridad acerca de aquella conversación. Miraba a su alrededor insistentemente, buscando la presencia de guardias o de cualquier otra persona que pudiera estar vigilándolos. Incluso cuando se adentraron en el callejón, maloliente y estrecho, no dejó de observar su entrada.

Mientras tanto, Oona procuraba transmitirle calma a su “testigo”. Éste era un poquito más bajo de lo habitual en un humano, y más corpulento. Le picaba la curiosidad por saber cómo había terminado en la calle, pero ése no era el tema más apremiante. Él se apoyó en la pared y se quedó mirándola, esperando a que ella continuara haciéndole preguntas.

— Me ibas a explicar qué cosas transportas cuando trabajas como correo — le dijo.

— Papeles, básicamente. Me los dan enrollados y tengo que llevarlos a otro punto de la ciudad. También tengo que esconderlos en mi capa y, a veces, te dan una si no tienes.

— ¿Alguna vez les has echado un vistazo?

El medio enano sacudió la cabeza enérgicamente.

— Están atados con un cordel. Prefiero no arriesgarme.

— ¿Y sólo has llevado papeles? - intervino Linus.

Él se volvió hacia el ladrón como si no se hubiera percatado de su existencia hasta aquel momento.

— A veces me dan también unos frasquitos de barro sellados. Pesan poco y esos tengo que entregarlos antes de una hora. No sé cómo saben el tiempo que tardo en ir del puerto al templo de Thaler, pero prefiero no comprobarlo nunca.

— ¿Por?

El medio enano se dirigió ahora hacia Oona.

— Conocí a otro labartino antes de Gert al que le pasó lo mismo.

— ¿También lo apuñalaron?

— Me lo encontré tirado en la calle, de camino al Barrio Alto. Estaba muy pálido y no se movía. No sé cómo lo mataron, pero teniendo en cuenta que no conocía bien la ciudad, debió tardar más de la cuenta en entregar el frasco.

— Creía que los labartinos tenían prohibido entrar dentro de las murallas.

El joven les lanzó una mirada en la que parecía juzgarlos por ser demasiado ingenuos.

— Si quieren trabajar, nadie les va a decir nada.

“Todo se aprovecha en Portosal”, murmuró para sí Oona. El medio enano pareció escucharla porque asintió y, acto seguido, decidió que era su turno de

hacer preguntas:

— Tú tampoco eres humana.

Ella lo miró con abierta hostilidad. Si pretendía enfadarla, lo había conseguido.

— Ya te puedes marchar — fue todo lo que respondió.

El medio enano le aguantó la mirada por un momento, pero no añadió nada más. Salió del callejón esbozando una pequeña sonrisa, y dejando a Oona con una extraña sensación de calor en la cara. Bajó los ojos y respiró hondo, intentando calmar la incomodidad que había notado de repente. Linus pasaba sus ojos de la entrada del callejón a ella, sin hablar, sólo viéndola erguirse y tirar de las solapas del abrigo para acomodárselo mejor.

Oona sólo le lanzó una mirada de soslayo y echó a andar de vuelta al paseo del puerto. Linus tuvo que dar un par de largas zancadas para situarse a su altura, pero no se atrevió a decirle nada. No sabía muy bien qué acababa de pasar. Ella tampoco iba a darle explicaciones y, como si nada hubiera pasado, comentó:

— Supongo que ya sabemos a qué van los portosalinos al campamento. O una de las cosas que hacen allí.

El ladrón asintió. Continuaron caminando en silencio hasta que se dio cuenta de que habían tomado un camino distinto del que llevaba de vuelta a la posada de Ryn.

— ¿Dónde vamos? — preguntó.

— A ver a Vuklesio.

— ¿Directamente? ¿Estás segura?

Oona hizo un gesto con una mano que parecía indicar que era irrelevante. Era una pista y debía seguirla.

## 6

El Barrio Alto siempre estaba tranquilo. El dinero podía comprar grandes mansiones y guardias que mantuvieran las calles en orden y sin alboroto, y Oona nunca era capaz de sacudirse la sensación de que la detendrían y la meterían en el calabozo si sus pies hacían demasiado ruido al caminar por el empedrado de la calzada. Sospechaba que era algo que el trazado del propio barrio buscaba, fomentar que quienes no vivían allí se sintieran fuera de lugar. No dejaba de ser un juego de poder, una manera de acentuar la posición privilegiada de los dueños de aquellas casas de piedra rodeadas de altos muros, pero incluso siendo consciente de ello, era inevitable que surtiera efecto. A su lado, Linus caminaba con la misma sensación volviendo sus pasos más lentos y precavidos. Hasta llevaba la cabeza gacha.

— Es como si nos observaran desde todas esas casonas — le dijo a Oona en voz baja.

Ella paseó sus ojos por las que se alineaban a su izquierda, más cerca de la colina. En la acera de enfrente se levantaban edificios de un par de alturas, más parecidos a los que se encontraban cerca del mercado, aunque con más piedra que madera en su construcción. Aquella parte del barrio era igual de silenciosa, pero menos intimidante.

Las mansiones, con sus muros y sus fachadas semiocultas por árboles, parecían juzgarlos por tener que ensuciarse las manos para ganarse la vida. Estaban separadas unas de otras por estrechos callejones en los que el servicio dejaba la basura y por los que era complicado que una persona adulta pudiera pasar para llegar a la parte trasera. Oona podía dar fe de ello; había tenido que utilizarlos alguna que otra vez. Aun así, algunos añadían medidas de seguridad extra como una verja que cerraba el acceso, y que Vuklesio no había instalado, al menos, en el callejón de su derecha.

Su mansión no era ni de las más ostentosas ni de las sobrias. Los árboles del pequeño jardín entre la casa y el muro eran autóctonos y la fachada lucía algunas cenefas de motivos vegetales alrededor de las ventanas y del balcón del piso superior. Se veían pocos adornos más, excepto un pequeño barco dorado que coronaba la puerta principal a la calle. Justo enfrente se abría otro callejón, relativamente oscuro por las sombras de los edificios de los laterales, y Oona se metió allí para observar con más tranquilidad su objetivo. Linus la imitó, apoyándose en una de las paredes y sacando del bolsillo de sus calzones un

cigarrillo y una yesca para encenderlo. La semielfa lo miró, sorprendida, a lo que él respondió con una sonrisa.

— Como si nunca hubieras visto fumar a alguien.

Ella sacudió la cabeza y volvió a fijarse en la casa de Vuklesio.

— ¿A qué se dedica este tipo, en realidad? — preguntó Linus.

— Importaciones y exportaciones.

— ¿Que es un eufemismo de?

— De nada. Realmente importa especias y telas del este, que envía luego al interior, y exporta corcho.

— Eso no explica para qué necesita las ánforas de vino y aceite del barco.

— Es lo que tenemos que investigar.

— ¿Desde aquí? — quiso saber Linus mientras expulsaba el humo con la barbilla hacia arriba.

— ¿Quién te ha dicho que ser husmeador fuera un trabajo emocionante?

Él miró un momento a Oona con cierta sorpresa y, acto seguido, se rió. No era una risa demasiado fuerte, pero a ella la pilló un poco desprevenida. Aun así, esbozó una sonrisa sin apartar sus ojos de la casa de Vuklesio, esperando que hubiera movimientos que delataran que había alguien en su interior.

Dudaba del curso de acción a tomar; sabía que necesitaba ver qué había en aquella libreta, pero cómo conseguirlo era otra historia. Había visitado a Vuklesio en otra ocasión, sin pasar del zaguán; lo que tenía que contarle era breve y él prefirió que no entrara en la casa. A Oona le pareció un poco extraño, pero le había ocurrido con otros comerciantes. El servicio no ponía un pie más allá de la entrada a no ser que fuera necesario. Esto quería decir que desconocía la organización interna de la mansión. Podía suponer que el despacho de Vuklesio estaría en la planta superior, y que aquél era el lugar más probable donde estuviera la libreta, pero no tenía la certeza de que fuera así. Si decidía entrar como una ladrona, debía conocer bien todas las entradas y salidas y tener identificada la estancia que guardaba lo que le interesaba “robar”. De otro modo, se arriesgaba a ser sorprendida dentro o a encontrarse allí algo desagradable.

Mientras cavilaba, Oona había empezado a darle vueltas al anillo en su dedo. Linus se había percatado de ello por el rabillo del ojo, pero se había acostumbrado a no preguntarle nada que pudiera ser personal. Dio una última calada a su cigarrillo, fino y que desprendía cierto olor a madera, y lo dejó caer en el suelo, aplastando la colilla con el pie. Se cruzó de brazos y se quedó observando a la semielfa mientras vigilaba la casa. Por primera vez, vio que lucía una cicatriz detrás de su oreja derecha. Era delgada, como si la punta de un estilete le hubiera rozado la piel, yendo de la mitad del pabellón auditivo hasta su base. Su percepción de Oona cambiaba conforme pasaba más tiempo con ella

y descubriría nuevos detalles. Era el primer hijo de humano y elfo que conocía en su vida, así que le fascinaba. También estaba empezando a apreciarla, por lo que no quería que se sintiera incómoda, así que apartó sus ojos de ella y los dirigió de nuevo al otro lado de la calle. El sol comenzaba a estar alto en el cielo, pero la casa de Vuklesio continuaba silenciosa. Como el resto del barrio.

— A veces me pregunto si de verdad vive alguien aquí — murmuró Oona.

Linus apoyó mejor el hombro en la pared y suspiró.

— Si tú piensas eso, y has estado en algunas de estas casas...

— En el zaguán, la mayoría de las veces. Vuklesio, por ejemplo, no me dejó entrar más allá.

— Cuánto secretismo.

— No soy digna de ver las maravillas del interior — respondió ella con sarcasmo, a lo que Linus reaccionó con otra de sus risas, esta vez más callada.

— ¿Qué vamos a hacer?

Oona lo miró y se rascó, precisamente, en la cicatriz detrás de la oreja.

— Se aceptan sugerencias.

— ¿Estás segura de que Vuklesio no está en casa?

— No lo parece.

Linus sonrió y dijo “averigüémoslo” antes de cruzar la calle de improviso. Ella apretó los dientes, sorprendida, pero salió detrás de él. Lo alcanzó en el momento en el que dejaba caer el aldabón de la puerta exterior, que resonó con más fuerza de la esperada.

— ¿Qué excusa vas a inventarte si alguien abre la puerta? — quiso saber la semielfa, a lo que Linus, simplemente, se encogió de hombros.

Los dos escudriñaron la casa, pero el golpe en la puerta no parecía haber llamado la atención de nadie. El ladrón se separó levemente de la entrada, miró hacia el callejón y, acto seguido, a Oona. Ella supo lo que quería decirle y se encaminó hacia allí. En la mansión adyacente tampoco daba la sensación de que hubiera alguien en aquellos momentos, así que quizás merecía la pena meterse por aquel estrecho pasadizo. Habitualmente, estaba en sombras, pero el sol de mediodía caía perpendicularmente sobre él e iluminaba algunas hojas secas, ramas y lo que a Oona le pareció una pierna. Dio un respingo tan súbito, que Linus la miró, sorprendido.

— ¿Qué ocurre?

— Creo que no vamos a entrar en casa de Vuklesio.

La expresión de confusión de él aún se hizo más intensa, hasta que echó un vistazo dentro del callejón. “Thaler bendito”, murmuró.

Oona estaba intentando entrar poniéndose de costado, de lo estrecha que era la separación entre ambas mansiones, para llegar hasta el cuerpo. Estaba cubierto

por una manta arrugada y se encontraba relativamente cerca de la calle. Ella avanzaba con la espalda casi rozando el muro de la casa vecina a la de Vuklesio y, si extendía el brazo, podía tocar la pared de enfrente. Mantenía los ojos en aquella pierna que sobresalía, y que parecía demasiado delgada para ser de un hombre adulto. Una sensación de ahogo se apoderó de la boca de su estómago, pero intentó ignorarla. Estaba ya junto al cuerpo y, para poder verlo mejor, se colocó de frente. Sus hombros no tocaban las paredes del callejón, aunque había poco espacio para maniobrar, y le costó un poco arrodillarse lo justo para levantar la manta.

Debajo había un chico muy joven, demasiado parecido a Gert para que Oona no sufriera un vuelco momentáneo de su corazón, tumbado sobre su costado derecho y vestido con unos calzones que le quedaban cortos y un jubón muy ancho. Desde su posición le costaba ver si tenía alguna herida mortal, así que se inclinó sobre el cuerpo, sujetándose con una mano en la pared en un equilibrio un poco precario. El chico estaba muy pálido, pero no parecía que llevara allí demasiado tiempo. Tampoco daba la sensación de que se hubiera caído, o lo hubieran tirado, por encima de los muros de las casas adyacentes.

— ¿Qué ves, Oona? — preguntó Linus, que miraba con cierto nerviosismo a uno y otro lado de la calle.

La semielfa estaba demasiado concentrada como para responder. Con la mano que le quedaba libre le apartó los brazos para comprobar si lucía el tatuaje identificativo de los refugiados labartinos, y encontró en su lugar varios cortes en las palmas y en la cara interna de los antebrazos que podrían apuntar a que se había defendido de su atacante, y que éste blandía una hoja relativamente larga, de una daga especial. Palpó también lo que pudo de sus ropas, encontrando una moneda que parecía igual que la que Gert llevaba en los bolsillos cuando murió. Seguía sin ver cómo habían matado a aquel joven, pero tampoco podía demorarse allí más tiempo. Volvió a cubrirlo con la manta y retrocedió con cuidado hacia la salida del callejón.

Linus la esperaba con expresión expectante. Ella le hizo un gesto con la cabeza para que echara a andar mientras se sacudía el polvo de cal de las paredes de la ropa. En lugar de volver sobre sus pasos, avanzaron hacia el final de la calle, dejando atrás la casa de Vuklesio y adentrándose en la parte del barrio en dirección al mercado. Allí, Linus la detuvo en seco.

— Para, para. ¿Qué demonios está pasando?

Ella sacudió la cabeza, mirando a la espalda de él para asegurarse de que seguían estando solos. Le temblaban ligeramente las manos; ni siquiera su costumbre de jugar con el anillo de sus padres podía calmarla. Sin embargo, debía transmitir mucha más confianza de la que sentía, ya que Linus esperaba



que pudiera darle alguna respuesta, alguna seguridad.

— ¿Qué está moviendo esta gente? — preguntó de nuevo él.

— No lo sé. Pero a lo mejor deberíamos volver al callejón a vigilar la casa de Vuklesio. No parecía que ese chico llevara allí demasiado tiempo.

— ¿En serio crees que alguien va a volver a por el cuerpo?

Se encogió de hombros.

— No pueden arriesgarse a dejarlo ahí y que empiece a oler.

— Sí que parecen bastante conformes con matar a alguien y tirarlo en un callejón.

— Ése no es el sitio donde lo van a abandonar.

Quizás su tono había sido un poco más duro de lo habitual, porque la expresión de Linus reflejó de repente cierto disgusto, que a ella le pasó desapercibido. Recorría con los ojos la calle en la que estaban, más estrecha que la de las mansiones e igualmente tranquila, y tanto silencio comenzaba a ponerla nerviosa. Parecía que el barrio estuviera tapado por una cúpula que lo aislaba del resto de Portosal, convirtiéndolo en una dimensión única que operaba bajo un conjunto de reglas especiales. En aquella dimensión, la gente aparecía y desaparecía por arte de birlibirloque y un hombre con un sombrero con una cinta de colores era el único que se movía a placer por allí. Oona se irguió porque aquel hombre se había transformado en realidad y caminaba por la calle de arriba, en dirección a la casa de Vuklesio.

Dio una corta carrera hasta la esquina, sin creer del todo lo que estaban viendo sus ojos. El hombre parecía muy seguro de que nadie lo observaba porque se movía de un modo muy distinto a las otras veces que lo había visto. Sus andares eran más rápidos, mantenía la vista baja la mayor parte del tiempo y no transmitía la misma sensación de saber exactamente lo que estaba haciendo y lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Pero Oona estaba casi convencida de que se encaminaba al callejón, que fue donde se paró.

Notó el aliento de Linus a su lado; estaba prácticamente conteniendo la respiración. Desde allí no tenían un punto de vista tan ventajoso, pero les permitió distinguir cómo el hombre se quitaba el sombrero, se lo llevaba momentáneamente al pecho mientras inclinaba la cabeza y, acto seguido, hacía un gesto circular con su mano libre, extendida hacia el interior del callejón. Se escuchó una detonación muy amortiguada, seguida de una columna de humo espeso que, sin embargo, tardó poco en disiparse.

Oona apenas podía moverse. Linus le había apretado el hombro con fuerza con una mano y era lo único que sentía con claridad. Pensó por un momento que deberían adentrarse de nuevo por la calle en la que estaban para que el hombre no los viera si volvía sobre sus pasos, pero era incapaz. Tampoco le hizo falta; el

desconocido se caló otra vez el sombrero y se marchó en dirección opuesta, dejándolos a ellos helados junto a la esquina. Repentinamente, ella reparó en que su anillo estaba frío en su dedo y notó también cómo su pie derecho sostenía casi todo su peso. Carraspeó ligeramente y se frotó la frente con la punta de los dedos, girándose para ver a un Linus que aún estaba entre sorprendido y asustado. Intentó hablar, con una voz que le salió más ronca de lo pretendido.

— Voy a ver qué era eso.

Linus asintió con la cabeza, pero no la siguió. Cautelosa, Oona caminó hacia el callejón.

Todo seguía tranquilo, incluida la casa de Vuklesio. Quedaban algunos jirones de humo flotando sobre el patio de la mansión de al lado, deshilachándose con la brisa que soplaba desde la colina.

Observó en su derredor antes de llegar a la entrada del callejón, con una sensación de cada vez mayor irrealidad que se incrementó al mirar hacia su interior y comprobar que el cuerpo del joven se había evaporado. No sabía si era eso lo que había hecho el hombre del sombrero, pero era la única explicación que se le ocurrió. No quedaba rastro de él, ni de la manta que lo cubría. Sólo se veía una sombra oscura en el suelo y aún permanecía un ligero olor a incienso. Su mente registraba lo que estaba viendo y lo que acababa de pasar, pero se resistía a procesarlo. Se obligó, aún así, a prestar atención a cualquier detalle, aunque dudaba de que fuera a recordarlos después. La sorpresa y el temor de Linus se le contagiaron. Sí volvió a su mente lo que Leshube le había contado sobre aquellos marineros supersticiosos y un escalofrío le recorrió la espalda. También escuchó unos pasos que se acercaban dubitativos. Supuso que sería Linus, y su presentimiento se confirmó al oler el cigarrillo que había estado fumando.

— Ha desaparecido — dijo él.

Oona comenzaba a salir de su estupor. Comprobó de un vistazo que las mansiones que flanqueaban el callejón continuaban silenciosas, aunque por un momento tuvo la sensación de que alguien los había observado desde la ventana de la casa a su derecha. Se volvió hacia Linus y le indicó con la cabeza que echaran a caminar. Regresaron al barrio del mercado en silencio; hasta les sorprendió ver a gente por la calle y escuchar a los comerciantes vendiendo su mercancía en la plaza. Lo que acababan de presenciar volvía del revés muchas de las cosas que creían comprender del mundo. A Oona le costaba concentrarse en el caso, en las pistas que debía seguir y en los pasos que tenía que dar a continuación. Si había un mago suelto por Portosal, tal vez los métodos habituales fueran fútiles.

En la plaza, Linus se despidió de ella. Todavía estaba impresionado y

murmuró que necesitaba estar solo. Ella, sin embargo, se dio cuenta de que eso era justo lo que no quería. Sabía que había una tetería en un extremo de la plaza, en dirección a la posada de Ryn, donde las chicas pasaban a menudo las horas. Estaba poco concurrida y aprovechaba un chaflán para colocar un par de mesas fuera, así que veía desde la calle si Grisda tomaba el sol con un té. Se había sentado dentro, sola, leyendo el diario que la asociación de gremios editaba semanalmente. Su vaso de barro aún humeaba.

— ¿Ha encontrado Frendo Arton nuevas maneras de loar sus éxitos? — comentó Oona a modo de saludo, esforzándose en sonar animada.

Cuando Grisda levantó los ojos de los papeles, sin embargo, estaba convencida de que había notado algo extraño en su voz.

— Es una lectura monótona, pero me sirve para matar el tiempo — frunció ligeramente el ceño al ver la cara con la que la semielfa se sentó frente a ella —. ¿De dónde vienes? Estás rara.

Ella se encogió de hombros, intentando quitarle importancia. Las palabras, no obstante, fallaban al formarse en sus labios. De repente, notaba el olor a incienso del callejón. Grisda había aprendido a leer sus expresiones y su lenguaje corporal, así que sabía que había pasado algo y que, en ese momento, Oona era incapaz de explicarlo. Levantó una mano, chasqueando los dedos para llamar al tabernero y pedir otro té negro con cáscara de naranja. Tardó poco en estar colocado en la mesa.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó.

Oona dio un sorbo a la bebida, caliente y aromática. Sus fosas nasales pasaron a estar inundadas por el olor cítrico del té, lo que, curiosamente, la hacía sentirse un poco mejor.

— ¿Te acuerdas de lo que nos dijo Leshube de los marineros que creían que habían traído un mago en el barco?

Grisda asintió. La husmeadora bebió otra vez, reticente a decir en alto que acababa de presenciar un acto mágico, pero no le hizo falta. La humana, de pronto, abrió mucho los ojos e, inclinándose sobre la mesa, le susurró:

— ¿Ese mago es real?

— Ese en concreto, no lo sé, pero desde luego hay un mago en Portosal.

Se desplazó con su taburete al lado de Grisda y, en voz baja, le contó su extraña experiencia en el Barrio Alto. Cuando explicó lo que había hecho el hombre del sombrero, ella le apretó una muñeca con fuerza.

— ¿Cómo es posible?

— Me encantaría saberlo.

— Es bastante diferente suponer que algo puede ser real a que te lo confirmen. Fue el turno de Oona de asentir. Colocó su otra mano sobre la de Grisda. Ésta

tenía la vista fija en su vaso de té y parecía cavilar si debía añadir algo más. Por un momento, se dejó caer hacia Oona, apoyando brevemente un hombro contra el suyo en un gesto de solidaridad, de que podía contar con ella. También le dijo, sin levantar la voz:

— ¿Sabes que mi abuela era bruja?

Oona arqueó las cejas, sorprendida.

— Bueno, no exactamente. Sabía qué hierbas utilizar para curar algunas enfermedades leves y también se le daba bien percibir qué preocupaba a la gente y darles consejos. Algunos en el pueblo creían que eso quería decir que veía el futuro, y mi abuela nunca lo desmintió. Todo el mundo la respetaba por ello.

— Pensaba que eras de Portosal.

Grisda esbozó la sombra de una sonrisa.

— Yo nací aquí, pero mis padres vinieron desde el este, desde Grolmedion.

La primera gran oleada de refugiados que recibió la ciudad antes de los labartinos. Sus condiciones de vida no fueron mucho mejores, pero no se les prohibió el acceso dentro de las murallas. Tampoco se les permitió nunca ascender en la escala social.

— Mi padre contaba muchas cosas de mi abuela — continuó Grisda —, y una de ellas era que, aunque no tenía poderes mágicos, había conocido en su juventud a alguien que sí los poseía. Era un chico joven que iba de pueblo en pueblo ganándose la vida como podía, ayudando en las cosechas, construyendo casas, hasta de vigía. Se quedaba una temporada y, a veces, utilizaba su magia a cambio de comida y alojamiento. Controlaba el agua. No podía hacer que lloviera, como muchos le pedían, pero sí tenía la capacidad de impedir que las corrientes se desviaran e inundaran los sembrados.

— ¿Y tu abuela llegó a conocerlo bien?

Grisda se encogió de hombros.

— Parece que se marchó antes de que nadie tuviera ocasión de comprobar que se llamaba como decía. Pero a mi abuela le impresionó. Le contaba a mi padre que hasta los hechizos más pequeños le costaban un mundo al chico, que luego estaba muy cansado y necesitaba reponerse.

— El hombre del sombrero no daba la impresión de estar agotado después de hacer desaparecer al chico muerto — intervino Oona.

— Te cuento lo que sé de los magos de campo.

La semielfa asintió y apretó la mano de Grisda que aún sostenía entre las suyas. Tal vez sí que el misterioso brujo tuviera que descansar después de sus hechizos, pero era más experto en conservar sus fuerzas. También se acordó de lo que la humana le había comentado por la mañana, que algunos portosalinos creían que entre los labartinos había magos, lo que le dio una idea.

— Grisda, ¿me acompañarías la campamento de la puerta norte?

— ¿Para qué? — respondió ella.

— Me vendría bien una mirada diferente.

— ¿Crees que yo puedo identificar a los brujos?

Grisda lo dijo en tono medio de burla, lo que agradó a Oona. Necesitaba de verdad un par de ojos externos, que no estuvieran tan metidos en la historia como los suyos. Y, en este caso, la presencia masculina de Linus podía resultar contraproducente. La semielfa le murmuró un “por supuesto”, también bromeando, y ambas se terminaron los té y salieron del local.

A Oona le pareció que el día tenía otro color, no sólo porque hubiera asistido a un evidente acto de magia. La presencia de Grisda la imbuía de una energía distinta; se dio cuenta según caminaban hacia la puerta norte por la parte más anodina de la ciudad. Linus estaba ayudándola mucho en aquella investigación, pero conocía a la humana mejor y desde hacía más tiempo, y la familiaridad con ella le permitía ser de otra manera. Observaba aquellas calles y aquellas gentes de otro modo, o quizás su mirada era la de siempre y eran ellos quienes habían cambiado. Algo extraño flotaba en el ambiente, una sensación que notaba en la yema de los dedos pero no conseguía explicar. Miró a Grisda, que echaba vistazos furtivos a su alrededor y acabó preguntándole, en voz baja:

— ¿Desde cuándo estamos en guerra?

Oona sacudió la cabeza. Era muy inusual que hubiera tantos guardias armados moviéndose en las proximidades de la puerta de la muralla, incluso en la norte, donde la vigilancia ya estaba reforzada diariamente. Se les veía más o menos relajados, pero estaban equipados con casco, cota de malla, escudo y lanza, además de la espada que llevaban habitualmente al cinturón, y más soldados a caballo se paseaban por el lado exterior del camino. Se les había ordenado incrementar la vigilancia y se aseguraban, más concienzudamente que de costumbre, de que los pocos viajeros que querían entrar eran inofensivos. Entre ese chequeo exhaustivo se incluía comprobar que no lucían ningún tatuaje identificativo en la cara interna del brazo.

Uno de los soldados de la puerta les dio al alto. Debía formar parte del destacamento de refuerzo porque la cota de malla le quedaba un poco grande, y estaba tomándose muy en serio su nueva misión. Si Oona había podido prácticamente escabullirse unos días antes para ir al campamento de los labartinos, ahora tendría que mentir mejor.

— ¿Dónde vais? — inquirió el guardia con voz impostada.

La semielfa notó que Grisda reprimía una risa y se apresuró a contestar.

— Al campamento. Somos sanadoras.

— A los humanos no se les permite entrar en el campamento.

Las dos mujeres se miraron fugazmente, extrañadas.

— No soy humana — repuso Oona jugando una carta que evitaba siempre que le era posible.

El guardia entrecerró los ojos y se puso a estudiar sus rasgos con intensidad. Para facilitarle el trabajo, ella giró la cabeza a un lado y al otro y levantó las manos delante de su cara, mostrándole el dorso. Por un momento, este pareció pensar que estaban riéndose de él, pero también se veía que la duda se había plantado en su mente. Así que se dirigió a Grisda y la señaló con un dedo acusador.

— Ella sí es humana y tiene que quedarse aquí.

— Es mi ayudante. La asociación de gremios me da permiso para tener una asistente que venga conmigo.

Era una mentira demasiado flagrante. Oona tragó saliva, observando las reacciones del guardia, pero su creencia de que dos mujeres no podían representar ninguna amenaza terminó por ganar su debate interior. Se hizo a un lado y las dejó pasar. La semielfa casi esperaba que les comentara algo mientras cruzaban la muralla, pero se quedó callado. Volvieron a encontrarse con guardias fuertemente armados en la entrada al campamento, que tampoco les dirigieron la palabra. Probablemente les pusieran más reparos a la salida.

— ¿Qué es eso de que a los humanos no les permiten entrar? — preguntó Grisda en voz baja.

— Hay un sanador elfo que viene por aquí de vez en cuando — respondió Oona.

— ¿Esto ha sido así siempre?

La semielfa lo dudaba. Algo estaba pasando, y quizás estuviera relacionado con el joven muerto en el callejón de la casa de Vuklesio.

Había esperado encontrar el campamento más silencioso que cuando lo visitó por primera vez pero, en vez de eso, muchos labartinos habían salido de sus tiendas y comentaban entre sí aquel aumento de la vigilancia. Se podían distinguir guardias a caballo patrullando por el bosque, rodeando todo el contorno del asentamiento, y se notaba cierta electricidad en el ambiente, la sensación de calma antes de que estallara la violencia. Parecía que los labartinos esperaban que, en cualquier momento, los soldados avasallaran el campamento con cualquier mala excusa.

Grisda y ella llamaban ligeramente la atención porque sus rostros eran desconocidos para los refugiados, pero les dedicaban, como mucho, miradas de reojo antes de volver a sus charlas tensas. Se internaron entre las tiendas en busca de la de Urdana, la madre de Gert. Oona veía más hombres que en la

anterior ocasión, aunque seguían siendo minoría, y se percató que muchos de ellos vestían los ropajes habituales de los chicos que se ganaban la vida cerca del puerto. En la plaza del templete que constituía el corazón del asentamiento había una mayor concentración de gente y se oían más cuchicheos. Algunas miradas allí eran más torvas. Probablemente, si hubiera más hombres de una cierta edad, la tensión habría estallado en unos cuantos gritos y, quizás, algún intento de confrontación con los guardias, pero las mujeres se mantenían a la expectativa, como sus hijos. Oona creyó identificar entre ellos a uno de los chicos del puerto con los que Linus y ella habían estado hablando por la mañana.

También vio a Urdana, que se acercaba a la plaza caminando con la cabeza gacha. Se cubría el cabello con el mismo pañuelo que cuando Oona la conoció y llevaba en la mano un ramillete de hierbas aromáticas, probablemente para dejarlas como ofrenda en el templete. Sin embargo, al ver a la semielfa se detuvo. Por un momento, ésta temió que echara a correr o, peor aún, que diera algún tipo de aviso que las pusiera en peligro. Nada de eso sucedió. Se quedó parada, esperando a que las dos visitantes se aproximaran a ella.

— Hola, Urdana - la saludó en el tono más cordial y, al mismo tiempo, respetuoso de que fue capaz.

La mujer señaló el ramillete que llevaba en la mano.

— Voy a pedir por Joyle.

— La acompañamos. ¿Le importa?

Urdana negó levemente con la cabeza. Las tres se dirigieron hacia el templete en silencio, y de la misma manera vieron cómo la labartina depositaba las hierbas en los escalones de madera y susurraba algo parecido a una plegaria, seguida de dos toques con la punta de los dedos en la frente y en el pecho.

— Tengo que volver con mi hijo

— ¿Cómo está? — quiso saber Oona.

La mujer pareció estudiar si la pregunta era sincera antes de contestar.

— Débil, pero su sanador le ha ayudado mucho.

— Me alegra oírlo — buscó sus ojos, esquivos, antes de continuar hablando —. Necesito hacerle algunas preguntas más sobre Gert, Urdana. Sé que no ha sido el único labartino que se ganaba la vida dentro de las murallas, y creo también que no es el único que ha acabado asesinado por ello.

Grisda la miró, sorprendida del tono que había utilizado. La otra mujer, simplemente, suspiró y les hizo ademán de que fueran con ella hacia un grupo de labartinas que hablaban en un rincón de la plaza. Habían estado observándolas de reojo y cesaron su conversación casi enseguida.

— ¿Qué es esto, Urdana? — inquirió una de ellas.

Oona notaba cómo las miradas se detenían en ella un poco más de lo que se

consideraría educado.

— Están intentando averiguar qué ha pasado con mi Gert. A lo mejor pueden ayudar con tu Hremen.

La que había hablado se encogió momentáneamente como si le hubieran dado un puñetazo. Se repuso con rapidez, pero su reacción no le pasó desapercibida a Oona.

— ¿Y qué van a saber ellas de Gert, o de Hremen, o de Broncar? — intervino otra.

— Queremos conocerlos, saber a qué se dedicaban para ayudar a sus familias. Queremos averiguar por qué los mataron y quién lo hizo — contestó la semielfa.

Las cinco mujeres se miraron entre sí. Parecían inseguras de si aquellas dos extrañas realmente hablaban en serio. No dejaban de fijarse en la melena de Grisda y en las manos de Oona, rasgos que las diferenciaban de ellas.

— Hemos hablado con otros chicos de Portosal que los conocían, pero sólo nos han contado una parte de sus historias. La que más nos interesa sólo nos la pueden contar ustedes.

Las miradas entre ellas continuaban indecisas. Oona dudaba en si desvelarles algo más. Realmente, sabía tan poco como al principio y no estaba segura de que eso las convenciera de confiar en ella.

— Gert vino a esconderse con nosotras.

Grisda había hablado en tono tan bajo, que la semielfa pensó por un momento que no la había oído. Las labartinas clavaron sus ojos en ella, interesadas, y la mujer miró fugazmente a Oona antes de continuar.

— Pasó la noche en la posada en la que trabajo, pero no pudimos ayudarle. Tenía demasiado miedo para explicar qué ocurría.

Fue la semielfa quien tomó el relevo al darse cuenta de que las cinco refugiadas les prestaban mucha más atención que antes.

— Cuando volvió, ya era demasiado tarde. Murió en la puerta de la posada. Y llevaba esto en los bolsillos.

Oona extendió una mano y les enseñó la moneda que le había quitado a Gert de sus ropas. Urdana escondió el rostro en las manos mientras otra de las mujeres le rodeaba los hombros con el brazo. La que le había preguntado al principio de qué iba aquello, la más delgada de todas y la que tenía una mirada más inquisitiva, frunció el ceño al ver la moneda.

— ¿De dónde la has sacado? — preguntó.

— Gert la guardaba en un bolsillo, ya os lo he dicho.

— ¿No sabes lo que es?

Oona negó con la cabeza. La mujer que estaba consolando a Urdana respondió.



— Es un amuleto contra los malos espíritus. Se los damos a los niños cuando son lo suficientemente mayores para trabajar.

— ¿Todas las familias lo tienen?

Fue Urdana quien contestó ahora, secándose las lágrimas con la yema de los dedos.

— Los clérigos de Mosena nos los dieron para que nos protegieran cuando nos marchamos de Labarta, y yo se lo di a Gert cuando empezó a ir dentro de las murallas.

“Funcionó a las mil maravillas”, pensó Oona, aunque se arrepintió enseguida de que esa idea se le hubiera cruzado por la mente.

— ¿Todos vuestros hijos llevan esos amuletos cuando entran en la ciudad?

Las cinco asintieron. Oona sacó la moneda que había encontrado escondida en la ropa del chico del callejón y se la enseñó. Esperaba incitar alguna reacción en ellas, así que les explicó de dónde la había sacado. Varias de ellas se persignaron con los mismos toques en la frente y el pecho que Urdana había hecho antes y en las demás notó que crecía un sentimiento más de indignación que de tristeza.

— ¿Qué hacen todo estos soldados dando vueltas por aquí cuando son nuestros chicos los que están muriendo? — masculló la primera mujer que había hablado — Los utilizan y luego los tiran a la basura.

Oona se dirigió directamente a ella.

— ¿A qué se dedican vuestros hijos en la ciudad?

La labartina tomó aire como si intentara calmarse. Sus compañeras parecían haber adoptado expresiones resignadas, las de personas que se han acostumbrado a padecer sufrimientos sin más.

— Vuestros hombres vienen aquí a buscar gente que les haga el trabajo sucio que ellos no quieren hacer, todo lo que sea peligroso o ilegal. Nosotros no tenemos nada y les prometen que les darán dinero y comida. Y los acaban matando.

— No son nuestros hombres — intervino Grisda, a lo que la mujer respondió encogiéndose de hombros.

— Hremen me contó una vez lo que llevaba de una punta a otra de la ciudad y no era más que sal. ¿Quién quería matar a mi hijo porque se dedicaba a transportar sal?

Oona se quedó callada. Guardó los dos amuletos en su bolsillo, confusa pero, al mismo tiempo, con el germen de una idea formándose en su cabeza.

— ¿En qué pagaban a Hremen? ¿Dinero?

— Venía con una bolsa con monedas de cobre.

— ¿Cómo era esa bolsa?

La labartina debía pensar que estaba mal de la cabeza porque adoptó la

expresión más desconfiada que había visto hasta entonces. Oona la miró impertérrita, confiando en no haber perdido el poco terreno ganado con ellas. Finalmente, la mujer le contestó, aunque con extrañeza.

— Era de tela, de ésas bastas de saco.

La semielfa notó que Grisda le preguntaba con los ojos a qué se estaba refiriendo, pero ella simplemente negó con un pequeño gesto de la cabeza.

— ¿Nunca le pagaron en especias, aparte de esa vez que trajo sal?

Otra de las mujeres intervino de repente. Su voz era tan grave, que todas se giraron hacia ella.

— A Broncar le dieron una vez un odre de agua, unas frutas raras y pescado seco.

— Esas frutas raras eran las que Gert quería conseguir para Joyle — susurró Urdana.

— ¿Y cuán a menudo volvían vuestros hijos con comida en lugar de dinero?

Las labartinas no entendían por qué Oona quería saber aquellas cosas, pero siguieron contestando a sus preguntas. Los jóvenes obtenían más a menudo pago en especias que monedas. Éstas sólo las conseguían si pasaban más tiempo dentro de las murallas y, a veces, regresaban con unas marcas oscuras en los brazos o en la cara que se resistían a explicar. Tal vez aquella sal fuera otra sustancia, peligrosa y volátil. Cuál y para qué la querían los comerciantes era la gran cuestión, porque Oona ya estaba convencida de que Frendo Arton y los demás estaban detrás de aquel extraño contrabando. Pero, si no se hacía para eludir pagar a los gremios y ellos lo impulsaban y dirigían, ¿a qué venía tanto secretismo?

Se quedaron aún un poco más hablando con aquellas mujeres. La calma tensa se seguía respirando en el campamento, aunque los soldados que patrullaban su perímetro no daban muestras de pretender entrar en él. Verlos a caballo con sus lanzas y sus cotas de malla era suficiente motivo para alterar los ánimos. Además, para ellas eran recordatorios de la guerra de la que habían huido.

— Nosotras hemos asumido que quizás no vayamos a regresar nunca a Labarta — explicaba una mujer enjuta que, como Oona, jugaba con su anillo mientras hablaba —. Nuestros hijos lo tienen más difícil para aceptarlo.

— Hremen no quería marcharse.

Las labartinas asintieron, mirándose entre ellas.

— Querían quedarse a luchar. Rostiman quería vengar a su padre, ¿pero qué podría haber hecho él? Eran demasiados.

Grisda y Oona las escuchaban casi sin intervenir. Las cinco recordaban cómo habían escapado de Labarta de noche, ayudadas por los pocos clérigos de Mosená que quedaban en la ciudad, arrastrando prácticamente a sus hijos con

ellas, y echando a andar hacia Portosal sin más armas que bastones y utensilios de cocina. La madre de Broncar las hizo reír al contar cómo habían impedido que un par de bandoleros asaltaran su lastimera comitiva al lanzarle a uno una cuchara que le acertó debajo de un ojo. En medio de la noche, el ladrón pensó que le atacaban con dardos. Las risas se mezclaban con miradas de tristeza y algunos suspiros. La madre de Hremen dejó escapar el más profundo de todos.

— Ojalá volviera de verdad el príncipe.

A Oona le pareció una frase inusual, pero no le dio mayor importancia. Carraspeó y se despidió de todas.

Ni ella ni Grisda pronunciaron palabra mientras caminaban hacia la puerta del asentamiento. Giraba con el pulgar el anillo de sus padres, perdida en su propia cabeza, hasta el punto de que casi no notó que Grisda le ponía una mano en el hombro.

— Todo esto es terrible — dijo.

Oona le apretó la mano con una de las suyas. Regresaron al interior de la muralla en silencio, saludadas por miradas poco amables de los guardias. Conforme fueron alejándose del campamento, recobraron las ganas de hablar.

— Te confieso que se me escapa de qué va esto — apuntó Grisda.

— Yo me hago una idea, pero tampoco entiendo nada. Los comerciantes están metiendo mercancía de contrabando en Portosal, creo que está claro. Probablemente sea esa sal que parece normal. Aunque, si hasta la asociación de gremios está en el ajo, me gustaría saber a qué viene tanto secretismo y tanto afán por matar gente.

— Tú eres la husmeadora.

— Como si me sirviera de algo.

Una leve sonrisa se asomó a los labios de Grisda para, acto seguido, desaparecer y preguntarse en voz alta:

— ¿Qué quería decir aquella mujer con lo del príncipe?

— ¿Cómo?

— La labartina. Dijo que ojalá volviera el príncipe. ¿De qué estaba hablando?

Oona se encogió de hombros. Volvían a la posada por las mismas calles que antes, pero de repente estaban mucho más concurridas. La misma electricidad extraña que habían notado cerca del campamento se percibía allí.

La semielfa echó un vistazo a su alrededor. Había pequeños grupos de gente que se encaminaban hacia el mercado, del que sólo las separaban unas pocas manzanas, y parecían agitados. Miró a Grisda, que captó enseguida lo que pretendía hacer. Las dos pasaron la taberna de largo y no se detuvieron hasta que llegaron a la calle anterior a la plaza del mercado. Los vecinos se habían concentrado allí, por lo que resultaba difícil ver qué estaba pasando. Oona

distinguió el bigote perfectamente recortado de Trentelio en medio de la gente. Merecía la pena intentarlo.

— No tengo nada que contarte — fue el saludo del guardia cuando la vio acercarse.

Ella levantó las manos con gesto conciliador.

— Sólo quiero preguntarte qué está pasando aquí. Parece que estén regalando dinero.

— Puñaladas, eso es lo que están regalando.

Oona notó cómo su corazón se aceleraba.

— Qué me dices.

— Como lo oyes.

— ¿Quién ha muerto? ¿Lo conoces? — lo inquirió pensando que sería otro de aquellos chicos de la calle que hacían de recaderos, pero la mirada que le dirigió Trentelio todavía desbocó más su pulso.

— Es el hijo de Mirza, el vendedor de aceite.

Aquello era un giro inesperado. Esta vez, sin embargo, la semielfa no dejó que la sorpresa le impidiera hacer bien su trabajo. Le urgía saber cómo había muerto aquel chico y necesitaba ver su cadáver, aunque Trentelio fuera el principal obstáculo para conseguir ambas cosas. Se despidió de él, procurando adentrarse entre la multitud sin que los otros guardias se percataran de adónde iba. Aún no había tanta gente reunida como para que fuera imposible avanzar, así que consiguió aproximarse lo suficiente a la esquina donde yacía el joven.

Estaba tumbado de espaldas, dejando a la vista una gran mancha roja en su abdomen. Era delgado y apenas habría cumplido la mayoría de edad; desde luego, no había comenzado aún a ayudar en serio a su padre en el negocio porque iba vestido con unos calzones oscuros y un jubón amarillento, como si fuera más un mozo de almacén que su futuro propietario. No llevaba abrigo, así que debía haber salido a la calle sólo por un momento cuando lo apuñalaron. Oona se fijó también que tenía una mano cerrada en un puño. Los dedos se habían aflojado y creyó distinguir un resplandor metálico en la palma.

Desde aquella distancia, era poco lo que podía averiguar. Se hacía una idea general de lo que había pasado, pero necesitaba más. Volvió donde estaba Grisda, que hablaba con dos hombres con expresión preocupada sobre lo que acababa de ocurrir.

— Ni cuando el puerto rebosa de marineros borrachos aparece muerto un chico al lado del mercado — estaba comentando uno de ellos.

— Desde que llegaron los labartinos, esta ciudad está irreconocible.

Oona estuvo a punto de inmiscuirse en la conversación para apostillar con ironía que sí, era verdad, el enorme templo que les habían construido a los

labartinos a las afueras de la muralla había cambiado por completo la fisonomía de Portosal, pero Grisda le lanzó una mirada que le hizo morderse la lengua. En su lugar, saludó con un escueto “buenas” y le preguntó a la humana si podían irse.

— Por supuesto, discúlpeme — se excusó ella ante sus interlocutores.

Las dos se alejaron lo suficiente de la muchedumbre para hablar con cierta libertad. Intercambiaron la información que habían obtenido, aunque Grisda sólo había escuchado reproches hacia los refugiados y quejas de que los guardias de la ciudad pasaban más tiempo en las tabernas que en las calles.

— Creo que debería volver a la posada. Ya se ha pasado la hora de comer y, con todo este revuelo, las chicas estarán nerviosas. ¿Qué vas a hacer tú?

Oona miró un momento de nuevo hacia el mercado, a tiempo para encontrarse otra vez con la silueta perfectamente compuesta de Trentelio, que caminaba hacia ellas con aquel aire de autoridad que tanto la sacaba de quicio.

— Oona, tienes que venir conmigo.

— ¿Para?

Una irreprimible risita se le escapó al guardia al responderle:

— Te acaba de caer el muerto.

Cuando salió del edificio de la asociación de gremios, Oona se sentía entre indignada y aliviada. Lo primero, porque a nadie le habían importado las muertes de aquellos chicos sin techo hasta que el asesinado había sido el hijo de un mercader; lo segundo, porque ahora podía investigar libremente, al menos, una parte del embrollo. Mientras Frendo Arton le encargaba que averiguara quién había matado a Rashan, que así se llamaba el joven, ella se sintió tentada de preguntarle, a bocajarro, por ese misterioso Drunn que poseía el barco incendiado en el puerto, o por los correos que llevaban una sal extraña en medio de la noche, o por los negocios ilegales que encargaban a los labartinos del campamento. En su lugar, mientras veía cómo Arton, muy serio, explicaba que Portosal no podía permitirse ese tipo de actividades criminales, adoptó una expresión neutra y, en su mente, perfectamente profesional. Quizás algo delatara que deseaba afearle algunas de las cosas que estaba exponiendo, porque el mercader quiso saber varias veces si comprendía sus palabras. Oona asentía con la cabeza, acrecentando su cara de concentración.

Finalmente, Arton le había entregado una pequeña bolsa de monedas de cobre como adelanto por sus servicios y se había despedido recordándole que aquello era importante.

— Nunca me has decepcionado, así que confío en que podrás resolver esto rápido.

Ella dijo, con más vehemencia de la pretendida, que por supuesto que lo haría. Tampoco le preguntó por qué le estaba encargando aquello a ella en lugar de a los guardias de la ciudad, aunque se imaginaba la respuesta.

En la puerta de la asociación, miró un momento a la gente que se movía entre los puestos. Creía notar algo de nerviosismo, y también se dio cuenta de que en la columna rota del centro no había nadie sentado en sus escalones. Era el momento de quedarse a cubierto. Acariciando el anillo de sus padres, se encaminó hacia los puestos para comprar algo de comer. Después, iría a ver a un compañero de Trentelio que le había echado una mano cuando ella vivía en la calle y al que recurría, en ocasiones, si necesitaba información adicional sobre alguno de los encargos de Arton. A aquella hora solía aposentarse en una de las tabernas del puerto menos concurridas, a alimentarse y a echar parte de la tarde charlando con los parroquianos. Era una buena táctica para congraciarse con ellos, si le hacía falta, y para enterarse de lo que se cocía por allí. A Oona no le

sonaba que ningún otro guardia se molestara en conocer mejor a quienes se suponía que debía servir.

Masticando todavía el último pedazo de coca de tomates secos y cebolla que había comido, la semielfa entró en el establecimiento. Decorado con grandes faroles de aceite, era de los pocos que sólo tenía una planta y que disponía de un pequeño horno de carbón. El ritmo de su clientela también iba al revés que el resto de tabernas, porque tenía más afluencia de público a mediodía que durante las borracheras nocturnas.

Seguramente, por eso lo había elegido Kaenan para establecer su segunda oficina. Oona lo encontró acodado en la barra. Era alto y con una complexión que le hacía dudar si no habría algún antepasado elfo en su árbol genealógico. El guardia, que ya peinaba canas, comentaba con el posadero el revuelo armado por el asesinato del hijo de Mirza, pero se detuvo al ver que Oona se colocaba a su lado.

— Qué ven mis ojos. Mi husmeadora favorita.

La saludó con genuino afecto y una gran sonrisa. Ella sabía que, de algún modo, Kaenan consideraba que había tenido parte de culpa en que dejara de sobrevivir en la calle.

— Cómo estás, Kaenan? ¿Qué se comenta por aquí?

— Creo que sabes bien de lo único que se habla desde esta mañana. Por eso estás aquí, ¿no? ¿Arton quiere que encuentres al asesino?

— Eso creí entenderle.

El guardia captó la ironía en su voz. Sonriendo de nuevo, le pidió al posadero dos vasos de vino y se acomodó en la barra, observándola de arriba a abajo. Preguntó:

— ¿Has podido ver el cuerpo?

Oona negó con la cabeza.

— Había poco que ver, para serte sincero — contestó él —. Le habían asestado tres puñaladas en el abdomen, probablemente con una hoja larga. Nadie vio nada porque Rashan no fue atacado en la esquina donde lo encontraron, sino en algún callejón cercano. Algunos tenderos lo vieron tambalearse hasta llegar allí.

— ¿No se fijaron si lo seguía alguien?

— Parece que no. De ahí el nerviosismo. Si hubieran visto una reyerta, ya tenían una explicación a lo ocurrido. Que un hombre se desplome de repente muerto en la calle es otra historia.

Oona lo escuchaba concentrada. Quería preguntarle por aquel resplandor que había visto en la mano del fallecido, pero temía tener que contarle por qué le interesaba, así que buscó una manera indirecta de hacerlo.

— Me fijé en que iba sin abrigo ni capa.

— Sí, el almacén de su padre no está lejos de donde murió. Allí nos han dicho que estuvo trabajando toda la mañana, por lo que debieron atacarlo entre el almacén y el mercado.

— ¿Llevaba algo en los bolsillos, algo que indicara si, a lo mejor, quisieron atracarlo?

— Nada. Sólo una moneda de plata agarrada en una mano.

Se sintió un poco decepcionada por aquella respuesta, aunque tampoco sabía muy bien por qué. Oona le dio un sorbo al vino, más seco que el que Ryn solía servir.

— ¿Puedes contarme algo sobre el padre?

— No es el vendedor de aceite más exitoso, pero tampoco es el peor — contestó Kaenan — Tiene buena reputación en su gremio, es de esos que evitan buscar conflictos innecesarios y, según dicen, no se presta a estratagemas turbias para ganar más dinero. Tampoco es que el aceite sea el negocio más atrayente para los tipos que se dedican a las estratagemas, pero nunca se sabe.

— No, desde luego que no.

— Sobre el hijo, apenas sé nada. Llevaba poco tiempo ayudando a su padre.

— ¿Qué había hecho antes?

— Sospecho que estar en casa y obedecer a su madre. Era muy joven aún.

Oona bebió de nuevo. Le parecía extraño que Rashan hubiera sido apuñalado por ser un dechado de virtudes. Por un momento, ocupar su cerebro en aquel enigma concreto le había hecho olvidar lo que Linus y ella habían visto aquella mañana.

Linus. Tal vez debería buscarlo para comprobar cómo estaba. Se terminó el vino y se despidió de Kaenan con la promesa de mantener el contacto más a menudo. Se estrecharon las manos como los profesionales que eran y Oona salió hacia la calle. Había decidido ver si encontraba a Linus en el puerto. Se preocupaba por él, lo que no se le habría ocurrido que fuera posible cuando lo echó aquella noche de la posada de Ryn.

El paseo marítimo estaba menos concurrido que en los días anteriores, así que era un poco más sencillo observar a la gente. Distinguió a un par de viejos conocidos, dos de aquellos chicos de la calle con los que había hablado de Gert, que daban la sensación de no estar buscando ningún trabajo en aquel momento. Como ella, estudiaban a los paseantes, más para identificar posibles amenazas que guardias que fueran a encargarles algún trabajo.

Oona se dedicó a deambular por el puerto, pero no encontró a Linus. Optó entonces por visitar a Mirza en su almacén de aceite, aunque le daba la impresión de que lo que le contara sobre su hijo iba a valer de bien poco. Y



acertó.

El almacén era una planta baja alargada, construida en una mezcla de ladrillo y madera, con un interior casi en permanente penumbra para preservar la calidad del aceite, almacenado en ánforas que le llegaban a Oona por el hombro. Rashan era hijo único y el heredero del negocio cuando su padre muriera. Había, a primera vista, pocas razones para que alguien quisiera verlo muerto porque Mirza, además, formaba parte de la plebe de los mercaderes; ganaba lo suficiente para que su familia viviera sin apreturas, pero la mansión en el Barrio Alto estaba lejos de lo que podía permitirse. De Rashan, como era de esperar, su padre desconocía vicios o malas compañías. Oona tendría que comprobarlo por su cuenta.

Con toda aquella información, regresó a la taberna de Ryn justo a tiempo para que comenzaran a llegar los primeros clientes, y le sorprendió que Linus fuera uno de ellos. Estaba sentado en una mesa cerca de la barra, con un vaso que Oona estaba bastante segura de que contenía una bebida diferente al vino. El ladrón lo levantó a modo de saludo cuando ella se dejó caer en el taburete frente a él.

— Menudo día, ¿no te parece?

La semielfa permaneció callada. Linus había dado un buen trago y se quedó mirando el vaso después. Oona no tenía claro cuán borracho iba, o si lo estaba. Él pareció leerle el pensamiento.

— No he bebido tanto como para perder el control de mi lengua, no te preocupes.

— Me preocupa otra cosa.

Linus la miró. Se frotó los ojos con el dorso de la mano y siguió hablando.

— Pensaba que había visto buena parte de lo que Portosal podía ofrecer, pero lo había calculado mal. ¿Cómo puede ser que todo se ponga del revés en un solo día?

Oona le cogió la mano que tenía apoyada sobre la mesa. Se la apretó brevemente antes de soltarla, cosa que Linus agradeció esbozando una sonrisa torcida.

— ¿Qué has hecho desde que te dejé en el mercado? — quiso saber él — ¿Has visto más muertos hoy? Porque yo sí.

— ¿Estabas por allí cuando encontraron al hijo del mercader de aceite?

Linus adoptó una mirada de extrañeza tal, que Oona notó de nuevo la sangre latiendo demasiado rápido en sus sienes. “¿Quién más ha muerto?”, añadió.

— Otro labartino, en un callejón del puerto. Lo encontré un vagabundo que empezó a gritarlo a todo aquél que estuviera cerca, así que fui a verlo. Lo habían apuñalado.

— ¿En el abdomen?

— Sí, varias veces. Me dio tiempo a registrarlo antes de que aparecieran sus compañeros callejeros y encontré esto en uno de sus bolsillos.

Linus tendió una mano abierta con una medalla de Mosená. Oona la cogió, dando unos golpecitos en la mesa con ella. La expresión de él había cambiado. Se había dado cuenta de que ella estaba pensando en algo y sentía curiosidad.

— Te veo muy tranquila para haber sido testigo esta mañana de lo que sólo puede describirse como un acto de magia.

— He estado ocupada.

Oona notaba los ojos de Linus clavados en ella, como esperando más explicaciones. Con un gesto de resignación, le contó el giro que había dado su día.

— Frendo Arton me ha contratado para que encuentre a quien mató a Rashan. Que pinta difícil porque su padre está tan abajo en la pirámide de los mercaderes, que ya me dirás quién va a fijarse en él para utilizar a su hijo para chantajearlo, o presionarlo, o amenazarlo. Los testigos disponibles sólo lo vieron caer muerto en el mercado y el chico no había tenido tiempo de ganarse enemigos. A simple vista, pinta mal.

— A simple vista, dices.

Ella adoptó una expresión entre misteriosa y divertida y bebió un trago del vaso de Linus. Aquello era más fuerte que el vino, desde luego. A su alrededor, el ambiente en la posada iba animándose sin que los músicos hubieran llegado aún. La mirada que el ladronzuelo le dedicaba también se estaba volviendo más cálida.

— Ya sé que me has contado cómo acabaste haciendo trabajos para Arton y esa panda de buitres, pero te prometo que no deja de sorprenderme. ¿Alguna vez te habían pedido que encontraras a un asesino?

— Eso es una novedad.

Linus movió la cabeza con fuerza arriba y abajo y vació su bebida. La dejó sobre la mesa con un golpe un poco más duro de lo que pretendía.

— Vine a Portosal porque en mi aldea sólo veía caminos embarrados, cosechas que se malograban y gente demasiado terca para darse cuenta de que estaban peleando contra una maldición.

Ahora fue Oona la que preguntó, con cierta socarronería:

— ¿Una maldición?

Linus descartó su puya agitando la mano en su dirección.

— Es una metáfora — dijo, con una lengua que empezaba a trabarse —. El caso es que sabía que venir aquí iba a ser difícil. Estaba preparado para robar, que es a lo que he tenido que recurrir, y estaba hecho a la idea de que Portosal es

poco acogedora. Pero que se desvanezcan chicos muertos así, sin más, y que mueran todos esos chavales sin que a nadie le importe... Creo que voy un poco borracho.

Oona arqueó las cejas, lo que motivó una sonrisa del hombre. Se quedaron callados un momento, mirándose y, también, dejándose llevar por las voces y las risas que se escuchaban a su alrededor. De entre todas ellas, de repente, se escuchó claramente una que, con tono de hastío, le gritaba a alguien:

— ¿Queréis dejarme en paz? No soy ese tal Drunn ni conozco a nadie con ese nombre.

Oona se giró y se encontró al enano pelirrojo que había visto anteriormente, el que creían que estaba de aventura primaveral, encarándose con un humano que ni siquiera se había quitado la capa al entrar. Estaban cerca de ellos, pero el ruido de la taberna le impedía distinguir lo que el hombre estaba diciendo. Sí quedaba claro que el enano estaba enfadado. Ella se levantó y se dirigió hacia él antes de que lo hiciera Ashorte, que ya le había echado una mirada de advertencia desde la barra.

— Cállese, señor. ¿Qué está pasando? — preguntó con tranquilidad.

— Estos humanos creen que todos los que no se parecen a ellos son iguales.

— Ya le he dicho que lo siento — repuso el hombre de la capa levantando las manos.

Oona se volvió hacia él.

— ¿Qué sientes?

— Me han pedido que le dé un mensaje a un tal Drunn, pero sólo me han dicho que es un enano, y se ven pocos de éstos por aquí.

Ella captó el tono de desprecio subyacente en aquella frase, pero lo dejó pasar.

— ¿Qué mensaje tienes que darle?

— Si eres Drunn, te lo puedo decir.

— No lo soy, pero vas a decírmelo de todos modos.

El hombre resopló y se cruzó de hombros. “Sólo puedo dárselo a él”, aseguró. Oona probó con otra pregunta:

— Vale. ¿Quién te ha encargado que le des ese mensaje?

Su interlocutor ponderó por un momento si debía desvelar esa información, que no consideró que fuera tan crucial porque respondió:

— Un guardia alto, con bigote.

Qué raro que Trentelio estuviera metido en aquél asunto, pensó Oona con ironía. Dejó marcharse al hombre e invitó al enano a que se sentara a la mesa con Linus y ella para que se calmara, y para sonsacarle sobre aquella confusión de identidad.

— Si me cuenta qué ha pasado, ¿volverá a enfadarse? ¿Cuál es su nombre?

El desconocido la miró de frente por primera vez. Ella vio en sus ojos el breve flash de reconocimiento de que, como él, tampoco era humana y pareció relajarse.

— Diefner — contestó.

— Estupendo, Diefner, yo soy Oona, y éste de aquí es Linus. ¿Puede contarme qué es eso de que le preguntan si es Drunn?

Vio cómo Linus se erguía en su asiento.

— Desde ayer, cada dos por tres se me acerca alguien queriendo saber si soy Drunn — explicó Diefner —. Me dicen que tienen que darme un mensaje y, cuando les respondo que no sé de qué me están hablando, todos se quedan como si fuera la primera vez que oyeran hablar a un enano.

— ¿Por qué creen que usted es Drunn? ¿Porque es un enano?

— Eso parece. Supongo que han visto pocos de los míos en Portosal y creen que, si yo estoy en la ciudad y les han dicho que ese tal Drunn es un enano, por fuerza tengo que ser yo. Ni se les pasa por cabeza que se hayan equivocado.

— ¿Ha llegado a escuchar ese mensaje?

Diefner negó con la cabeza.

— Casi todos ponen cara de confusión y se marchan. Sólo hubo uno que murmuró algo de que cuántos enanos se suponía que tenían negocios en el puerto.

— ¿Y hay más enanos, aparte de usted, en Portosal? — inquirió de pronto Linus.

— Conmigo no vino nadie más. Si ustedes no los conocen, menos voy a hacerlo yo.

Se quedaron un rato más hablando con Diefner, quien efectivamente se encontraba en medio de su aventura primaveral (aunque fuera a finales del verano) y se había quedado en Portosal ante la imposibilidad de continuar hacia el norte por la guerra en Labarta. Estaba alojado en una posada en el barrio del mercado y, por un momento, se le había ocurrido buscar un pasaje en un barco con destino por decidir. Todavía no lo había descartado.

Cuando se marchó, Oona añadió una nueva tarea a la lista de preguntas necesitadas de respuesta. Debía averiguar quién era Drunn.

Al día siguiente, Oona dividió esfuerzos. Linus se fue a su hábitat más habitual, el puerto, a preguntar si alguien había visto a Drunn. Grisda se había ido con Arina a la explanada del templo del Barrio Alto a intentar averiguar discretamente si el mercader misterioso vivía por allí. La semielfa, por su parte, se quedó en el mercado con la idea de matar dos pájaros de un tiro. Quería reconstruir los últimos pasos de Rashan antes de su muerte; si, de paso, se enteraba de algo nuevo sobre la identidad de Drunn, tanto mejor.

El almacén de aceite del padre se encontraba en el camino hacia la puerta sur, a apenas dos manzanas de la plaza del mercado. Si Rashan salió a hacer algo allí, tenía sentido que lo hubiera hecho en mangas de camisa. El trayecto era bastante recto para el barrio del mercado y las calles, un poco más anchas de lo normal para acomodar los carros que podían transitarlas. Se veían algunos transeúntes y Oona se dio cuenta de que había un par de callejones en los que el asesino podía haber esperado a Rashan. Aquella parte del barrio era curiosa porque, pese a que estaba próxima al puerto, apenas se notaba el ajetreo que solía haber en él y no era la ruta más concurrida para llevar mercancías a la venta. Y eso que los almacenes ocupaban la mayoría de los edificios.

Fue caminando sin prisa, fijándose en cualquier cosa que pudiera estar fuera de lugar, cuando en la entrada de uno de esos callejones distinguió lo que parecía una manta. Hasta que no estuvo delante no se dio cuenta de que, en realidad, era una capa que llevaba poco tiempo allí, porque estaba limpia. A excepción de una mancha de sangre en su interior. Oona miró a su alrededor. Había más sangre en el callejón, así que acababa de encontrar el lugar donde habían apuñalado a Rashan. También su padre había sido atacado de una manera similar; pero enterró aquel pensamiento en las profundidades de su cerebro. Era el momento más inapropiado.

Oona tomó aire y se fijó en el rastro de sangre que salía del callejón y marcaba el camino por el que el joven había dado tumbos hasta desplomarse. El asalto se había producido a unos pocos centenares de metros del mercado. Rashan había buscado las casas de un lateral de la plaza para apoyarse en ellas, y así había conseguido llegar hasta la esquina donde los tenderos habían dado ya aviso a los guardias. Éstos ya habrían hablado con ellos, pero Oona quería probar suerte.

En aquella parte de la plaza vendían pescado seco y herramientas de madera. Eran puestos populares, así que sus propietarios no se habían enterado de nada

hasta que algunos clientes no empezaron a avisar de que había un hombre en el suelo que parecía herido. Uno de los tenderos, sin embargo, sí dijo algo en lo que Oona estuvo un rato pensando; Rashan estaba tan delgado, que daba la impresión a veces de vivir en la calle. Quienes lo conocían, a él o a su padre, afirmaban de todos modos que siempre lo veían ocupado con cosas del negocio familiar. Si tenía algo aparte que justificara su asesinato, lo desconocían.

Viendo que sacaba poco en claro por ese lado, la semielfa se recorrió buena parte del resto del mercado preguntando no sólo por el hijo de Mirza, sino también por Drunn. Las respuestas eran muy similares en ambos casos: del primero sólo habían oído cosas buenas y quienes trataban con el padre lo tenían en gran estima; del segundo sólo recibía miradas confusas.

— ¿Drunn? Suena a nombre enano, ¿no? No sé qué se les puede haber perdido a alguno de ellos por aquí.

Esa era la otra contestación más común. A Oona no le importaba charlar con la gente para obtener información, aunque a veces la “saludaran” caras de cierta desaprobación si se daban cuenta de quién era y se encontrara, además, con tenderos que le traían recuerdos desagradables de su infancia. Y eso que ya no quedaban puestos que vendieran piezas fabricadas con corcho. El que tuvo su padre solía ser uno cerca de la columna central que ahora exhibía velas de cera. Quizás por eso había estado dándole vueltas al anillo, más que porque la ayudara a concentrarse.

Sonsacarle a la gente información que no era consciente que tenía era algo que le funcionaba en pocas ocasiones. Todavía estaba aprendiendo a dirigir conversaciones de tal manera, que los testigos o sospechosos le contaran lo que le interesaba sin darse cuenta realmente de que lo hacían, aunque en el mercado era más o menos sencillo. Los tenderos se pasaban muchas horas de pie, mirando a la gente que se paseaba por la plaza. Era habitual que echaran el rato hablando con su vecino de puesto, muchas veces de rumores y cotilleos con poco fundamento, pero acababan enterándose de algunas cosas con potencial para resultar útiles. Eso ocurrió con un vendedor de frascas y jarras de duro vidrio verde traídas desde el sur. Montaba su tienda en el extremo en dirección al puerto y, cuando Oona dejó caer el nombre de Drunn, sí que le sonaba.

— Eres la cuarta persona que pregunta por él en los últimos días.

— ¿Sabes para qué?

— Pues no, pero tengo mucha curiosidad, porque parece ser un tipo muy popular.

— ¿Te han descrito cómo es?

— Realmente, no. Sólo me preguntan que si conozco a un comerciante que se llama Drunn. Ni sé lo que vende.

Oona se rascó una sien, pensativa.

— Y además de mí, ¿quién más ha estado preguntando por él? ¿Los conocías?

— De vista. Dos de ellos eran guardias que he visto por aquí y el tercero era un tipo muy peculiar, que viene por el mercado pero nunca compra nada.

La semielfa se puso en alerta. ¿Sería el mago misterioso del sombrero con la cinta de colores? El tendero corroboró su hipótesis y añadió:

— Quería saber si yo lo había visto alguna vez, o si alguien me había hablado de él. También me dijo que, si me lo encontraba, tenía que recordarle que visitara Thallene.

Aquella palabra provocó que Oona tragara saliva. Acababa de recordar lo que querían decir los símbolos élficos grabados en la proa del barco incendiado: noche en el mar, que en su idioma se expresaba en una única palabra: thallene. Que, además, tenía una derivación, thallina, que significaba sal. Inquirió si el hombre del sombrero dio su nombre al tendero, sin suerte, pero éste recordaba que toda aquella conversación le había parecido de lo más divertido.

— La sonrisa no le cabía en la cara. Casi pensé que me estaba gastando una broma.

Ella pasó otro rato más preguntando por los puestos, esta vez, por el hombre del sombrero. Grisda le había contado que los tenderos lo veían a menudo, algo que pudo confirmar. Igualmente, confirmó que el vendedor de vidrio no era el único con el que el supuesto mago estuvo hablando. Con todos dejó caer el término thallene, pero con muy pocos habló de Drunn. Con los que lo hizo, parecía que era más en términos de un conocido suyo que debía visitarlo en los próximos días.

Oona empezó a sospechar que aquel tipo sabía demasiado de ella, porque era la única fuera de Uhjnellen que conocía el significado de aquel término y podía relacionarlo con el barco. Tal vez estaba dejándose llevar buscando conexiones a los flecos de aquel tapiz pero, por un momento, sintió una punzada de temor. ¿Sabría también que Gert había estado en la posada de Ryn? ¿Era así como su amigo había ido allí, según él, buscando justicia?

Con cierta pesadez en la boca del estómago, se dirigió a la tetería donde Linus, Grisda y ella habían quedado en reunirse a mediodía para poner en común lo que hubieran averiguado. Arina se había quedado por el Barrio Alto un rato más, viendo si ampliaba lo poco que Grisda afirmaba haber sacado en claro de su visita. Decidieron desde el principio hablar con quienes pasaban desapercibidos en aquel lugar, las personas delante de quienes los mercaderes desvelaban cosas que no debían. Consideraban a sus esposas y los vendedores de té de la explanada casi parte del mobiliario urbano. Con los segundos había resultado sencillo; con las primeras tuvieron que idear mentiras variadas para

acercarse a ellas sin levantar las suspicacias de los maridos, como hacerse pasar por vendedoras de perfume a sueldo de un mercader que estaba por allí paseando, pero al que en ese mismo momento no veían.

— Unas pocas de ellas habían oído hablar de Drunn y, al parecer, que estaba buscando un lugar por el Barrio Alto donde hospedarse cuando estuviera en la ciudad. Eso sí, nunca lo han visto.

Oona asintió. Encajaba con la teoría que estaba montando en su cabeza. Grisda tenía más que añadir:

— Con lo que sí las notamos un poco nerviosas es con la muerte del hijo del aceitero.

— ¿El aceitero? — preguntó Linus con incredulidad.

La mujer se encogió de hombros.

— Así es como llaman a Mirza. Nadie en el Barrio Alto se lo ha tomado como un ataque directo porque sus negocios están por debajo de su nivel, pero les preocupa un poquito que el hijo de un comerciante pueda ser atacado de esa manera, a plena luz del día y en el mercado.

Linus emitió un sonido de desaprobación.

— Como si a toda esa panda de estirados les importara lo que ocurre fuera de su rincón de aburrimiento y dinero.

Oona hizo caso omiso, ocupada como estaba anotando en su libreta todo lo que había contado Grisda. Apuntó con el lápiz a Linus para que tomara el relevo del relato, pero él tenía menos que aportar. En el puerto nadie había visto a Rashan nunca y tampoco les sonaba el nombre de Drunn.

— Sí que ha habido un chaval al que le comentaron que era un enano pelirrojo, pero se le ha olvidado a santo de qué.

Cuando llegó el turno de Oona, dudó por un momento en compartir su sensación de que el mago del sombrero la conocía. Acabó mencionándolo, intentando quitarle hierro, al hablar de los significados de la palabra thallene y de su nexa con el barco. Linus había abierto mucho los ojos, mientras Grisda la miraba muy seria.

— ¿Estás segura de eso? — le preguntó.

— No puedo estarlo por completo.

— ¿Y qué quiere decir todo? ¿Qué está pasando?

Grisda miró a sus otros dos compañeros esperando una reacción que no llegó. Linus hizo un gesto de disculpa con la boca. Oona daba vueltas al anillo y sus ojos vagaban de un lado a otro, lo que indicaba que estaba pensando. Pasó a hacerlo en voz alta:

— Creo que podemos asegurar, aunque no sea al 100%, que el barco incendiado del misterioso Drunn se utiliza como almacén temporal de esa sal,



que parece que es algún tipo de explosivo o veneno muy inflamable. Sospecho que Drunn no existe y que Vuklesio lo avalara ante la administración portuaria indica bien que él está detrás de todo, o que actúa como intermediario del verdadero cerebro. No me sorprendería que Frendo Arton tuviera algo que ver en la trama.

Linus y Grisda la escuchaban con atención, aunque ella apenas se daba cuenta. Estaba más concentrada en seguir el hilo de su teoría.

— Los labartinos como Gert son contratados como correos para transportar esa sal fuera del barco hacia almacenes más permanentes, a lo mejor para después enviarla hacia alguno de los señores feudales que guerrear en Labarta, lo que es una ironía macabra. Y también pondría en problemas a Vuklesio, Arton o quien fuera con el gobernador, que nunca ha querido que Portosal se mezcle en esa disputa.

— Con la neutralidad se gana más dinero — apostilló Linus.

— No el suficiente, al parecer — continuó Oona, cuyos dedos trazaban líneas sobre la mesa conforme conectaba las diferentes partes del caso —. La sal debe ser corrosiva y tóxica si los chicos tienen que entregarla en destino antes de un tiempo determinado o se envenenan, y los que son asesinados caen víctimas de la eliminación de flecos sueltos que está haciendo el hombre del sombrero con la cinta roja.

— ¿Qué pasa con el hijo del mercader de aceite? ¿Y cómo sabes que Drunn no existe?— preguntó ahora Grisda.

— Realmente, no lo sé, pero me parece raro que ese tipo se dedique a hablar de él por todas partes y que nadie lo haya visto. Ni siquiera alquiló él mismo el amarre del barco.

— ¿Y Rashan?

Oona no sabía qué responder a eso. Su muerte, aunque fuera similar a la de Gert y los otros jóvenes, escapaba de la lógica detrás de aquella historia. Al menos, de la que ella había encontrado.

— Me resulta raro que, siendo un chico tan joven que vivía cerca del puerto, no fuera nunca a ninguna taberna — decía Grisda.

A la semielfa también se lo parecía, pero aquella línea de la investigación había sido infructuosa. Continuó exponiendo sus dudas y sus conclusiones.

— De todos modos, creo que el atacante de Rashan estaba esperándolo. Conocía el camino del almacén de su padre al mercado y debía saber que lo recorría casi todas las mañanas para comprobar si alguno de los tenderos que vendía directamente su mercancía necesitaba más garrafas.

Ahora fue Linus quien intervino.

— Vamos, que lo estaban siguiendo.

— Pero, ¿por qué?

Ninguno de los tres fue capaz de ofrecer una explicación, por muy peregrina que sonara. Lo que sí se le había ocurrido a Oona es que ellos deberían seguir a alguno de los chicos que hacían de correo nocturno. Le vino de nuevo a la mente la imagen de aquel joven que corría sin mirar atrás por las calles anexas a la posada de Ryn. Si tenían suerte y pillaban a uno de los chicos que transportaba la sal, podía ser fundamental. Aunque, probablemente, no fuera de gran ayuda para encontrar al asesino de Rashan, que teóricamente era la prioridad de Oona. Pero allí había poco de lo que tirar por el momento.

Los tres permanecieron en silencio hasta que Grisda, con una expresión divertida, apostilló:

— Si me dijeran que hay contrabando de una sal peligrosa en un sitio que se llama, precisamente, Portosal, me parecería una tomadura de pelo.

Linus se echó a reír. No dejaba de tener su gracia.

Dieron por terminada su reunión con la decisión de que, esa misma noche, Oona y el ladrón intentarían descubrir adónde iban aquellos correos. Tendría que buscarse una excusa ante Ryn, aunque el encargo de Arton le vendría de perlas para ello. El encargo de Arton. No podía evitar sentir una punzada de culpabilidad porque estaban poniendo más empeño en desenredar la madeja alrededor del asesinato de Gert y el incendio del puerto que en averiguar qué había ocurrido realmente con el hijo del mercader de aceite.

Aparcó momentáneamente esa sensación mientras compensaba a Ryn por faltar a su trabajo nocturno yendo a completar varios recados para él. Hasta amagó con regresar a la administración portuaria para reclamar la caja de ron perdida, pero el funcionario de la entrada ni siquiera le permitió franquear el umbral. Se estaba celebrando una reunión importante y nadie podía interrumpirla, lo que le sonó a mala excusa. Aun así, optó por no presionar y pasó el resto de la tarde repasando lo que sabía de aquellos correos y decidiendo dónde tendrían más posibilidades de encontrar a algún chico que transportara aquella sal.

Se lo comentó a Linus cuando se encontró con él en la noche aún muy joven, delante de la posada. Llevaba una capa oscura de la que Oona prefirió no preguntar su origen. También se le veía nervioso, aunque procuraba controlarlo. Asintió cuando ella le propuso que se apostaran en una de las calles que iban de la plaza del mercado al norte de la ciudad, sin preguntarle si su escondite sería seguro, y sólo reaccionó ante la propuesta de que se separaran para seguir a más de un correo.

— ¿Por qué? ¿No tendríamos más probabilidades de no perderlo si lo

siguiéramos los dos?

Oona lo miró con algo de preocupación.

— ¿Estás bien?

Linus tenía los ojos fijos en el final de la calle por la que estaban andando. Respondió, casi en un susurro:

— Lo estaré.

Ella seguía echándole miradas de reojo. La última vez que habían estado vigilando a alguien se habían encontrado con un cadáver transformado en humo por aquel hombre del sombrero, así que creía hacerse una idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza a Linus.

Permitió que cayera un silencio tenso entre ellos mientras se acercaban a su puesto de observación. Era un portal un poco más profundo de lo habitual, en la esquina de la calle que pasaba por la taberna de Ryn. El recuerdo del chico corriendo en plena madrugada había motivado la elección. Además, los dos podían ver desde allí la columna central de la plaza del mercado y pasar relativamente desapercibidos. Tendrían que simular ser una pareja que apuraba sus últimos ratos juntos si alguien los descubría, una información que iluminó la cara de Linus con una sonrisa pícara, más aún al ver que Oona se lo decía con muy poco entusiasmo.

— Menos mal que te caigo bien, porque cualquiera se desanimaría ante semejante emoción — bromeó.

Ella levantó el dedo índice delante de la cara de él en un gesto severo que todavía amplió más su sonrisa. A Oona le resultaba imposible enfadarse con él demasiado tiempo, así que esbozó a su vez otra sonrisa y se colocó el mismo dedo en los labios, pidiendo silencio, y se concentró en la columna, que se veía desierta.

Era una vista extraña. Iluminada por un farol cercano, con todos los puestos en derredor cerrados, parecía un fósil olvidado de otra época. Confiaba en no tener que esperar demasiado a que comenzara a haber movimiento y tuvo suerte. Al poco aparecieron dos chavales bajitos que miraban en derredor como si esperaran a alguien. Unos minutos más tarde se les unió un tercero, un poco más alto y con pinta de sacarles varios años, además de unos cuantos centímetros. Los tres se quedaron de pie en la base de los escalones de la columna hasta que un hombre envuelto en una capa con capucha se les acercó. Oona se puso en guardia. El recién llegado se dirigió directamente al chico alto y le entregó un recipiente que no consiguió ver. Le dijo también algo por lo bajini y el joven salió corriendo en dirección al puerto. La semielfa captó por el rabillo del ojo la cara de decepción de Linus.

Aún la vería un par de veces más porque ninguno de aquellos chicos se metió

por su calle, y la columna tardó en tener de nuevo visitantes. Esta vez eran cuatro que se mantenían unidos, probablemente para calmar sus nervios o su miedo, y de los que sólo uno pasó por donde se ocultaban ellos. Linus fue tras él sin demasiada dificultad, pues el chico iba caminando rápido, más que corriendo. Cuando llegara a su destino, el ladrón volvería al puesto de vigilancia.

Oona tuvo que esperar algo más para coger la estela de su objetivo. Era muy joven, espigado y no llevaba más prenda de abrigo que una chaqueta cosida con arpillera. Corría con determinación, pero con cuidado de no pasarse su destino, lo que sugirió a Oona que era forastero. Ella guardaba las distancias porque, en aquella quietud nocturna, sus pasos podían sonar como martillazos en los adoquines. El chico corrió hasta el mismo límite del Barrio Alto y, allí, metió la cajita de madera que le habían dado en una abertura a ras de suelo en el dintel de la puerta de una casa que parecía vacía. Sin darse un minuto de descanso se giró y emprendió el camino de vuelta a la plaza del mercado a la misma velocidad. Oona tuvo que esconderse de prisa en un callejón para no ser descubierta, y para esperar a que el destinatario del mensaje lo recogiera. Ése era otro hombre encapuchado que, con discreción, se agachó, cogió el recipiente, se lo guardó en una bolsa que llevaba colgada del cuello y se internó por una de las calles que llevaban hacia la puerta norte de la muralla.

La semielfa dudó por un momento si debía seguirlo, pero fue pasajero. Salió detrás de él cada vez más intrigada por toda aquella cadena de mensajes, más todavía cuando el encapuchado se detuvo ante uno de los guardias de la puerta. Parecieron intercambiar unas palabras que, desde donde se encontraba, le resultaba imposible entender y el soldado recogió lo que el hombre le tendía. Acto seguido, salió fuera de las murallas.

Así que de esa manera sacaban de la ciudad el contrabando y, quizás, incluso la sal venenosa; poco a poco.

Oona fue testigo de otras tres transacciones del mismo estilo durante la noche, todas en el mismo lugar, y estaba dispuesta a decirle a Linus que ya tenían suficiente información cuando, a apenas unos metros del portal desde donde observaban la plaza, divisó una figura que le resultó familiar. Estaba de espaldas a ella, en medio de la calle, mirando hacia la columna. Un fino hilo de humo se elevaba por encima de la cabeza; fumaba con una mano mientras la otra estaba oculta en un bolsillo de su abrigo. Daba la sensación de estar a la espera tranquilamente. No llevaba sombrero, lo que descartaba que fuera el escurridizo supuesto mago, pero Oona sentía que lo había visto antes.

Con cuidado, se pegó a la pared del edificio a su izquierda. Dio varios pasos hacia su puesto de vigilancia, intentando aprovechar para ver mejor algún rasgo de aquel tipo corpulento. Le sorprendió distinguir que, por sus ropas, cualquiera

pensaría que dormía en la calle y, de repente, le vino a la mente la imagen de un hombre blandiendo una daga en la posada de Ryn.

Se quedó muy quieta. Él estaba demasiado concentrado en la plaza del mercado como para prestar atención a sonidos amortiguados a su espalda. Aun así, Oona notó cómo el estómago le caía hasta los pies cuando el hombre se movió. Por un momento, temió que se diera la vuelta y la viera, pero en vez de eso, caminó hacia la columna. Ella se metió rápidamente en el portal, al que Linus no había regresado aún, y desde allí observó cómo el hombre se acercaba a un chico muy delgado que estaba sentado solo en los escalones. Tomó asiento junto a él, entablando una conversación que parecía amistosa, aunque el joven estaba muy serio. Oona se preguntó si sería labartino porque le recordaba un poco a Gert. El hombre parecía estar encargándole algún trabajo que implicaba una tarea distinta que hacer de correo, ya que estuvieron hablando bastante rato. Finalmente, extendió una mano para que el chico se la estrechara como “firma” de su acuerdo y, en ese mismo momento, con la otra hizo varios rápidos movimientos hacia su vientre. Oona supo enseguida lo que estaba viendo. Echó a correr hacia el chico al mismo tiempo que el hombre emprendía su huida en dirección al puerto. Pensó que la había visto, pero en realidad escapaba de Linus, que apareció de repente por otro lado de la plaza, a su izquierda. Ella le gesticuló que fuera en pos del asesino y se detuvo en los escalones de la columna. El joven se agarraba el abdomen con ambas manos, intentando en vano detener la hemorragia, y apenas veía a aquella mujer de pelo corto y rasgos extraños que se había agachado a su lado.

Oona le sujetó la cabeza y murmuró algunas palabras para tranquilizarlo, palabras que sabía que eran vacías. Se fijó en el tatuaje azul identificativo en la cara interna de su brazo y en que llevaba la medalla de Mosená colgada del cuello. Echó también una ojeada en derredor, sin ver a nadie en la plaza. El chico casi había muerto en cuanto ella se paró junto a él, y ahora debía decidir si llamaba a los guardias o si lo dejaba allí y salía en busca de Linus y de aquel hombre. Le dieron escalofríos sólo de pensar que, probablemente, cuando fue a la posada de Ryn pretendía eliminar testigos, aunque entonces no le pareció un asesino profesional. Mentía bien, sí, pero le faltaba aplomo. O, al menos, no se ajustaba a la idea que Oona tenía de cómo era alguien acostumbrado a matar. Lamentó que hubieran sido tan ingenuos entonces de no haberle preguntado su nombre, incluso si era falso. Otra vez sintió esa punzada de culpabilidad al mirar a la cara al joven apuñalado y decidió que debía avisar a los guardias. Era el momento de que aquello dejara de pasar desapercibido.

Cuando volvió a la posada ya amanecía. Trentelio se había dedicado a

preguntarle una y otra vez qué hacía allí a aquellas horas, cómo había encontrado el cadáver, hasta quiso asegurarse de que la descripción que le dio del atacante era precisa. Oona quizás debería haberse reservado esa información, pero decidió que se lo contaría todo. Fue un impulso que, por otro lado, incluía mentir acerca de qué estaba haciendo en el mercado de madrugada e inquirir a su vez si los guardias estaban al tanto de los otros asesinatos. Trentelio la había mirado como si le hablara en élfico.

— Sólo tengo constancia de un muerto de esta manera, el hijo del aceitero. Y ya me parece suficiente.

Oona tuvo la vaga sensación de que, si hubiera estado en su mano, el guardia la habría considerado sospechosa del apuñalamiento del labartino, pero tal vez jugó en su favor que, en realidad, le importaba poco quién era el fallecido. La semielfa se dio cuenta de que, para los pocos guardias que aparecieron para llevarse al chico y ver si encontraban algo que les indicara quién había sido responsable de su muerte, todo aquello era una molestia.

Ligeramente indignada, se marchó en cuanto Trentelio consideró que había terminado con ella y trató de calmarse en el camino de vuelta, sobre todo porque el guardia había hecho un comentario que se le quedó grabado.

— Vaya gente más rara estos labartinos. Pues no lleva éste una moneda atada del cuello...

Girando el anillo en su dedo, Oona alcanzó la puerta de la taberna y se encontró allí a Linus, sentado en el banco apoyado contra la pared. Tenía una peculiar expresión en el rostro, mitad preocupada, mitad excitada, por lo que ella supuso que tendría noticias interesantes que darle. Y, realmente, no iba desencaminada.

Linus había seguido al asesino hasta el principio del paseo del puerto. Por un momento, se le pasó por la cabeza que podía darse la vuelta y enfrentarse a él, pero se dedicó a correr en paralelo al mar hasta meterse por una estrecha puerta que estaba rota, y que daba acceso a un almacén igualmente estrecho y abandonado. El ladronzuelo creyó equivocadamente que conseguiría atraparlo allí; debía existir alguna salida oculta porque, pese a que recorrió todo el espacio, fue incapaz de dar con el tipo. Todavía se adentró por un par de calles cercanas por si lo veía, sin suerte, así que optó por volver al mercado. Pero vio que los guardias que Oona había llamado rodeaban la columna, por lo que cambió de idea y se dirigió hacia la posada con la esperanza de ver allí a la semielfa

— Me ha tocado esperarte un par de horas, pero bueno, tampoco me importa.

Oona sonrió. Era su turno de compartir información y, especialmente, de repetir lo que Trentelio había dicho sobre la moneda al cuello. Linus frunció el

ceño, confuso.

— ¿Qué quieres decir?

— Trentelio ha confundido la medalla de Mosená, un amuleto que los labartinos llevan para darse buena suerte, con una moneda normal y corriente. Yo también pensé que Gert llevaba una moneda en los bolsillos, en lugar de la medalla. Y Rashan agarraba en su mano, precisamente, una moneda.

El joven se rascó una ceja, aún pensativo. Para Oona estaba claro. Observó cómo él acabó llegando a la misma conclusión que ella; la miró boquiabierto y, como si no se atreviera a decirlo en voz alta, dijo:

— Pensaron que Rashan era un chico de la calle.

— Peor aún; creyeron que era un refugiado de Labarta.

— Pero, ¿por qué lo mataron?

Esa era la pieza que faltaba. Oona escuchó entonces el chasquido de la puerta de la posada al abrirse. Ashorte asomó la cabeza, soñoliento, y chasqueó la lengua al verlos a los dos allí.

— ¿Qué tal se os ha dado jugar a los husmeadores? — preguntó.

Ni siquiera esperó a que le contestaran. Les franqueó la entrada mientras se dedicaba a preparar la taberna para el día. Oona deseaba con todas sus fuerzas irse a dormir, pero era consciente de que, si quería resolver aquel asunto, tenía que tomar más la iniciativa. Eso implicaba averiguar de una vez qué sabían Arton y Vuklesio del contrabando de sal y dejar de evitar una conversación con ellos. Además, la misteriosa libreta esotérica del segundo fuera, seguramente, algo más mundano pero potencialmente más perjudicial para los comerciantes que un libro de hechizos, por mucho que aquel chico de la calle afirmara lo contrario. Se acercó a Linus, sentado en la barra.

— Voy a volver al Barrio Alto.

Él se pasó una mano por la cara como intentando borrar de un plumazo su falta de sueño. También intentaba pensar cómo podía zafarse de aquella visita.

— ¿Estás segura? La última vez no nos fue demasiado bien.

Oona se encogió de hombros pese a que veía que Linus estaba incómodo con aquella idea.

— Entrar a robar en una casa que no conoces es difícil — añadió él —. ¿No hay otra manera de conseguir esa libreta?

— Tengo que ir. Tú puedes quedarte por aquí. De hecho, podrías hacerme un favor.

Linus arrugó la nariz, un gesto que a ella le hizo gracia, aunque no lo demostró. Le pidió que extendiera entre los chicos de la calle y los tenderos el mensaje de que estaban buscando a un hombre con un sombrero con una cinta de colores porque querían hablar con él sobre Thallene. Esperaba, así, atraerlo hacia

ella en lugar de desesperarse en encontrar a alguien que siempre hallaba el modo de eludirla. El ladrón recibió su encargo con poco entusiasmo, pero se guardó de expresarlo en voz alta. Ashorte le puso un vaso de vino delante de él, en la barra, y Oona le dijo con una mirada que no sacara nada para ella. Notaba la excitación de saber que tenía un plan, o algo parecido a ello. Era el momento de ponerlo en práctica.



El habitual silencio del Barrio Alto parecía más denso. Los rayos oblicuos del sol aún iluminaban poco la casa de Vuklesio que, como la anterior ocasión, se veía tranquila. En el camino hasta allí, Oona había cavilado cuál sería la mejor manera de echar un vistazo a aquella libreta y había decidido ser directa. Es decir, llamaría a la puerta principal y le preguntaría a Vuklesio todo lo que necesitaba saber. Sospechaba que, pese a que Arton estaba con toda seguridad al tanto de la operación de contrabando, el comerciante preferiría que nadie más lo supiera. Y si, de todos modos, no le importaba que se hiciera público, tal vez Oona obtuviera lo que buscaba igualmente.

Se convenció de que merecía más la pena que colarse en la casa y robar la libreta, aunque de pie, delante de la entrada, dudó por un instante. Levantó la aldaba y dio un golpe un poco más fuerte de lo que pretendía. Resonó como una pequeña detonación, poniéndole brevemente los pelos de punta.

La casa se mantuvo silenciosa. Oona frunció el ceño y llamó otra vez. Oyó cómo se abría la puerta principal y alguien se acercaba al muro exterior. Los goznes de la entrada chirriaron y por la abertura se asomó una mujer de mediana edad, aburrida y uniformada en un tono gris en absoluto favorecedor.

— ¿En qué puedo ayudarte? - preguntó.

— Me gustaría hablar con el señor Vuklesio. ¿Está en casa?

La mujer se la quedó mirando un momento. Oona quiso terminar de convencerla para que la dejara entrar añadiendo que era quien había recuperado para su jefe aquella libreta que tanto apreciaba. Detrás de ella, repentinamente, se escuchó una voz fina que ordenaba:

— Vircena, dile que entre, por favor.

El ama de llaves no varió un ápice su expresión al apartarse y despejar para Oona el paso hasta la casa. Fue cerrando las dos puertas principales tras ella.

— El señor está en la sala de la derecha — le explicó cuando ambas se detuvieron en el vestíbulo.

Oona asintió. Miró la amplitud de la entrada a la casa, con una escalera al fondo de la estancia, pasada la puerta de la sala en cuestión, y un pasillo a la izquierda por el que se perdió Vircena. La decoración era tan frugal como en el exterior, con algún motivo marinero más por las paredes y un pequeño mosaico redondo en el suelo.

Sin quitarse el gabán, Oona obedeció las indicaciones de la mujer, llamó con

los nudillos en la puerta, que estaba entreabierta, y la empujó con suavidad para adentrarse en una sala con pinta de despacho. Una ventana se abría hacia la calle, iluminando una mesa robusta a la que estaba sentado Vuklesio. Éste apenas llamaba la atención, ni por su altura, ni porque exudara confianza, ni porque luciera rasgos característicos. Las pocas veces que Oona lo había visto, siempre se sorprendía de lo mundano que era.

La saludó con un apretón de manos que, también, no era ni demasiado fuerte ni demasiado flojo, pero no la invitó a sentarse. Quizás porque la única silla presente en la habitación era la que él ocupaba.

— Espero que Arton te transmitiera mi agradecimiento por recuperar mi libreta — dijo con aquella voz suave —. Por un momento, temí que no podría conseguirla.

Oona inclinó la cabeza, respondiendo a sus gracias, y contraatacó:

— Si me permite la pregunta, ¿qué hay en esa libreta? Por el puerto se rumorea que es esotérica.

Vuklesio dio un respingo. A lo mejor había sido demasiado directa, pero él se recompuso con rapidez.

— Esos chicos no saben leer. Ven un libro de contabilidad y creen que los números y las sumas son conjuros mágicos.

Ella permitió que una sonrisa aflorase a sus labios. “Tiene razón”, convino, y siguió con su velado interrogatorio.

— Verá, quiero disculparme de antemano por presentarme así en su casa y hacerle algunas preguntas que me veo obligada a plantearle, pero entenderá que el asesinato de Rashan, el hijo de Mirza, ha causado cierta preocupación.

— Por supuesto, por supuesto. Pero, ¿qué tiene que ver mi libreta con eso?

La sonrisa de Oona se amplió un poco más mientras abría los brazos en un gesto de desconocimiento.

— Nada, probablemente. De todas maneras, seguro que sabe que las cosas por el puerto están un poco revueltas últimamente, así que quiero distinguir lo que podría estar relacionado con el asesinato de lo que es irrelevante.

Vuklesio asintió ausente con la cabeza. Él era, en parte, culpable de esas “cosas revueltas” en el puerto. Oona decidió probar suerte.

— He estado hablando con algunos de los chicos de la calle que se mueven por allí, para ver si habían visto algo o sabían algo que no le hayan contado a los guardias. Parece que se ganan unas monedas extra trabajando como correos por la noche, cuando nadie en el mercado puede preguntarse por qué van corriendo de una punta a la otra de la ciudad llevando cajitas de madera.

El mercader tragó saliva y respondió, intentando aparentar seguridad.

— ¿Estás diciendo que hay actividades de contrabando en el mercado? ¿Lo

sabe Arton?

— Sí y sí. También me gustaría preguntarle si usted está al corriente de ello.

Fue un órdago, pero Vuklesio se levantó como un resorte. Oona pensó que iba a gritarle que se marchara, que él era inocente y lo estaba calumniando, pero se quedó de pie, pensativo, con las manos apoyadas en la mesa y el rostro desviado hacia la ventana, por la que ya se veía con más claridad el sol de la mañana. La semielfa, sorprendida, metió sus manos en los bolsillos del abrigo y esperó.

— No es peligroso.

Oona parpadeó, inclinándose hacia él para escucharle mejor.

— ¿Perdone?

Vuklesio le clavó sus ojos. Por primera vez, parecía un hombre sometido a demasiada tensión.

— El transporte. No es peligroso.

Así que sabía mucho más de lo que parecía.

— Han muerto varios de los chicos que hacían de correo — repuso Oona.

— No eran de los míos — contestó el hombre sacudiendo la cabeza —. Les decimos que tienen que entregar la mercancía en un tiempo determinado para que todo vaya más rápido, pero en realidad no corren peligro. Y mis enlaces van desarmados.

Ella lo miró con incredulidad. Le costaba aceptar aquella versión. Vuklesio pareció leerle la mente:

— Esto ya es suficiente conflicto con el gobernador, si se entera. Lo último que me falta es que alguno de mis empleados se dedique a matar a esos chicos.

— ¿Y qué es lo que transportan esos chicos? — Oona enfatizó las dos últimas palabras, imitando el tono en el que él las había pronunciado antes, pero al comerciante le pasó desapercibido.

— ¿Es eso relevante para la muerte de Rashan?

La semielfa decidió cambiar de tema.

— ¿Qué puede contarme de Rashan y de su padre? No parece que tengan mucho contacto con los gremios.

— El negocio de Mirza no es tan grande. Creo que con la ayuda de Rashan le bastaba para manejarlo.

— Me dio la impresión de ser un hombre bastante sencillo.

Vuklesio asintió, sentándose de nuevo.

— Es poco ambicioso. Con lo que gana ahora con el aceite le va bien y no quiere meterse en negocios más grandes que puedan traerle más preocupaciones.

“Y más trato con Frendo Arton, lo que lleva a más problemas potenciales”, pensó Oona. Miraba al mercader dilucidando si estaba contándole la verdad. Era lo que le transmitía. Le ayudaría mucho, sin embargo, si consiguiera alguna

respuesta más significativa, por lo que optó por preguntarle a bocajarro por el hombre del sombrero colorido. La expresión facial de Vuklesio fracasaba en mostrarse neutra.

— No sé de quién me hablas.

— Es difícil no fijarse en él. Lleva un sombrero con una cinta de color rojo, siempre aparece cuando ocurre algo grave, como el incendio de aquel barco abandonado en el puerto, y hasta se rumorea que podría ser un mago.

Oona se fijó en cómo sus palabras afectaban al hombre. Mantenía el mismo esfuerzo por estar serio y atento, pero en sus ojos se leía la preocupación. Vuklesio era la peor elección posible para dirigir cualquier tipo de trama clandestina. Su voz se quebró brevemente al protestar que desconocía a aquel tipo.

— Lo vieron paseando por aquí, delante de su casa, hace unos días — continuó Oona —. Aunque no sepa quién es, no creo que sea beneficioso que lo asocien con un sospechoso de practicar la magia.

El miedo afloró a la mirada del comerciante. Allí estaba, por fin.

— Dudo que a Frendo Arton le parezca bien que uno de los suyos utilice magia para sus negocios, sean los que sean. A aquellos magos de la puerta sur les valió de poco afirmar que no eran hechiceros.

— No se lo cuentes a Arton, por favor — imploró Vuklesio.

— ¿El qué, exactamente? Porque creo que lo sabe todo de tu operación de contrabando.

— Lo del piromante.

Ahora fue el turno de que Oona apoyara las manos sobre la mesa.

— ¿Quién es?

— Se llama Bhlyo. Me lo recomendaron mis contactos de fuera. Sabe cómo manejar el material y también puede solucionar los problemas que surjan.

— ¿Los hace desvanecerse?

La palabra “culpable” cada vez era más evidente en el lenguaje corporal del mercader.

— Se encarga de ellos. No sé cómo.

— ¿Y de qué tipo de problemas se encarga?

— De los que me pidan.

Oona apenas logró contener su sobresalto al escuchar una voz grave, con acento extranjero, a sus espaldas. Por la cara de Vuklesio, nada entusiasmada, sabía que el hombre que estaba buscando acababa de materializarse en la puerta del despacho.

De cerca, era mayor de lo que imaginaba. Su jubón era encarnado, combinando con la cinta del sombrero que llevaba en una mano. La falsa

relajación con la que había interrumpido la conversación con Vuklesio provocó que Oona se pusiera en guardia. El hombre se adelantó hacia ella, tendiéndole la mano libre:

— Bhlyo.

La semielfa se la estrechó, mirándole a los ojos, pequeños y opacos. Dijo “Oona” con firmeza, lo que acarreó que el piromante sonriera sin alegría.

— Sé quién eres. Yo también he estado al tanto de tus actividades.

Ella dejó escapar, simplemente, un pequeño sonido de asentimiento mientras un montón de preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Sería aquel hombre sincero en sus respuestas? Sin embargo, no le dio tiempo a formular ninguna. Bhlyo se dirigió a Vuklesio con deferencia, pidiéndole que los excusara, que necesitaba intercambiar algunas palabras con Oona, y con un gesto, pero sin tocarla, le indicó que salieran a la calle.

Se percató de que él evitaba mirar hacia el callejón a su izquierda, donde Linus y ella lo habían visto volatilizar a aquel chico asesinado, así que se le ocurrió que, quizás, allí estuviera su punto débil. No fue eso lo primero que inquirió, de todos modos:

— Vuklesio es una elección peculiar para que dirija un contrabando tan peligroso como éste.

Bhlyo le lanzó una mirada de reojo. Asintió lentamente.

— Es lo que buscaban mis jefes. Cuantas menos preguntas, tanto mejor.

— Tus jefes — Oona se cerró el abrigo ante el frescor matutino.

Su tono llevó a que él se volviera hacia ella.

— ¿Sabes quiénes son? - le preguntó.

— Tengo una idea.

— Por supuesto que la tienes.

— Debe ser complicado sacar ese explosivo en sales en cantidades tan pequeñas todas las noches y mandarlo a Labarta sin que nadie se dé cuenta. Todavía tiene que ser más difícil evitar que Frendo Arton lo descubra todo y pida su parte del pastel.

Bhlyo alzó una ceja, divertido.

— Eso es problema de Vuklesio.

“Claro que lo es”, se dijo Oona para sí misma. Estaba más que segura de cómo funcionaba todo el sistema, pero lo que necesitaba era averiguar quién estaba al otro lado de la línea, quién había comprado bajo cuerda toda aquella sal. El mago no estaba tan dispuesto a divulgar nombres y se dedicaba a contestar con evasivas que mostraban que aquella conversación le entretenía. Oona le entretenía. Que no era lo que ella pretendía, ni le divertía lo más mínimo.

— Me alegro que te lo estés pasando bien charlando conmigo — contraatacó la semielfa —. Desde luego, yo me estoy divirtiendo horrores siguiendo el rastro de chicos muertos que estás dejando.

Bhlyo encajó el golpe con un parpadeo. Oona lo observó mientras continuaba hablando:

— Es inteligente utilizar a esos chicos de la calle y a los refugiados labartinos. Nadie va a molestarse si desaparecen, la verdad, hasta habrá quien crea que ya era hora de que se marcharan. Ahora, matar al hijo del aceitero ha sido una equivocación grave.

El mago la miró, alarmado.

— ¿Qué has dicho?

— Rashan, el hijo de Mirza, el mercader de aceite. Un joven alto y delgado al que era fácil confundir con un labartino. Lo matasteis además a plena luz del día en el mercado. Una chapuza.

La respuesta que Oona recibió difería de la que esperaba porque Bhlyo suspiró y sacudió la cabeza.

— Yo no tengo nada que ver ahí, matar a los correos es lo que menos nos interesa. Pero en Portosal no tenéis demasiado aprecio a los refugiados y creéis todas las estupideces que os cuentan sobre ellos. A lo mejor tu asesino tiene otros motivos.

Oona ya había descartado aquella teoría: un portosalino no habría tomado a Rashan por un labartino, aunque sí era interesante que sólo aquellos chicos aparecieran apuñalados. Pero Bhlyo había comentado algo que ella quería retomar.

— Tú no eres de aquí, ¿no? Has venido sólo a completar un trabajo.

— Así es.

— ¿Eres de Labarta?

— De Subut.

— ¿Es su duque quien está detrás del contrabando?

La seguridad había vuelto al rostro del hombre, que se encogió de hombros.

— ¿Y es de él también el barco que se incendió en el puerto, el que tiene escrito Thallene en la proa?

— Su propietario se llama Drunn.

— Y en Portosal está permitido practicar magia — respondió Oona con sarcasmo.

No quería que el mago se le escapara otra vez, así que atacó el que creía que era su punto débil:

— Si tú no matas a los correos, ¿por qué entonces te dedicas a volatilizarlos?

La expresión de Bhlyo delataba que le había dado de pleno.

- Me limito a cumplir lo que me piden.
- ¿Convertir a chicos muertos en humo?
- Eliminar inconvenientes.

Bhlyo se caló el sombrero.

— Y si no tienes ninguna otra duda apremiante que hacerme, tengo tareas que atender. Creo que sabes cómo contactar conmigo si quieres.

Oona lo miró alejarse en dirección a la explanada del templo. Daba más la impresión de que Vuklesio se hubiera encontrado el cadáver en el callejón y le hubiera pedido que lo hiciera desaparecer. Lo que fuera para no comprometer la seguridad de la operación.

La husmeadora decidió también irse de allí. Tenía que visitar a Arton para mantenerlo al corriente de la marcha de la investigación, pero sentía una comezón que le indicaba que, en lo que se refería a Rashan, sabía mucho menos de lo que parecía. Si realmente su muerte había sido un accidente, obra de alguien que lo había tomado por otra persona, y, al mismo tiempo, aquel asesino de la plaza del mercado actuaba de manera independiente al contrabando de Vuklesio... ¿Era un crimen de odio? ¿Era otra cosa? Y si alguien se lo había encargado, del mismo modo que Bhlyo y el comerciante habían sido contratados para introducir ilegalmente aquella sal, le faltaba un porqué.

En el horizonte se distinguían las casas de Uhjnellen, una vista que acarreó un pensamiento casi inconsciente que, a su vez, hizo que la semielfa pusiera rumbo a su antiguo barrio. Quería hablar otra vez con Ainmire. No tenía muy clara la razón, sólo que notaba cierta urgencia por hacerlo, un impulso que dirigía sus pies hacia el riachuelo que separaba el Barrio Alto de Uhjnellen, después hacia el puente de piedra que lo salvaba y a la casa del sanador. Pero Ainmire había salido.

Miró la flor azulona pintada en la puerta y, acto seguido, a su alrededor. En algún momento tendría que hacer sus paces con aquel lugar. Supuso que el sanador no tardaría en regresar, o más bien, confió en que aquel fuera el caso y se dirigió al puente de piedra a esperarlo.

Al principio de la calle que partía de allí había un banquito de madera, pegado a la pared de una casa de dos plantas, desde el que se veía a cualquiera que entrara en el barrio. También se distinguían desde allí el edificio de la administración del puerto y los reflejos que el sol arrancaba de la superficie del mar. El almacén al que su padre vendía el corcho tendría que verse igualmente. La zona donde se encontraba la posada de Ryn, sin embargo, quedaba demasiado a su derecha para que pudiera dirigir sus ojos allá. Se preguntó qué estaría haciendo Grisda, si la noche habría sido tranquila, y también si Linus se habría quedado a descansar allí o estaría cumpliendo lo que le encomendó.

Imaginarlos a los dos la hizo sonreír. Era un entretenimiento tan válido como darle vueltas al contrabando y a la muerte de Gert y de Rashan mientras esperaba a que Ainmire volviera a casa, lo que ocurrió un poco más tarde, con la mañana avanzada.

El elfo cargaba una bolsa de enea que inclinaba sus hombros ligeramente hacia la derecha. Atravesó el puente con pasos largos, con la mirada perdida en algún punto indeterminado más allá de los tejados de las casas del barrio, sin darse cuenta de que Oona lo esperaba sentada en el banco hasta que se encontró prácticamente a su lado.

— Esto sí que es un lujo con el que no contaba, verte tan de seguido — la saludó.

— Pareces cansado — repuso ella levantándose.

Ainmire asintió.

— Un parto en el Barrio Alto que se ha alargado más de la cuenta.

— ¿Todavía te llaman para esas cosas?

El sanador sonrió y le indicó que lo acompañara en su camino que, en lugar de llevarlos a su casa, se dirigía a una pequeña taberna un par de calles más arriba. Se sentaron en una mesita redonda cercana a la puerta

— ¿Cómo va tu investigación? — preguntó Ainmire — Me enteré de que habían matado también al hijo de un mercader de aceite.

— Sí. Creo que lo tomaron por otra persona.

— Vaya.

El tabernero dejó sobre la mesa un brebaje caliente que olía a hierbas, olor que conjuró de nuevo viejos recuerdos en Oona.

— Sí que se ha complicado el asunto, entonces — añadió el elfo.

— Un poco más de lo que esperaba, pero no he venido a pedirte consejo.

Ainmire arqueó las cejas y dio un trago a su bebida con un gesto de incredulidad. Se mantuvieron en silencio mientras él observaba a Oona con aquella mirada que la incomodaba porque, otra vez, hacía aflorar sentimientos en ella que había trabajado mucho por mitigar. Finalmente, el sanador dijo, en un tono como de secreto:

— Podrías haberte quedado, Oona. Habríamos cuidado de ti.

La semielfa parpadeó varias veces con rapidez para impedir que los ojos se le empañaran. El nudo en la garganta costaba más de tragar mientras lo escuchaba afirmar que allí seguía teniendo familia, aunque era un sentimiento que jamás se le pasó por la cabeza. Terminó indicándole con la mano que parara. Ainmire bebió, esperando no haberse extralimitado. Oona desvió la mirada hacia la puerta de la taberna para que su cerebro se ocupara con otras ideas, de tal modo que, cuando se dirigió de nuevo al sanador, podía hablar sin que la voz se le



muriera en los labios.

— Esta ciudad no tiene corazón.

El elfo abrió los ojos, algo sorprendido, y asintió con la cabeza al escucharla:

— Esos chicos que están asesinando... Ojalá supiera la razón. Todos son labartinos, pero los apuñalan dentro de las murallas, en los alrededores del mercado, no van a buscarlos al campamento. No entiendo qué buscan con esas muertes.

— En el campamento casi están resignados a sufrir lo que Mosená les imponga. Tantos años de guerras en las que nadie les tiene en cuenta mellan su espíritu.

— ¿Cómo empezó todo? Las guerras por Labarta, quiero decir.

Ainmire se frotó una mejilla, preparándose para contar la historia.

— Labarta era reino independiente hasta hace algún tiempo, el único en el continente, y eso le permitía mantenerse fuera de las pretensiones de los tres dominios que lo rodean, especialmente de Subut y Bizendra. Los nobles de esas dos regiones siempre se han odiado y han peleado por controlar una salida al mar, pero Labarta está justo en medio de las dos. Le caen todos los golpes — se acomodó en su silla antes de retomar su relato —. El caso es que el último rey murió repentinamente y su heredero era un niño muy pequeño. Se debía nombrar un regente que gobernara en su lugar hasta que fuera mayor de edad.

— Pero los señores de Subut y Bizendra se les echaron encima.

— Así es. Aprovecharon ese vacío de poder para lanzar una ofensiva que creyeron definitiva sobre Labarta, si por definitiva entiendes un conflicto enquistado desde hace un par de décadas. Para asegurar su dominio de la zona, cuando lo consiguieran, los dos nobles se propusieron eliminar cualquier amenaza interna, incluyendo al pequeño heredero al trono de Labarta. Al parecer, nunca lo encontraron. Así nació la leyenda del príncipe que tiene que volver a salvar a sus súbditos de la guerra y la calamidad.

Oona escuchaba la historia asintiendo de vez en cuando. Estaba atenta pero, aun así, la mención del príncipe le provocó un sobresalto. Ainmire se calló.

— ¿Los labartinos creen que hay un príncipe huido que regresará a salvarlos? — quiso saber ella. El elfo afirmó con la cabeza — ¿Hasta dónde podrían llegar esos nobles de Subut y Bizendra por evitar reclamaciones legítimas al trono de Labarta?

— No lo sé, la verdad.

— Si están dispuestos a masacrar a sus habitantes y arrasarlo todo, seguramente habrá pocas cosas que los detengan, ¿no? — Oona se levantó sin esperar a que Ainmire le contestara.

Éste se dio cuenta de que a ella se le había ocurrido una idea, así que se limitó

a decirle adiós con la mano.

Era una idea un poco heterodoxa, eso era cierto. Unía razonablemente bien todas las piezas y ofrecía una explicación a algo que se resistía a seguir una lógica. Debería contársela a Arton como resolución de su investigación de la muerte de Rashan, lo que le apetecía lo mismo que visitar la vieja casa de sus padres en Uhjnellen, pero en ambos casos, tendría que hacerlo más pronto que tarde. Sólo le faltaba un títere al que quitar la cabeza: el matón al que habían encargado el trabajo sucio. Estaba convencida de que vivía en la calle para estar más cerca de sus objetivos y pasar desapercibido, del mismo modo que ponía la mano en el fuego por que no era de Portosal. No obstante, si llevaba el suficiente tiempo infiltrado entre los chicos del mercado, dar con él representaría un reto.

Era una cuestión para cuando hubiera hablado con Frendo Arton, que es lo que estaba a punto de hacer. Le generó cierta satisfacción ver que le sorprendía verla tan pronto. Su mesa seguía inmaculada y el alboroto del mercado se escuchaba muy amortiguado allí arriba, pero Arton estaba un poco más intranquilo de lo normal, y no sólo porque Oona estaba en su despacho. Eso únicamente podía significar que había recibido una visita del gobernador.

El gobernante de Portosal no tenía, en realidad, el suficiente poder como para suspender las actividades de la asociación de gremios, pero sí podía dificultarlas lo justo. Y daba la sensación de que empezaba a cansarse de que aparecieran cadáveres por la zona del mercado. El tono de voz de Arton, un poco más agudo de lo habitual, y la manera en la que acariciaba la superficie de la mesa con una mano mostraban su inquietud.

— Sí que va a ser verdad que los labartinos son un fastidio — decía el comerciante.

Oona se guardó mucho de expresar en voz alta sus pensamientos de “esa fea costumbre de morirse que tienen, vaya trastorno”, aunque le costó. Como no hablaba, Arton la apremió con una mano a que lo hiciera:

— ¿Tienes algo para mí?

La semielfa enderezó la espalda en su silla.

— Lo tengo, sí. Quizás es un poco extraño, pero creo que sé por qué asesinaron a Rashan, y también qué está pasando con todos esos chicos labartinos a los que apuñalan impunemente.

Arton tamborileaba impaciente con los dedos. Oona casi disfrutaba con ello. Continuó:

— Parece que en Labarta se cree en una leyenda de un príncipe en el exilio que debe volver a reclamar el trono y a poner un fin a las guerras por su conquista — percibió que el mercader lo consideraba una patraña, pero siguió hablando antes de que pudiera expresar su incredulidad —. No importa que

pensemos que es una leyenda que nunca va a ser realidad porque lo que importa es que los labartinos la creen y, lo que nos interesa en este caso, los señores feudales de Subut y Bizendra también.

Ahora, la cara de Arton ya lucía completa condescendencia.

— No me vengas con explicaciones mágicas.

— No hay magia de ningún tipo involucrada aquí, al menos, no en estas muertes — miró discretamente si provocaba alguna reacción en él —. Uno de esos dos señores ha enviado a un asesino a acabar con todos los labartinos jóvenes, delgados y morenos para asegurarse de que no habrá ningún príncipe y que no pueda regresar a ningún sitio que se parezca remotamente a lo que solía ser Labarta. Pero ese asesino no es de Portosal, las descripciones del supuesto príncipe no deben ser demasiado detalladas y cometió un error con Rashan.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Tienes el nombre de ese asesino?

— Lo he visto en acción. Trentelio puede confirmarlo. Desconozco cómo se llama, pero sé que le han dicho que busque a chicos que lleven una medalla de Mosená como amuleto. Esa medalla se parece bastante a algunas de nuestras monedas, como la que Rashan sujetaba cuando fue atacado, por lo que lo confundió con un refugiado.

Arton sólo daba golpecitos en la mesa con el dedo medio, pensativo. La teoría de Oona podía tener lagunas, pero estaba dispuesto a agarrarse a cualquiera que le prometiera solucionar el entuerto. De hecho, su ceño fruncido le daba a la semielfa la respuesta que necesitaba. Aún así, le vino bien escucharle decir que se pusiera manos a la obra para atraparlo. Todavía fue mejor recoger la bolsa de monedas que Arton le pagó por sus servicios. Para él, la situación ya estaba solucionada porque otra persona se iba a encargar de ello.

Como imaginaba, Linus comía algo de queso y tomates secos sentado en los muelles, con las piernas colgando hacia el agua. Algún día le gustaría escuchar su historia, aunque ese día no fuera aquel.

Lo saludó con un pequeño toque en un hombro. Él levantó la cabeza y, al reconocerla, sonrió y le ofreció sitio a su lado pese a que allí no había nadie más. Oona se sentó. Dos amarres vacíos los separaban del barco incendiado, vigilado todavía por aquellos guardias incapaces de pasar desapercibidos.

— He extendido el nombre Thallene por el mercado y por el puerto, como me dijiste — apuntó él —. Supongo que nos toca esperar a que ese hombre dé señales de vida.

— Ya las ha dado.

Linus abrió mucho los ojos.

— Sí que debe ser mago de verdad.

Oona negó, riendo, con la cabeza.

— Fui a ver a Vuklesio y allí estaba Bhlyo, ése es su nombre.

Actualizó a su compañero, porque ya se había convertido en eso, toda la información que había aprendido aquella mañana y, según iba hablando, se formaba en su mente una idea sobre cómo encontrar al asesino de Gert y Rashan. Linus, atento a sus palabras, mordisqueaba de vez en cuando el trozo de queso que le quedaba y hasta le ofreció un tomate seco que ella cogió casi como un reflejo. Lo movía arriba y abajo para marcar cada punto de sus explicaciones:

— Creo que está claro que el contrabando y los asesinatos no tienen nada que ver, y también que, para detener los segundos, tendremos que hacer que ese matón venga a nosotros.

Linus tragó saliva, provocando que a Oona se le escapara una risita y que él a su vez, se justificara:

— Ese tipo es peligroso, Oona. Me pasé todo el rato que estuve corriendo detrás de él deseando que no llegara a darse la vuelta.

— Ashorte y yo lo redujimos cuando vino a la posada. Es mejor mentiroso que asesino porque nos creímos que era amigo de Gert, aunque fuera bastante raro que supiera que el chico había muerto delante de nuestra puerta.

— Mucha atención no presta cuando apuñala a quienes no debe.

— Por eso me parece que es de fuera. Alguno de los señores feudales en guerra por Labarta lo ha enviado a matar a ese supuesto príncipe, pero nadie lo

ha visto nunca ni sabe cómo es, así que elimina a todos los que guardan un mínimo parecido con la descripción que le dieran al encargarle el trabajo.

— ¿Cómo sabe entonces cuándo lo ha cumplido?

Oona miró hacia el paseo del puerto. Algunos de los chicos que se buscaban la vida por allí estaban arremolinados frente a una taberna, aún cerrada, charlando y observando de reojo a los transeúntes. No daba la sensación de que tuvieran miedo, aunque tampoco de que se comportaran como cualquier otro día. Se preguntó si serían conscientes de que quien estaba matando a sus compañeros se escondía entre ellos. ¿Considerarían a los labartinos sus compañeros? Salió de sus pensamientos con un parpadeo.

— Tenemos que encontrarlo — dijo.

— Ya, ¿pero cómo? ¿Y qué hacemos con el contrabando de sal explosiva?

La semielfa se levantó.

— Un problema a la vez. Es más urgente que ese hombre deje de matar.

Se le había ocurrido la manera de tenderle algo parecido a una trampa, pero prepararla iba a llevar su tiempo. Necesitaba un entorno que pudiera limitar y controlar y dudaba en si los guardias debían estar también informados de lo que quería hacer. Al fin y al cabo, Arton no les había pagado a ellos por atrapar al asesino de Rashan. Indicó con un gesto a Linus que se pusiera de pie y le pidió que fuera a hablar con aquellos chicos.

— Pregúntales por el hombre que perseguiste anoche y acuérdate de decirles también que te has enterado de que más labartinos se han escondido en la posada de Ryn, que se mezclan entre los marineros y luego consiguen quedarse toda la noche.

El ladrón le dedicó una mirada poco convencida.

— ¿Estás segura de que quieres hacer eso?

— Es nuestra mejor opción.

Era su mejor opción, pero también la que acarreaba más incertidumbres: cuánto tardaría aquel hombre en picar el anzuelo, cómo de peligroso podía ser esta vez, cuán fácil resultaría atraparlo en una taberna repleta de gente cuya ebriedad la inclinaría más a tomárselo todo a risa y, tal vez, estropear el plan, cuántas personas necesitarían para llevarlo a cabo... Oona era consciente de que su estratagema tenía menos posibilidades de funcionar que una ofrenda a Thaler. Las caras de Grisda, Ryn, Ashorte y el resto de las chicas cuando se la contó le dejaron muy claro que coincidían con la reticencia de Linus a que fuera una buena idea.

— ¿Cuánto tiempo tendremos que estar preparados por si aparece este tipo otra vez? — preguntó Ryn, muy serio.

El primer instinto de Oona fue responder que no lo sabía, pero ese lujo estaba fuera de su alcance. Con tres o cuatro días sería suficiente, o eso quería creer, y el posadero pareció quedarse algo más convencido.

Costó más que el resto la apoyara. Ashorte obedecía a Ryn, pero las chicas albergaban dudas. Leshube miraba a la semielfa alarmada, quizás temiendo que aquel hombre eliminara testigos de la muerte de Gert si aparecía otra vez por allí, y Grisda había adoptado la expresión que siempre asomaba a su rostro cuando creía que Oona estaba siendo imprudente.

Para ser justos, Oona sentía la misma duda. Sin embargo, acabaron organizando la vigilancia para aquella noche y para las siguientes que fueran necesarias. Linus se apostaría fuera, en la calle, y debía entrar justo detrás del matón, si lo veía. Le dieron un huevo de madera de los de zurcir calcetines para que, si eso ocurría, lo lanzara contra los músicos. La reacción que estos tuvieran, ya fuera dejar de tocar o gritarle a Linus, sería la señal de que todos debían ponerse en guardia para atraparlo. El ladrón se echó a reír al conocer esa parte del plan, que Oona tenía que reconocer que era peculiar. Confiaba en que, además, resultara efectiva.

La taberna de Ryn se mantuvo en alerta durante tres noches. El sospechoso no apareció y, lo que era más interesante, ningún otro labartino fue asesinado. Tal vez el jaleo de la anterior muerte lo había asustado y había decidido pasar desapercibido, pero la semielfa aseguraba que actuaría de nuevo.

— No ha terminado su trabajo — le decía a Grisda en la mañana del cuarto día en el que el plan estaba en marcha.

La mujer se ayudaba del huevo de madera, precisamente, para coser un par de medias y escuchaba a Oona sin levantar la vista de su labor. Ésta estaba sentada a su lado en un lateral de la cama, repasando todo lo que tenía anotado en su libreta y auto convencién dose de que la trampa iba a funcionar.

— ¿Y cómo lo sabes? — quiso saber Grisda.

— No puedo saberlo con seguridad, lo supongo.

— Ajá.

Oona se levantó y paseó lentamente por la habitación mientras hablaba.

— Nadie le ha dicho cómo sabrá que ha cumplido el encargo porque es imposible que lo sepa.

Grisda dejó de zurcir y la miró, confusa.

— También es imposible que esa frase tenga sentido.

La semielfa hizo como que no la había escuchado. Se preguntaba si estaba equivocada en todo, si su teoría sobre lo que estaba pasando era errónea. A Frendo Arton le había parecido bien porque buscaba una manera de quitarse el

problema de encima, lo que no significaba que ella estuviera en lo cierto. Oona suspiró y dejó la libreta sobre la cómoda.— ¿Quieres algo de abajo? — le sugirió a Grisda, que negó con la cabeza.

Salió de la habitación dispuesta a sentarse en su mesa de siempre bajo la escalera cuando escuchó el ruido de la puerta de la calle. Sólo era media mañana, demasiado pronto para que llegaran clientes, así que eso la puso en guardia. Retrocedió hasta el cuarto a coger su puñal. El gesto no le pasó desapercibido a Grisda, que sacó de su escondite el estilete de la almohada y asintió en silencio al ver cómo Oona apuntaba con un dedo hacia el piso de abajo.

Volvió a salir al pasillo. Linus llevaba aquellas tres noches durmiendo en la habitación de Leshube, que se mudó con Sondra, y lo encontró al principio de las escaleras armado con un cuchillo de carne. Oyó a Grisda seguir sus pasos con mucho cuidado. Se asomó por la barandilla.

Efectivamente, un hombre se había sentado en una de las mesas próximas a la puerta. Estaba pidiendo a Ashorte un vaso de vino y echaba un vistazo a su alrededor, incluyendo el piso superior. Vestía las mismas ropas que la noche que lo habían descubierto en el mercado, ropas entre las que Oona sabía a ciencia cierta que escondía un puñal. Parecía estar bastante tranquilo. Ella se guardó su daga en la parte trasera de su cinturón y bajó las escaleras con calma. Saludó al forastero con un “buenos días” tal vez demasiado formal mientras se encaminaba a la barra, donde tomó asiento en uno de los taburetes. Ashorte le dirigió una mirada de reconocimiento. Sí, ella también se había dado cuenta. El plan había funcionado finalmente. El ayudante de Ryn le llevó su vino al hombre, que lo detuvo con un gesto antes de que pudiera regresar detrás de la barra.

— A lo mejor puedes ayudarme con una cosa — dijo.

Aparentaba relajación, pero en su voz subyacía cierto nerviosismo. Ashorte se colocó el trapo sobre el hombro y lo miró, expectante.

— Me han dicho que por aquí vienen labartinos, ya sabes, esos refugiados del campamento norte.

— Me sorprendería que lo hicieran porque tienen prohibida la entrada dentro del recinto de la muralla.

— Pero vosotros escondisteis a uno de ellos aquí.

— Sí, y tú lo sabes perfectamente, así que ve al grano — intervino Oona sin levantarse.

El hombre volvió sus ojos hacia ella.

— Ah, la mestiza con el cuchillo, es verdad. Me dijiste que Gert había muerto aquí.

— Y tú me dijiste que eras amigo suyo.

— Lo fui.

Oona guardó silencio. Observó como Linus y Grisda habían tomado posiciones al pie de la escalera de la manera más discreta posible, y también se percató de que era ella quien más interesaba al matón. La miraba fijamente.

— Me pregunto cómo es posible — dijo.

La semielfa se inclinó hacia delante, invitándole a continuar al llevarse una mano a una oreja y hacer un gesto de que estaba escuchándolo.

— ¿De verdad humanos y elfos procrean en Portosal? ¿Cómo?

— Ya eres un hombrecito. Me da que no hace falta que te expliquemos los detalles.

— No, no — el desconocido sonrió —. Sólo era curiosidad.

— ¿Has venido en realidad a interesarte por mi historia familiar?

— Ya te he dicho por qué estoy aquí. Me han dicho que escondéis a labartinos.

— Te han informado mal.

— ¿Y Gert?

— ¿Gert, qué?

Linus rozó con una pierna una mesa al situarse delante de la puerta, lo que provocó que el tipo girara la cabeza, buscando el origen de aquel sonido. Si lo reconoció de su persecución nocturna, no reaccionó. Sí le pareció graciosa aquella toma de posiciones.

— ¿Qué es esto? ¿Me estáis tendiendo una emboscada?

Oona empuñó su daga y se acercó a él.

— Llámalo como quieras.

El hombre sacó el puñal, un poco más largo de lo normal, del interior de su capa. Se puso de pie saltando su mirada de Linus a Oona. Esta percibió que continuaba el contraste entre su exterior calmado y ligeros temblores en la voz o en las manos que delataban que no lo estaba tanto. La primera vez que los visitó optó por la fuerza bruta, debía sopesarlo. Igualmente, debía darse cuenta de que el hombre disponía de muchas salidas y muchos objetivos contra los que embestir, algo de lo que él se había percatado enseguida.

Una sonrisa de suficiencia se asomaba a sus labios. Movía el puñal de un lado a otro, como pensando su siguiente movimiento. Por una fracción de segundo, Oona miró a Linus con la esperanza de que él poseyera la habilidad de leerle el pensamiento porque estaba a punto de hacer una tontería. El ladrón lo captó rápidamente al verla lanzarse sin dudar contra el matón.

Iba medio agachada y con los brazos abiertos. Linus se abalanzó a su vez sobre el hombre, encaramándose a su espalda. Oona notó que la punta del arma le rozaba un hombro, pero ya se preocuparía de ello más tarde. Linus agarró al matón de las clavículas al mismo tiempo que ella lo empujaba hacia atrás,



provocando que perdiera el equilibrio y cayera sobre la mesa a su espalda. Recuperó la posición con rapidez mientras el brazo armado describía un amplio círculo a su alrededor. Oona lo esquivó. Por el rabillo del ojo percibió que Ashorte se les unía agarrando uno de los taburetes y levantándolo por encima de su cabeza. Al asesino le hizo gracia, aunque menos que el impacto que recibió en un lado de la cara del huevo de madera que Grisda le arrojó desde las escaleras.

En ese momento, Oona le inmovilizó el brazo del puñal y Ashorte le golpeó con el taburete en mitad de la espalda. El hombre se desplomó gimiendo en el suelo. La semielfa le quitó el arma, le dio la vuelta y colocó una de sus rodillas sobre su pecho y su propia daga en su cuello.

— ¿A qué me recuerda esto? — le dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo.

El matón se revolvió, lo que consiguió que Ashorte le pisara un brazo. Oona dirigió otra rápida mirada a Linus, que asintió y salió hacia la calle. Sus ojos se posaron con dureza en el hombre en el suelo, a quien casi escupió al exigirle:

— Los guardias van a estar aquí enseguida. Empieza a hablar.

Tener razón pocas veces le inspiraba alegría a Oona. Aquella ocasión, por ejemplo, entraba dentro de las que habría preferido equivocarse. Por un lado, era un pequeño triunfo porque había atrapado al asesino de Rashan como le habían encargado, y como ella quería para conseguir algo de justicia para Gert, pero visitar a su madre para contárselo era un trago difícil.

Urdana estaba rodeada de las madres de los otros chicos asesinados al lado del pequeño altar a Mosená del campamento de refugiados, y todas escuchaban a la semielfa con una mezcla de alivio, tristeza e indignación que se quedaría con ellas mucho tiempo. A ninguna le había sorprendido que uno de los nobles menores leales al señor de Bizendra hubiera pagado a Sep, que así se llamaba el matón, para que eliminara a la competencia potencial que pudiera impedir que fuera el nuevo gobernante de Labarta. Era absurdo que lo hubiera hecho dando por buena una leyenda que hasta los propios labartinos habían dejado de tomar tan en serio, y que estuviera tan seguro de que conseguiría una ciudad por la que llevaban años en guerra, pero así estaban las cosas. Tampoco les sobresaltó que Sep asesinara a un chaval totalmente ajeno a sus conflictos sólo porque guardaba cierto parecido físico con alguno de sus hijos.

— ¿Qué va a pasar ahora? — quiso saber la madre de Broncar.

Oona no lo tenía muy claro. La única muerte que le importaba realmente al gobernador y a la asociación de gremios era la de Rashan, aunque se guardó de compartir sus certezas con las labartinas. Estas, de todos modos, lo sabían. Otra de ellas, la madre de Hremen, miró a la semielfa con una expresión adusta y le dijo, reflexionando en voz alta:

— Entonces, si los trabajos que nuestros hijos hacían no tienen que ver con sus muertes, van a seguir buscándolos para que los hagan.

Todas leyeron la respuesta en la cara de Oona. Urdana se arropó con el descolorido chal que llevaba sobre los hombros y suspiró.

— Quiero agradecerte lo que has hecho por nosotras. En esta ciudad somos peor que invisibles y tú nos has escuchado y nos has dado algunas respuestas. Gracias.

Posó una mano en el brazo de Oona, que esbozó una sonrisa poco alegre. Sus esperanzas de que la detención de Sep cambiara algo jamás habían pasado de un ligero deseo. La manera en la que Trentelio y otro par de guardias se lo llevaron de la posada le confirmó que aquello constituía más un fastidio. Sólo les

preocupaba que sus negocios paralelos siguieran inalterados. De todos modos, se sintió obligada a ofrecer a aquellas mujeres su ayuda en el futuro.

— Si alguna vez necesitáis asistencia, creo que sabéis cómo dar conmigo — pronunció esas últimas palabras mirando a Urdana, que asintió.

Se despidió de ellas con una sensación agrisulce que la acompañó en el camino de vuelta a la plaza del mercado. La visión de Sep flanqueado por un par de guardias saliendo de la posada de Ryn la había animado a ir a hablar con Frendo Arton del contrabando de sal. Debía existir algún modo de pararlo. La opción del gobernador estaba fuera de su alcance pues ella no era nadie; conseguir que le hiciera caso era tarea hercúlea, mayor que cumplir trámites extraordinarios en la administración del puerto. La acción más directa, y con más visos de funcionar, era amenazar a Arton. ¿Con qué? Ahí es donde Oona dudaba. Apelar a la ética le provocaría carcajadas y no podía explicarle que aquel contrabando perjudicaba sus negocios. Si Arton hubiera permanecido ignorante a la operación de Vuklesio habría tenido algo que utilizar a su favor, pero estaba al tanto de todo y lo permitía.

¿Por qué lo permitía? Pensativa, Oona se frotó los labios con un dedo. Su primera impresión cuando le entregó la libreta era que Arton chantajeaba a Vuklesio de alguna manera. Probablemente, recibiera una parte de lo que le pagaran al mercader bajo amenaza de que, si no, lo denunciaría ante el gobernador. Ganancia personal, eso sacaba en limpio Arton de aquello.

Se detuvo delante del edificio de la asociación de gremios, dudando en entrar. Una punzada en su interior la empujaba a dirigirse allí y afearle su conducta a Arton, mientras su cerebro la contrarrestaba asegurando que sería inútil. Fue Trentelio quien disipó sus dudas. Distinguió al jefe de los guardias saliendo de allí con su habitual aire de suficiencia y decidió acercarse a él. Este arrugó la nariz al verla.

— Ya he tenido suficiente de ti por hoy y por muchos días más, así que vete a barrerle el suelo a Arton o lo que sea que te haya pedido.

Oona adoptó la expresión más inocente de que fue capaz.

— He cumplido un encargo, nada más.

— Un encargo... — Trentelio rezongaba mientras echaba otra vez a caminar con un paso que a Oona le costaba seguir —. Tu encargo me ha venido muy mal.

— No te entiendo.

— Oh, por supuesto que lo haces. Atrapas tú al idiota que mató al hijo del aceitero y, acto seguido, Arton me dice que se acabó eso de buscarle vagabundos a Vuklesio para sus trabajos, que se apañe él solo.

Oona tragó saliva.

— Sigo sin comprender la relación entre una cosa y la otra.

Trentelio se frenó para encararse a ella.

— ¿Cómo va a comprenderlo una repudiada como tú?

El primer impulso de la semielfa fue abofetearle con rabia, pero logró controlarlo. El segundo fue escupirle a los pies y marcharse sin darle la oportunidad de que respondiera. Ese sí que lo siguió.

También siguió la necesidad de tomarse unos minutos para calmarse antes de volver a la posada de Ryn. Se quedó mirando el mar en el paseo del puerto y los pocos barcos que entraban por la bocana. El buque incendiado seguía amarrado, con la cubierta tapada por la lona y los guardias a su alrededor. Probablemente era una mala idea elegir aquel lugar para tranquilizarse, pero era donde menos posibilidades tenía de cruzarse otra vez con Trentelio.

Quedaban muchos hilos sueltos en aquel asunto, hilos que escapaban a su control, así que optó por observar la maniobra de atraque de un navío de pequeño tamaño que realizaba su aproximación final al puerto. Los marineros se movían de un lado a otro de la cubierta plegando velas y preparando amarres, y el sonido de sus voces gritando órdenes viajaba hasta ella como el piar de los pájaros de buena mañana. Tardaron cerca de una hora en lanzar el ancla, asegurar el barco y desembarcar a los escasos pasajeros y a la mercancía, compuesta por varias cajas de madera marcadas con sellos de colores que no identificó. Entre el pasaje, a Oona le llamó la atención una mujer demasiado abrigada para la estación que, nada más poner un pie en tierra, miró en derredor como si estuviera inventariando mentalmente todo lo que veía. Ella acabó incluida en dicho inventario. La forastera se adentró después con decisión por las calles que llevaban al barrio del mercado. A Oona le picó la curiosidad, pero contuvo su instinto de seguirla. En su lugar, se encaminó a la posada con el corazón menos acelerado que antes.

Ryn y Ashorte estaban detrás de la barra como si fuera una mañana de trabajo como las demás. Que no lo era del todo quedaba claro con todas las chicas sentadas, precisamente, en la mesa de Oona debajo de las escaleras. Linus compartía con ellas una jarra de vino y fue el primero en verla entrar.

— Si tenemos aquí a la husmeadora de Portosal — la saludó levantando su vaso —. ¿Qué han dicho los comerciantes?

— No he ido a verlos.

Sin dar más explicaciones, arrastró un taburete hasta el grupo, ignorando las miradas inquisitivas tanto de Linus como de Grisda. Tardaría todavía unas horas más en contarles su visita al campamento y su encontronazo con Trentelio, pero ellos tampoco le preguntaron mucho más. Recibió un abrazo inesperado del ladrón y una sonrisa de la mujer. Con eso le valía.

En los días siguientes, Oona vio aún a algunos chicos corriendo por la noche cerca de la taberna, dirigiéndose al norte. También distinguió de lejos, en el mercado, a Bhlyo, quien siempre la saludaba rozando el ala de su sombrero. Sentía una punzada de culpabilidad en ambas ocasiones. Asumió que tendría que aprender a convivir con ella.

Sin embargo, lo que no anticipó es que aquel asunto le granjeara cierta popularidad. Notaba de vez en cuando miradas curiosas por parte de algunos clientes y una mañana, mientras aprovechaba el sol otoñal en el banco en la puerta de la posada, se le aproximó una mujer. Por su porte, reconoció a la pasajera del barco que le había llamado la atención y se irguió en su asiento. De cerca, se fijó en que debía ser igual de alta que ella y que vestía una túnica que la delataba como extranjera. Su voz tenía, además, un tono poco habitual entre los portosalinos.

— Estoy buscando a Oona. Me han dicho que la podría encontrar en la posada de Ryn. ¿Es aquí?

— Sí que lo es.

La mujer estudió de arriba a abajo a la semielfa, sentada muy recta y con las manos apoyadas en las rodillas.

— ¿Eres tú Oona?

Ella afirmó con la cabeza.

— He preguntado por ahí quién podría ayudarme con un tema delicado y me han recomendado que venga a contártelo.

— ¿Puedo preguntar quién se lo ha recomendado?

— Un hombre con un sombrero muy llamativo. No recuerdo su nombre, era raro.

Oona sonrió levemente y, con un gesto de la mano, la apremió a continuar.

— Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

— Necesito que encuentres a mi marido.

Marina Such es periodista especializada en series de televisión desde hace más de una década, aunque antes cubrió también temáticas tan variadas como la fotografía, la caza, la astronomía o el baloncesto NBA.

Ésta es su primera novela corta de ficción. Con anterioridad había publicado el libro 'Guía del seriéfilo galáctico', un repaso a 50 series de ciencia ficción imprescindibles. Actualmente, trabaja como redactora jefe en la web Fuera de Series.